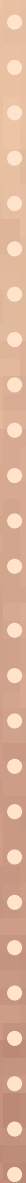


Francisco Gómez Rodríguez

ADICTOS



LIBROS EN LA RED

www.dipualba.es/publicaciones

ADICTOS

Francisco Gómez Rodríguez

ADICTOS

© *Francisco Gómez Rodríguez*

LIBROS EN RED

Publicación electrónica:

Diputación de Albacete – Servicio de Publicaciones – Gabinete Técnico

www.dipualba.es/publicaciones

I.S.B.N. 84-89659-78-7

Agosto 2002

Menorca, septiembre de 1.999.

El avión procedente de Barcelona llegó a la hora prevista. Aquella tarde el pequeño aeropuerto de la isla estaba lleno de actividad. Los pasajeros acudieron a recoger sus equipajes sin entretenerse, y Octavio se llevó consigo la única maleta que tenía. Una empleada de la agencia de viajes le estaba esperando. Exhibía un cartel que llevaba su nombre, y le pidió la reserva, rogándole que la siguiera hasta un pequeño autobús aparcado a la salida. Le cargaron la maleta y el vehículo salió sin demora hacia Binivell.

El lugar donde se encontraba el apartamento alquilado por Octavio tenía nombre menorquín “Binivell”, y en cuanto llegaron, fue acompañado hasta el suyo. Las construcciones imitaban a un pequeño pueblo de calles estrechas, que huían de la uniformidad de los bloques de pisos habituales en zonas turísticas, en veranos abarrotados de turistas y calor. Tuvo la impresión de que estaba viviendo dentro de un cuento cuyas ilustraciones eran casas encantadas, casas de juguete. Su apartamento suscitó su admiración y sorpresa. Se subía hacia él a través de unas estrechas y semi onduladas escaleras, que hacían una pausa en la entrada, y continuaban hacia una terraza desde donde se veía el mar.

Abrió la puerta del apartamento, y examinó con aprobación aquel pequeño, acogedor y limpio espacio. Abandonó su maleta en un rincón, y retornó a las breves, estrechas y sombrías calles de suelo empedrado, y se dejó llevar por un camino que le acercó al mar, recogido en una diminuta cala donde el agua se movía inquieta, estrellándose contra unas rocas de crestas asesinas que mostraban su peligro mientras un viento algo desapacible, convertía el espacio apto solo para nadadores expertos.

La belleza y el riesgo amalgamado. El miedo y la atracción, insinuaban placer y dolor e incitaban a la soledad. Se sentó sobre una roca y encendió un cigarrillo que fumó lentamente.

Abandonó el mar en busca de las realidades cotidianas. Necesitaba alimentos y bebidas que adquirió en una pequeña tienda y los sones del mar fueron sustituidos por los que se escuchan en los exteriores de los pueblos veraniegos.

Luego, con tranquilidad volvió al apartamento, hasta que se hizo de noche, y retornó a la búsqueda de lo que le pedía el cuerpo. Todo a ritmo lento, como le gustaba degustar la vida.

La sensación de carecer de horarios, de obligaciones, de prisas, le produjo un enorme placer y la felicidad compañera ideal para vivir le rondó toda la noche.

La felicidad es una dama hermosa que danza, sus cabellos son rubios y rizados, su rostro acoge una sonrisa, y su desnudo cuerpo incita a sensaciones agradables y mundanas. La felicidad es enemiga de la tristeza, nunca siguen el mismo camino, la felicidad acude allá donde se ríe, se canta, se siente, y se vive.

Aquella noche sólo estaba abierto un bar en Binivell. No había casi nadie, y Octavio entró en él. Le atendió un camarero con aspecto profesional que atendió rápidamente la solicitud de su cliente.

Octavio se bebió una verveza como si fuera la última vez y Amancio, el camarero, que estaba atento le preguntó:

– ¿Otra más, señor?– Y le sirvió otra.

El ambiente, poco a poco se fue caldeando, hasta que Octavio con su cuarta cerveza en el cuerpo vio como en el bar había ido entrando bastante gente, se vio rodeado de extranjeros sobre todo, de dos americanas a las que apodaban las "Barbys", unos franceses que no harían ninguna revolución, un balcánico de nombre Franz, y una española anónima, de físico ignorado y soledad aparente a la que Amancio trataba familiarmente con el nombre de Begoña.

Cuando la concurrencia se hubo bebido medio bar, Amancio levantó el tono de la música que sonaba sin ser escuchada y comenzó a poner a las personas en su sitio.

Octavio se sintió obligado a integrarse en aquel ambiente, las bebidas sin diálogo eran aburridas y el camarero limpió rápidamente la barra dejándola desnuda y decente, para poblarla de nuevo con unos pequeños vasos que iba llenando sin dar explicaciones. Primero fue vodka, continuó con tequila y enseñó a los espectadores como debía beberse lo que servía. Primero golpeó su vaso contra la barra y luego se lo tragó de golpe. Todos aprendieron enseguida y una orgía de alcohol poseyó a unos cuerpos entusiasmados en recibirlos.

Ante la escasez de personal masculino en el local, las Barbys con media borrachera puesta se interesaron por aquel hombre de estatura media española en los años cincuenta y enseguida se entendieron en el universal idioma de la jerga alcoholizada.

La española que no besaba de verdad, siguió a su aire, bebiendo a su manera, y Franz montó un número especial: le pegaba golpetazo al vaso, luego lo depositaba en la barra, lo recogía con su boca de negros onliyú y sin sujeción alguna de manos, el líquido caía hacia dentro. El personal le aplaudía, y Amancio le llenó el vaso, una y otra vez, hasta que Franz empezó a derrumbarse. Antes chocó contra una nevera transparente que no se rompió de divino milagro, luego topó contra varias personas. Se cayó y consiguió levantarse, buscó la puerta del bar y desapareció en la noche para siempre, dando tumbos, tropezando con todo lo que se ponía en su camino. Su mujer se lo llevó a casa y luego volvió a la fiesta.

Octavio que continuaba vivo en la batalla fue sacado a bailar por la retornada mujer del bebedor hundido, un pasodoble que el camarero Amancio puso a todo volumen y se impuso sobre la euforia de la gente.

Octavio volvió con las Barbys que continuaron hablando con él, una en inglés y la otra a veces en castellano.

Poco a poco, el camarero fue bajando el ritmo de la orgía y dejó que el personal todavía indemne comenzara a abandonar su bar sin demasiados estropicios.

Octavio le dijo a la morena de las Barbys:

– Estoy borracho y puede que dentro de unos momentos me marche, si me puedo levantar, así es que dejadme en paz, que nadie me saque a bailar, dejad que me enfrente yo solo a los efectos de los etílicos goces.

Su borrachera se iba haciendo cada vez más notoria, el cuerpo con los brazos anclados en la barra no conseguía moverse. Miró el reloj y no consiguió ver la hora y se encontró ante un café cargado que le servía el profesional Amancio.

– Ahora, descanse, haga una pequeña pausa para publicidad, tómese esto y luego, a la cama, a dormir.–

– Eres un genio– . Octavio le hizo caso y bebió, haciendo un brindis el mejunje negro, que tenía la virtud de producirle efectos casi inmediatos.

Cuando se encontró mejor acudió al servicio y en el wáter dejó salir un líquido de color amarillo que se perdió hacia las cloacas.

Al volver a la barra vio que un fornido alemán de raza pura raza se aposentaba en su lugar, a pesar de los esfuerzos de Amancio en hacer comprender la ocupación del espacio que Octavio poseía sin título notarial. El camarero ante las discusiones iniciadas, temió que el fornido ario y el recuperado ebrio seliaran, y desplazó a Octavio, pequeño pero matón hacia una mesa ocupada anteriormente por una pareja de homosexuales.

Unos duros pensamientos dirigidos a los arios versión Alemania época nazi envenenaron la mente espesa de Octavio. El café le había despejado un poco y al mismo tiempo había despertado en él una agresividad que sólo emergía cuando penetraban en su interior situaciones excitantes que le dirigían a la pelea. Pero el ario lo hubiera doblegado como a un pelele y seguramente habría dado con sus huesos en el servicio de Urgencias de un Hospital, lugar demasiado conocido para él. Se desahogó con un insulto interno y obsceno que le sirvió, por el momento de válvula de escape.

Con las energías algo apagadas se dirigió hacia el camarero y le dijo:

– Compañero del alma, compañero, me voy, me pierdo hasta mañana, si todavía estoy vivo.

– Claro que lo estarás, te prohíbo que te mueras.

Salió hacia la calle, sin despedirse de las americanas y respiró profundamente el aire fresco de la noche. A la vuelta se perdió por una de las callejuelas que llevaban a su apartamento y cuando por fin consiguió dar con él, no atinaba a abrir la puerta, la cerradura se había confundido con la oscuridad de la noche y tuvo que pedir auxilio a su encendedor, arrodillarse y después de varios esfuerzos entró triunfal en su vivienda de alquiler después de soportar a sus espaldas las risotadas de unos vecinos que observaban desde su terraza los apuros que había pasado.

Encendió una luz para ver donde estaba la cama y allí lanzó su cansado cuerpo, en busca de un sueño acogedor.

Cuando ya empezaba a perder el mundo de la realidad inmediata, llamaron a la puerta.

Era Jenny, una de las americanas del Norte,

– ¿Dónde está tu amiga?, – preguntó Octavio. ¿Cómo sabes que vivo aquí?

– Te he seguido y mi amiga está emborrachándose por ahí

– ¿Puedo entrar?. Y accedió al interior.

Por primera vez, Octavio, se fijó a fondo en ella. Poco antes era tan solo una figura en movimiento. Ahora, una mujer de cuerpo esbelto, morena, cabello corto, y labios sensuales que buscaba su compañía. Sus ojos azules destacaban en su rostro.

– ¿Cómo hablas tan bien el castellano?. Preguntó Octavio.

– Vivo en Nueva York, fui modelo y ahora trabajo en la misma agencia, como coordinadora.– Se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. –

Me casé con un hombre español, que se empeñó en que debía aprender su idioma y más o menos lo consiguió. Estoy aquí porque él me habló muy bien de esta isla y quise conocerla.

La mujer era realmente hermosa, su piel se acercaba al color de los mulatos y la tenía muy cerca.

– Hace dos años nos divorciamos. Rompimos nuestra relación.– dijo Jenny, y la preguntó:

– ¿Estás casado?.–

Algo embriagado todavía le contestó con la mirada ausente:

– A veces pienso que no lo estuve, que no tengo dos hijos, que no quiero tener tantos años. La vida ha ido pasando y mi tiempo se paró en alguna secuencia.

Le preguntó: ¿tienes alguna culpa sobre tu conciencia?. Mientras observaba su mirada azul como la mujer que amaba el poeta.

– Él era un hombre atractivo, muy vital, pero excesivo para mí. Yo, a veces, me marchó a un refugio que tengo aquí dentro, en el que se está muy bien, y en el que no quiero que entre nadie. El siempre llamaba a la puerta y yo a veces no se la abría. Él vivía eternamente fuera y yo a veces necesito acudir a mi rincón.

Octavio no escuchó las últimas frases que había dicho la mujer.

– ¿Tienes vino en la nevera?. Pidió ella.

– Menos comida, hay de todo, coge lo que quieras.

Jenny avanzó hacia la nevera dándole la espalda a Octavio que observó el torso de aquella mujer esbelta y hermosa.

Sacó dos copas que llenó y le ofreció una de ellas

– Le dijo: si estoy ahora aquí es porque te parece a ese hombre que como tú también estaba asustado. El color de tus ojos es idéntico al suyo. No he visto muchos con ese color que va variando de tonalidad, ahora son verdes y mañana, de día, puede que sean azules.

– Jenny se había acercado al cuerpo de Octavio. Sus miradas se devoraban con admiración y deseo.

– Seguro que tu tienes un refugio del que a veces huyes y al que a veces vuelves.

– Sí contestó: “a veces vuelvo de madrugada con el cuerpo destrozado por el alcohol. Y me acuden todas las culpabilidades”. Hundió la cabeza entre sus

manos, y por unos momentos volvió al pasado. Se llenó la copa y se la bebió sin saborearla.

Ella continuó: Las culpas deberían tener fecha de caducidad, mientras le acariciaba suavemente la nuca. Cuando vuelvas a entrar en tu refugio míralas y tíralas, y si no lo haces las guardarás siempre contigo.

Octavio accedió a su rincón poético y le dijo:

– Eres como una mulata de mirada azul.

Ella sonrió abiertamente y le respondió:

– Esto no es de Neruda. Y sonrieron.

Octavio comenzó a acariciar los cortos cabellos de Jenny, su rostro de facciones dulces contenía algo de agresividad en la mirada y su boca bien dibujada, de carnosos labios, guardaban la intuición de sensitivos besos.–

– Puedo cambiar la tonalidad de mis ojos, soy hechicera.

– ¿Cómo son en realidad?.

Jenny le contestó:

– Eso muy pocos hombres lo saben.–

– La hechicera se levantó y su cuerpo ingrátido se acercó al cuarto de baño. Cuando volvió unos ojos oscuros miraban provocativamente a Octavio. Llevaba una camiseta blanca de la que se despojó y unos pantalones tejanos que cayeron sobre el suelo. Octavio se acercó a ella y comenzó a acariciar su espalda suavemente, y cuando llegó a la única prenda que aún poseía sus manos no quisieron evitar que el desnudo de aquella mujer se manifestara en armonía con la magia de la noche.

Octavio le susurró, mientras se despojaba de sus ropas.

– Lo vuestro fue hermoso mientras duró. Ella era como una Laureen Bacall desnuda y libidinosa que contestaba a su amante: “mientras duró”, y sus manos iban avanzando por aquel cuerpo que pronto aparecería para amar libremente, y gozarlo aunque fuera solo una noche.

Jenny era como una brisa sosegada y apacible, su cuerpo ligero, la respiración pausada, su ritmo como el de las olas. Se abrazaba a Octavio recorriéndole toda su superficie, para masajear la erección de su pene que fue acogido y

acompañado hasta alcanzar su unión en el lugar donde tienen su principio y su fin los placeres, e iniciaron una danza con los cuerpos echados sobre un lecho que fue escenario de abrazos, caricias y besos. Su excitación se liberó entre temblores y ahogados suspiros.

La pareja estuvo abrazada sin la presencia del tiempo y el hombre relajado aunque desvelado, recuperó sus ropas y se alejó de ella cuando observó que se había vuelto de espaldas iniciando el sueño.

Salió en busca de la cala y al llegar tuvo la sensación de que ocultaba los deseos satisfechos en la calidad de los espacios recogidos, todo estaba en calma, la noche, el viento, y el mar. Todos respiraban tranquilos, liberados de inquietudes anteriores.

Al día siguiente Laureen Bacall había desaparecido de su cama. Sus reacciones soñolientas aparecieron enseguida, primero encontró a faltar a aquella mujer hermosa, con la que había podido compartir suspiros, y gozos, amores corpóreos, con la mujer más atractiva que nunca había conocido, y luego comenzó llenarse de inquietud. No pudo evitar que en su rostro apareciera la expresión de idiota sorprendido que aparentaba Jack Lemonn de “El Apartamento”, y se vistió. Sobre la mesita todavía quedaba media botella de vino pero el cuerpo le pidió alimento sólido y se acercó al bar. Por el camino no quiso alejar su pensamiento de aquella mujer.

Amancio le preguntó: ¿pasaste una buena noche ayer?. Mientras le iba preparando un café.

Octavio, le contestó:

– Muy buena, ayer me acosté con Laureen Bacall y soñé que se había teñido su cabello.

– Y yo me lo monté con Rita Hayword, contestó el camarero sin despeinarse.

– ¿No ha pasado nadie por aquí?

– Laureen Bacall ha desayunado hace poco rato, tenía buen aspecto, luego se ha presentado su amiga y se han marchado. Se habrán perdido en alguna cala.

– Si preguntan por mí diles que me voy a Maó, no creo que regrese hasta la tarde.

Tenía que acudir a una entrevista de trabajo que había solicitado hacía algunos meses.

Octavio, intentó tener el cuerpo libre de resaca para la sesión de interrogatorio notarial que le esperaba. Pero éste ya no tenía veinte años, sino algunos veinte más, y a pesar del desayuno no conseguía ver que el día vibraba lleno de azul.

Alquiló un coche y mientras se dirigía hacia la otra punta de la isla pensó en que era un mal día para atender asuntos de trabajo. Alguien que se dedicaba a dar fe le esperaba a las once de la mañana y después de mirar su reloj vio que tenía el tiempo justo.

En aquellos momentos no tenía ganas de hablar con nadie, ni de solicitar nada. Sentía como una nube amarillenta se había instalado dentro de él y angustiado comenzó a notar que se encontraba mal. Paró en un bar de carretera en busca de la medicina infalible para ese tipo de situaciones. Pidió una cerveza y después otra. Se sintió mucho mejor.

Llegó puntual a las oficinas donde un señor bajito y de mirada introspectiva, delgado, con aspecto de fideo y calvo, le recibió. Hablaron un buen rato y llegaron a un acuerdo, pero antes le quería hacer pasar una prueba.

El candidato al trabajo no estaba para esos trotes, y le dio una excusa y dijo que volvería dentro de dos días. El notarial spaguetti dio su conformidad y salió a la calle orgulloso de haberle podido esquivar y eufórico por haber conseguido Menorca, aunque fuera a costa de unas horas de trabajo diario.

Como tenía tiempo se metió en un Bar y allí se bebió dos cervezas más para saciar su adicción preferida y pensó en que su vida había tenido una buena relación con algunas islas. La primera fue con Mallorca donde lo vistieron de soldado y lo tuvieron dieciséis meses marcando el paso y donde dejó un amor no conseguido, y otro al que no satisfizo.

La segunda fue con Tenerife, donde se abrió un auténtico oasis en su desastrada vida. Consiguió un trabajo de su oficio y durante un año fue muy feliz,

allí su amistad con el alcohol hizo un paréntesis y por primera vez, aunque no fuera un rompimiento total se dio cuenta que podía vivir sin él. Pero aquello se terminó y su jefe canario le pegó una patada que les dejó de bruces, a él y a su circunstancia con rumbo otra vez hacia la península, hacia su familia, cuatro meses de paro y vuelta a empezar en las colas insoportables del INEM.

Luego se dirigió lentamente, dando un paseo hacia el lugar donde tenía aparcado el coche y se ensimismó tanto en sus pensamientos que a pesar de estar en un lugar desconocido y nuevo, los exteriores apenas los percibía, pero sí los interiores de su película rodada en blanco y negro.

Era casi de noche cuando volvía a Binivell y después de aparcar el coche, se dirigió al bar de Amancio. El camarero tenía, a esas horas, poca clientela y atendió enseguida a su mejor parroquiano sin necesidad de preguntar por la marca del producto que enseguida consumiría.

– La otra noche, fue mágica y divertida, hacía mucho tiempo que no me reía tanto– dijo Octavio.

– Conseguí que se lo pasara bien todo el mundo– , contestó el camarero..

– Por cierto ¿dónde está la gente?, ¿has visto a Jenny? Preguntó Octavio.

– No la he visto pero seguro que andarán por la discoteca de Franz, está pasado el comedor exterior, un poco más arriba.

La discoteca se llamaba “Es Port” y estaba muy poco solicitada en aquellos momentos. Franz, que había sido trapecista antes en un destartalado circo ahora le saludó algo avergonzado, llevaba una gasa en la frente, prueba y testimonio de sus excesos de la noche anterior, y le invitó a beber. Le ofreció un gin tònica de marca conocida en la isla, herencia sin duda de la ocupación inglesa que se acercó a un siglo.

– Hoy no encuentro a nadie– dijo Octavio.

– Begoña se ha marchado. Las Barbys o como las llaméis, no sé dónde están pero pueden aparecer, en cualquier momento.

– Si ves a la morena de las Barbys, Jenny, le dices que pase un rato por mi apartamento. Estoy algo cansado, dijo Octavio.

Octavio se dirigió a su apartamento no sin antes pasar por la tienda y comprar una botella de ginebra del país. Por si aparecía Jenny o por si él se la quería tragar toda entera. Empezó a encontrarse algo triste, o tal vez melancólico, o la mezcla de ambas cosas.

Es corto, a veces el camino que va de la euforia al decaimiento, y poco a poco esas afecciones le fueron penetrando.

Caminaba por las calles estrechas, que le conducían al apartamento y allí, sentadas en los peldaños de las escaleras estaban Jenny y Vanessa, en estado de espera, fumando un cigarrillo.

– Creo que deberíamos ir a cenar a la pizzería y luego a saborear la noche donde sea– propuso Jenny.

– Me parece bien.– El camino de retorno de la tristeza a la euforia es igual de corto a veces. Se dirigió a Jenny, por cierto ¿Vanessa habla alguna vez?.

Conmigo, pero solo alguna vez.

Se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones negros y una camiseta clara. Con su presencia se llenaron todos sus espacios vacíos.

Le preguntó a Octavio al ver que su estado de ánimo no era el de la noche anterior:

– ¿Té pasa algo?– .

Después de observar como había llegado, en estado de tristeza y como había cambiado en tan poco espacio de tiempo tuvo la impresión que en las entrañas de aquel hombre sucedía algo extraño y no pudo dejar de sentirse algo inquieta.

Su abatimiento era evidente, la mirada distraída, estaba como ausente y no pudo evitar que Jenny le mirara con algo de sorpresa.

Temía que fuera el inicio de situaciones no deseadas. Había visto hombres con aquella expresión en la cara que acaban cometiendo errores o auténticas locuras. Conocía ese mundo donde habitan personajes extraños, inquietantes, psicópatas.

Comenzó a estar desasegada y de vez en cuando lo observaba con atención.

Se dirigieron a una pizzería y se sentaron en una terraza exterior.

– Nos lo pasamos bien ayer ¿verdad?– dijo Octavio.

– Estás algo extraño, esta noche– , le contestó ella.

La mirada de Jenny era cálida y penetrante al mismo tiempo.

– Hace muy poco tiempo que nos conocemos, me resultas familiar, quizás porque, me traes recuerdos agradables, aunque esta noche necesito olvidar lo que desee. ¿Me ayudarás, verdad?– . Y comenzó a acariciar sus cabellos.

– Claro que te ayudaré– . Contestó Octavio.

– Soy especialista en alegrar vidas y luego en destrozar la mía.

– Esta noche no destrozarás nada. Yo te lo impediré si me dejas– .

Los sentimientos oscuros se hacen dueños de las personas cuando éstas no saben deshacerse de ellos. Permanecen en interiores desvalidos y no reciben ninguna resistencia. No tienen voz, ni respiran por si mismos, solo acuden en ayuda de la destrucción, o tal vez a de muerte.

Recorren sin expresión de tiempo todas las células sin posibilidad de expulsión. Su extinción será el triunfo sobre una vida que perdió sus horizontes, sus energías, refugiada en los interiores de las botellas, de las drogas, con o sin diseño, en los placeres con esclavitud, en las adicciones sin fronteras y su espíritu contiene un deseo continuado que se bebe a pequeñas o a grandes dosis, dueño de voluntades acabadas y vencidas.

Después de cenar brevemente en la pizzería se marcharon hacia la discoteca de Franz. Vanessa, como siempre continuaba ausente. Octavio se quedó algo distanciado admirando el cuerpo de Jenny que caminaba junto a su amiga, poco a poco. Se dieron la vuelta y acudió a ellas, en aquel momento se dio cuenta que su amor hacia Jenny podía estar en su inicio, si no fuera porque lo estaba conteniendo y sabía porqué.

No quería sentimientos nuevos que entraran en conflicto con sus antiguos problemas. No quería darles paso prefería viajar solo otra vez.

La soledad es amiga de silencios y se convierte a veces en una isla donde espera a los que han nacido solos para expirar en sus brazos, y que probablemente se extinguirán solos. Les espera eternamente y los acoge sin hacer pre-

guntas. Y empieza la soledad a formar parte de su vida y nos les permite que la abandonen.

Se llama a sus puertas y en su interior no hay nadie. La vida llena de soledad se convierte a veces en llanto, ella quiere apagar los fuegos de la vida que intentan encenderse. La soledad sabe que nunca dejará de existir.

Los que mueren adictos y solos perdieron la conciencia y la inconsciencia que los convierte en futuros cadáveres fruto de su propio abandono y acaban por destruirse poco a poco en la oscuridad de los portales llenos de cajas de cartón y de vino, en los hospitales, en las calles con edificios en ruinas humanas y perpetuas. De la depresión a la euforia, de la tristeza a la alegría, caminando sin reposo por ambas vías, sin percibir que ambas están ocupadas por los mismos trenes.

Jenny se fue llenando de intuiciones no deseadas y su inquietud fue aumentando, poco a poco,

– Creo que deberemos protegernos todos esta noche– , dijo después de haber triunfado en la contención de un llanto. No sé que está pasando.

De la depresión a la euforia, distancias escasas, y caminos estrechos.

Los tres habían combatido hacía pocos momentos en el restaurante, Octavio sabía como ahuyentar a sus enemigos, Habían pedido enseguida una sangría que les sirvieron rápidamente y había comenzado a llenar copas y a beber sediento de placer éflico con sus compañeras y se dejó llevar por el ambiente de personas que cenaban, y se divertían suprimiendo penas que se ahogan en cualquier bebida.

Voló la sangría y se pidió otra. Las pizzas se habían quedado a medio consumir. Las preocupaciones habían hecho acto de ausencia y Vanessa abrazó y besó en los labios por primera vez a Octavio y le susurró algo al oído de Jenny que sonrió levemente. En la terraza del restaurante había un espacio de pista para bailoteos de música dedicada a guiris y a nacionales en estado de alerta. Con el cuerpo regado por el alcohol se van las penas, y las alegrías son recibidas en estado de pagana albarabía.

Se fueron a la discoteca de Franz para rematar la fiesta y al encontrarla cerrada se dirigieron al bar de Amancio, todavía abierto, pero con escaso público.

– Voy a cerrar enseguida así que sean ustedes breves– .les dijo Amancio. Jenny volvió a coger del brazo a Octavio. No habría repetición de los jubilos de la noche anterior y se volvió de la euforia a la tristeza.

– Creo que hemos de beber rápido y luego deberíais marcharos, dijo Octavio – De la euforia a la tristeza – . Estoy cansado y prefiero estar solo, me metaré en la cama enseguida.

El efecto causado por el cierre del bar de Amancio los había enfriado a todos, especialmente a Octavio, que ya no quería a nadie. Los sentimientos oscuros – de la euforia a la tristeza– abrieron un pozo en él.

Vanessa, volvió a sus etílicas nubes y a veces miraba a Octavio, a veces al techo y a veces a nadie. Se acabaron las bebidas y Amancio apagó la música y puso los taburetes sobre la barra.

– Buenas noches señores, abandonen el local, son ya las doce– .

Abandonaron el local y salieron a la noche. Octavio se despidió de ellas y se perdió entre las callejuelas.

Jenny creyó que quería estar solo en su refugio pero no dejó de sentir de nuevo preocupación y ansiedad por su conducta.

Parecía como si una cámara rodara una película que una vez revelada y proyectada enseñaría en alguna pantalla, a un personaje que bebía sin freno, en una isla en la que algunos devoraban el alcohol hasta que la borrachera les dejaba tumbados. Tenía miedo que fuera un hombre de deseos incontrolados, de demonios instalados en su interior, aunque poco podía saber de él, no había tenido tiempo.

Octavio se metió en su apartamento. Sacó su teléfono móvil y lo dejó en la mesilla. Se tendió en la cama, y se bebió dos vasos de ginebra autóctona sin hielo. Eran las dos de la madrugada, y continuó bebiendo sin pensar en nada. Se quedó dormido pero a las cuatro de la mañana despertó con dolor de estómago y ardores en la boca. Se levantó y siguió bebiendo ginebra y supo que Jenny no

volvería. Cogió la botella y le dijo: “otra vez has ganado tú” y se acabó el líquido que contenía. Jenny ya no volvería. Buscó en su maleta las pastillas que tomaba para su abandonado tratamiento antialcohol, tambaleándose se dirigió hacia donde estaba otra botella transparente de ginebra que le esperaba. Jenny no volvería. Como si fuera agua bebió un trago largo. Luego fue tomándose una a una las pastillas. Jenny no volvería. Habló con la botella como si fuera humana. Me has vuelto a ganar y la lanzó contra el suelo. Treinta pastillas y bastante había ido a parar a su estómago. Poco a poco fue quedándose dormido, pensó en la pequeña cala, pero su mente ofrecía imágenes a cámara lenta que apenas se distinguían hasta que la oscuridad total apagó su mente.

Cerca, en la diminuta cala las olas volaban mucho más atrevidas. La madrugada se había vuelto agresiva.

Por la mañana la mujer que hacía el servicio de limpieza encontró a un proyecto de cadáver tumbado sobre un lecho que no respondía a sus preguntas, que no respondía a sus gritos. Aterrorizada pensó que se encontraba ante un muerto y huyó corriendo en busca de ayuda, al edificio de recepción desde donde alguien llamó a una ambulancia.

Al cabo de unas horas Octavio volvió a la realidad, estaba en un hospital, su cuerpo echado en una camilla y rodeado de personas con bata blanca que le hacían muchas preguntas. Estaba muy aturdido y les dijo que debía volver a Barcelona y que tenía un vuelo que salía a las cinco

de la tarde y que dentro de dos días debía incorporarse a su trabajo. Alguno de los blancos le preguntó: “que porque se había intentado suicidio y él respondió que le dejaran en paz, que no le atendieran que quería morir en un tono agresivo que provocó la rabia de uno de los enfermeros o médicos que le rodeaban. Otro le hacía preguntas, otro lo abofeteaba, otros le metieron un tubo por la boca, las paredes se impregnaron de un líquido oscuro, todo estaba pasando a ritmo de confusión. Alguien le dijo, no sabía como ni cuando, a usted le ingre-

samos y debe pensar en descansar. Luego ya no supo que pasó, le habían lavado el estómago y lo dejaron en un pasillo, sobre la camilla, solo llevaba unos eslips y tenía unas ganas enormes de orinar, y de vomitar. Pidió ayuda tarde, todo lo que llevaba en el cuerpo salió por sus tubos de escape y los enfermeros renegaron inutilmente. Aquel cuerpo había que lavar y cambiarle sus pringadas ropas.

Lo subieron luego al espacio ocupado por los enfermos psiquiátricos y allí le encerraron. La planta era pequeña, y le enseñaron la habitación pero él se sentía desnudo y aturdido, necesitaba algún pijama que pidió pero no tenía ni gafas ni reloj, ni zapatos, las enfermeras le ayudaron en lo que pudieron, aunque para un miope ver los exteriores desenfocados produce que la dependencia de las gafas sea total y la sensación de desamparo se convierte casi en desesperación. Además a pesar de la oscuridad en la que se debatía su cerebro, se dio cuenta de que le habían encerrado como a un preso sin posibilidad de escapar y se sintió como una bestia acorralada, sin fuerzas y lleno de rabia que no podía salir al exterior. Y sus lamentaciones fueron acogidas sin resultado, sin nadie que las escuchara.

La estancia en los hospitales es tan necesaria como angustiosa y triste.. Por las noches no se duerme, de día los médicos visitan a sus pacientes y las enfermeras acuden de vez en cuando. Las comidas se sirven en horarios adelantados para la vida normal de una persona y luego se dispone del resto del día para no hacer nada más que pensar, pensar y pensar. Es cuando el aspirante a suicida toma realmente conciencia de lo que ha estado a punto de pasar y continúa en estado de aturdimiento.

Poco a poco, Octavio, fue volviendo a la realidad inmediata y atroz.

Había perdido dos faenas, la que tenía en Barcelona y la de Menorca, que ya daba por conseguida. Se dio cuenta enseguida, que lo había perdido todo otra vez.

Al cabo de unas horas y ya medio recuperado, pudo ponerse en contacto con Claudia, a la que volvió a meter en el gran lío de su vida, madeja arrinconada que nadie quería utilizar.

Pensó que la muerte andaría muy ocupada aquella madrugada y por eso no se lo llevó. Dejó a aquellas enfermeras que hicieran lo que les diera la gana, no estaba en condiciones más que de estar tendido sobre una cama, pero ni allí podía dejar de pensar.

En aquellos momentos solo aspiraba ser un buen mendigo, dormido entre cartones, con la barba larga, la mirada llena de sueño y el cartón de vino don Simón al lado. Que lo dejaran tranquilo, sin más reproches. Sin oír las bocinas de los coches, sin escuchar los reproches de Claudia, sin pensar en sus hijos sin nada más. Todo se había acabado pero Octavio no quería darse cuenta de nada, aunque continuaba vivo. De repente entró en su habitación una psiquiatra muy agresiva, y después de unas preguntas formularias, le dijo:

– Quiero verle fuera de la cama, venga, levántese ahora mismo, y dígame que le pasó – .

A la doctora le importaba muy poco la vida de Octavio, no era su paciente ni quería tenerlo como a tal, su desprecio sobre una persona que había intentado la autolisis era evidente, y le hizo pensar en que la psiquiatra tenía de todo, menos psiquiatría.

Le quería ver lejos de allí, cuanto antes mejor. Octavio se había convertido en un problema para ella y deseaba quitárselo de encima enseguida.

No manifestó hacia él ni la menor de las atenciones que los médicos deberían expresar hacia sus enfermos. En aquel hospital la presunta doctora no quería tratar a peles sin fronteras. Sus pacientes favoritos debían ser los que, según su opinión merecían su asistencia, pero no los que cometían excesos etílicos que los dejaban en el callejón oscuro de la autoinmolación sin dioses. Para aquella persona eran hombres derrotados, sin posibilidad de reinserción a la vida de los normales. Despreciaba a los que fabrican cada intento de destrucción en los baños vaporosos de los balnearios volátiles que desprenden aromas de licor.

No había manera de sacarlo de la cama. Sólo quería dormir y no podía.

Cuando se ausentó la psiquiatra Octavio volvió a su cama. Al cabo de un rato entró un enfermero sin contemplaciones y le dijo en menorquín:

– Vamos, vamos fuera de la cama y a comer. No tuvo más remedio que hacerlo, siguiendo los sabios consejos de la doctora. Abandonó la habitación y se dirigió a una estancia que hacía las veces de comedor y sala de estar con televisión incluida. Observó que desde una de las ventanas se veía perfectamente el puerto de Maó y durante los escasos días en que permaneció en aquel hospital, no pudo evitar pasarse horas observando el puerto, el mar, los barcos, su libertad perdida otra vez.

Si hubiera estado solo habría llorado con ganas, él que nunca solía hacerlo. Mientras se levantaba, una canción acudió a su mente “te echo de menos, de menos, de menos, espacio vacío de mi corazón“, escrita por un cantante canario que acudía en su auxilio pero él aun no sabía que echaba de menos.

Con esfuerzo consiguió levantarse y siguió pensando en la canción.

Estaba en Maó en un hospital de curioso nombre taurino, “Virgen del Toro” y aquel nombre se le quedó gravado para siempre. Volvió al comedor y las enfermeras aparecieron con sus bandejas y le hicieron comer acelgas, pescado, y postres. Los otros enfermos se sorprendieron de sus temblores al intentar comer y casi no probó nada. Se levantó y se sentó en un sillón, examinó algunas revistas y de repente le vinieron náuseas y unas enormes ganas de vomitar. En su habitación no había nadie, y echó comida y sangre.

Luego se dirigió al control de enfermería, allí estaba un hombre leyendo una revista que le preguntó indiferente: ¿estás bien?.

Octavio respondió: – No estoy nada bien, he vomitado lo poco que he cenado, encima he sacado sangre. Estoy muy nervioso– .

– ¿Y porqué?– Le preguntó el enfermero sin mirarle a la cara, entregado a la lectura de una revista de cotilleos. Los profesionales de la sanidad no suelen evidenciar sus alteraciones, todos saben ocultar sus emociones y los menorquines más tranquilos que el resto de la humanidad daban la impresión de no alterarse por nada.

Octavio comenzó a ponerse agresivo:

– Vas a darme algo para dormir, lo necesito. Estoy harto de mirar los armarios y los techos y de estar aquí, así es que hazme el favor de darme algo que me haga dormir.

El impertérrito enfermero continuaba sin hacerle caso y dejando por un momento la lectura de la revista le contestó: Deberías saber y si no lo sabes te lo digo que yo sin autorización del médico, no puedo hacer nada.

– Pues consíguela y si no, la autorización te la doy yo, estoy cansado, tengo sueño y no puedo dormir así es que será mejor que me des algo, no tengo más ganas de mirar a los techos ni a los armarios y no me mandes a la ducha ni nada de eso. Quiero pastillas para dormir así es que espabila.

El enfermero, intentó calmarle: Tranquilízate, vuelve a tu habitación y déjame hacer una llamada.

El tiempo en los hospitales se congela, se convierte en una eternidad capaz de romper los nervios y la paciencia. En los hospitales los enfermos poseen lo que escasea en los exteriores demasiado tiempo. Las habitaciones son las celdas de una cárcel donde habitan unos presos que no saben a veces si quieren la libertad o deseen tentar de nuevo a la muerte.

Se dirigió a su habitación y se metió en la cama y nadie venía, el aire acondicionado desaparecía, tanto daba frío como mucho calor, aquellas sensaciones todavía le inquietaron más.

Se quedó algo adormecido y cuando volvió a despertar con los nervios afilados, se levantó como pudo para ir en busca del enfermero.

Se dirigió al control y allí tan solo encontró, a dos mujeres medio dormidas y que no sabían nada.

– ¿Dónde está el enfermero? Dijo que tenía que llamar por teléfono y no he sabido nada más de él.

– Ha acabado su turno y se ha marchado– , le contestó una de ellas. Vamos a ver, has ingresado hoy y tu problema es que no puedes dormir, dijo después de ojear unos papeles.

– Ven conmigo, te voy a dar dos pastillas, te las tomas y verás como consigues dormir.

Se tragó las pastillas y luego pensó en Jenny mientras comenzaba a dormirse, poco a poco su rostro se había comenzado a difuminar en el sueño. Y pensando en ella desapareció del mundo de los despiertos.

Al día siguiente las cosas fueron de otra manera. Se levantó más animado, el efecto de los somníferos había relajado sus tensos nervios.

Debía ducharse y desayunar. Además habían llegado sus cosas de Binivell. Las maletas sus gafas, sus zapatos, todo menos el dinero: cincuenta mil pesetas que se habían quedado en el camino. Otra enfermera le dijo: coge lo que necesites ahora, lo dejamos en esta habitación. Y la habitación estaba llena de taquillas de aspecto militar y allí metieron su escaso equipaje.

Hizo lo que le dijeron pero después de desayunar volvió a meterse en la cama pero no conseguía descansar, no soportaban los ruidos ni los tránsitos que llegaban hasta la habitación.

Era imposible que pudiera descansar, ahora tocaba actuación de las señoras de la limpieza.

Aunque ahora se sintió mejor, tenía zapatos, gafas y reloj, ya no se encontraba tan desnudo, tan muñeco sin fronteras. Ahora al menos era alguien que trataba de enfrentarse de nuevo a la vida que no le había abandonado, que se veía obligado a ponerse en movimiento y pensar en soluciones para los problemas inmediatos.

Su pensamiento no paraba. Las mismas ideas acudían a su mente sin piedad, deseó tener instalado en su cerebro un interruptor que fuera capaz de desconectarle de todo, especialmente de él mismo.

Sin relación de tiempo una enfermera entró en su habitación y le informó de que le llamaban por teléfono.

Era Claudia que no sabía como iniciar el diálogo y le preguntó por su estado. Octavio apagó sus llantos y le dijo susurrando que muy mal, ella no pudo evitar echarle en cara los problemas que estaba causando y que pensara en que ya no era su mujer, y algunas cosas más que no recordaba. No obstante prometió que le ayudaría. No le importaba que hubiera estado a punto de morir. Si hubiera podido se habría dado cuenta que años atrás cualquiera de los dos, ante la

misma situación, se hubiera inquietado muchísimo, no se hubiera echado en cara nada, y habrían corrido detrás de las personas que les podían ayudar para arreglar el problema. Ahora los resentimientos todavía andaban a flor de piel, tan solo llevaban separados un año.

– Te sacaremos de aquí. Mañana estaré en el aeropuerto, he estado toda la mañana de un lado para otro para conseguir pasaje, todo está arreglado.– Y colgó.

Una voz aséptica, le había hablado. Claudia debería estar cansada. Pero él no estaba en condiciones de hacer ningún análisis, era una persona enferma que acaba de volver otra vez al mundo.

Al día siguiente le dejaron marchar, debía vestirse y hacerse la bolsa. Al cabo de un rato le abrieron la puerta de la cárcel– hospital y en una silla de ruedas fue acompañado hasta una ambulancia que esperaba.

Lo llevaron al aeropuerto, le metieron en un avión y llegó, como pudo a Barcelona. Se le había acabado todo el buen humor y cuando eso pasaba quería decir que volvía a estar realmente mal.

Claudia le esperaba en el aeropuerto de Barcelona con su rostro lleno de ojeras.

– ¿Estás bien?– le preguntó.

– No, tengo que ir al lavabo. Le contestó Octavio, al que habían tenido que sacar del avión ayudado por las azafatas y metido en un coche hasta que lo dejaron en manos de Claudia.

Volvió a vomitar y sacó sangre. Estuvo un buen rato en los servicios hasta que después de esforzarse un poco, el mareo fue desapareciendo.

Claudia esperaba su salida con tranquilidad.

– Vamos fuera, luego cogeremos un taxi hasta el hospital porque ya veo que no estás en condiciones de ir en tren– .

Cuando se acomodaron en el taxi, Claudia quiso saber que había sucedido.

– Te lo diré en pocas palabras, no tengo ganas de hablar demasiado. Desde el depresivo Octavio se oyó:

– Llegué a Menorca contento y conseguí el trabajo. Luego quise conocer la isla. Estaba en fase de abstinición y no tenía ganas de volver a beber, el acuerdo con el notario fue bastante fácil y teníamos que empezar a finales de mes. Incluso por medio de una persona que conocí en Ciudadela, conseguí una vivienda a un precio bastante asequible. Pero en cuanto llegué a la Isla, volví a beber hasta casi reventar y cuando amanecía después de una noche llena de alcohol, me di cuenta que otra vez me había ganado la partida y decidí desaparecer para siempre. No lo conseguí, y aquí estoy, echo un lío, en estado de profunda depresión, sin facultades para decidir y sin saber si me siento afortunado o no, por haber vuelto a la vida, porque el intento no iba en broma.

Por cierto ¿los niños como se lo han tomado?.

Claudia y Octavio tenían dos hijos, Ariadna de dieciséis años y Arnau de quince.

– Están bien, pero ahora no te conviene preocuparte por ellos ahora, no estás en condiciones. Lo inmediato es que mires de curarte y de no hacer más tonterías.

Claudia, obligada por las circunstancias se había involucrado a fondo en el asunto de Octavio. Por su profesión de enfermera tenía más experiencia para enfrentarse al problema, pero el paciente no era un desconocido que entra ingresado en el Hospital, era el hombre que había amado durante muchos años y al que le unían vínculos que poco a poco iría deshaciendo para que el resentimiento hacia él triunfara sobre la poca llama de amor que tal vez aún quedara en su interior.

Claudia le dijo: – Por lo que veo estás bastante aturdido. Vamos a llevarte a un hospital donde nos espera un psiquiatra, allí decidiremos lo que debemos hacer.

El hospital tan solo estaba a unos 50 kilómetros de Barcelona, pero a Octavio se le hizo el trayecto muy largo. Ninguno de los dos tenía muchas ganas de hablar y cuando llegaron después de pasar por el control de recepción les envia-

ron a una sala de espera repleta de gente. Al cabo de algún tiempo les atendió un psiquiatra que después de visitarle decidió enviarlo a un centro especializado en atender a esclavos de adicciones y a enfermos de los sentimientos y de la razón.

Una ambulancia les llevó a Can Bigai, un sanatorio especializado en recuperar adictos y locos.

Can Bigai, octubre de 1999

La ambulancia les dejó en el centro. Octavio lleno de miedo protestó sin demasiadas energías:

– ¿Es que piensas ingresarme en un manicomio?– .

– Esto no es ningún manicomio, – le respondió– aquí te van a curar. Ya no existen manicomios. No te asustes, una compañera mía ingresó aquí con una depresión muy fuerte, se la curaron y salió muy satisfecha. Como sucederá contigo, si quieres.

El enfermo se apeó de la ambulancia casi sin tenerse en pie, por eso le pusieron una banqueta para que pudiera bajar mejor. Claudia se hizo cargo de su equipaje.

El edificio, donde se ubicaba el centro tenía el aspecto de haber sido mansión de acaudalados burgueses procedentes de la capital. Se habría construido en el siglo XIX, o a principios del XX

Daba la impresión que en su interior podía haberse producido situaciones de novelas rodorianas <de novelas escritas por la autora catalana Mercè Rodoreda> de señores adinerados de Barcelona, educados y correctos, que se traían al servicio, criados, choferes y jardineros, y vivían tranquilos en aquel lugar.

Los arquitectos en aquella época tenían buen gusto en sus proyectos y los clientes por lo menos no se encontraron con las construcciones de consumo actuales tan llenas de líneas rectas.

Los acaudalados burgueses de Barcelona acudían a los pueblos cercanos del Maresme <comarca cercana a Barcelona> en busca de mejores aires que en la ciudad y de temperaturas más placenteras. El edificio acogía ahora a adictos sin fronteras y enfermos mentales que se mezclaban en un cóctel amargo con ingredientes difíciles de tomar.

En las escaleras que daban acceso a la mansión vio a una mujer muy joven que tocaba la guitarra, se angustió un poco y no le gustó porque se formaba el ambiente que creía haber visto en alguna película, algunos reportajes en revistas, o algunos programas de televisión, de centros como los del Patriarca.

Los recibió una asistenta social y les hizo pasar a un pequeño despacho. Llevaba unos impresos que relleno según sus requerimientos y obligada por una llamada telefónica se ausentó unos instantes.

Octavio cada vez se sentía peor, y tenía ganas de llorar. Aquel caserón cercano a la carretera al que iba a parar mediante un estrecho sendero, le recordaba otros tiempos con adicciones escasas, cuando pasaba por allí con su coche y alguien le había informado sin manías de que se trataba de un manicomio.

– Bien que ¿piensas hacer?– . Le preguntó una cansada Claudia.

– Hoy me quedo porque físicamente no estoy en condiciones de nada, pero a la que pueda me largo.

Claudia le dijo, mientras le cogía la mano:

– Por lo menos aguanta una semana. Nos ha costado mucho de que llegaras hasta aquí, así es que te pido que te quedes, hazlo por mí.

Octavio, se vio obligado a aceptar la petición de momento pero se marcharía como fuera de allí en cuanto se encontrara más recuperado.

– Ya sé lo triste y duro que debe resultar todo esto, dijo Claudia, pero no existe de momento otra solución. Todos hemos pensado que no es bueno que vuelvas con tus padres, ni para ellos ni para ti.

Mientras volvía la asistenta Octavio tuvo tiempo para que en su interior, emergieran resentimientos que no reprimió, ofensas que guardaba sin resolver, que le habían producido heridas aun no cicatrizadas.

Pensó: “¿quiénes eran todos?”. Dedujo que entre uno de esos todos había personas con afrentas no solucionadas hacia él, que hubieran gozado de satisfacción viéndolo caído definitivamente después de ponerle una zancadilla y luego uno de esos todos después de convertirse en el mejor futbolista del mundo, patearle como los mejores torturadores de dictaduras recientes. Ese uno de los todos habría intentado coger a los hijos de Octavio de la mano y mostrarles a un

padre vicioso que no tenía solución alguna. Ese uno de los todos, se ensañó sin escrúpulo alguno hundiéndolo más ante unos viejos, sus padres, con la más dura de las sañas que no entendían como el hijo había huido un año atrás de su casa atacado por el pánico y les que mostraba su impresentable imagen con una historia exagerada pronunciada por unos labios asesinos. Cuando volvió se encontró con las maletas hechas y la puerta de la calle abierta. Fue el inicio de la separación con Claudia. Ese uno de los todos y él mismo no pensaron jamás, cuando tiempos atrás les unía una hermosa amistad, comenzada al final de aquellos años de dictadura a punto de fenecer, cuando eran como unos adolescentes que convivían con promiscuas necesidades, y que no perdonó jamás que antepusiera su amistad a la relación con Claudia.

Ese uno de los todos, cuando por sus venas aún corría un poco de sangre declarada en rebeldía y él mismo no pensaron jamás, en aquellos tiempos, que su vida correría tan diferentes destinos, el primero que se convertiría en una persona mezquina y cobarde y el segundo en un amante de la adicción más barata y fácil de encontrar. Barata hasta que se convierte en una dependencia cara de mantener.

Ese uno de los todos daba la impresión de no padecer ninguna culpa cuando se marchó a la India para adoptar dos niños que se trajo a su casa, o porque estaba de moda adoptar a los más pobres de países lejanos, o porque daba una excelente imagen de su persona o para callar a su conciencia que de vez en cuanto se le rebotaba.

Por fin volvió la asistente, y después de una expositiva presentación del centro le dio unas hojas fotocopiadas que contenían las instrucciones de comportamiento.

Claudia le comentó que Octavio tenía problemas de relación con sus padres y que de momento lo mejor que podía hacer era quedarse en el Centro.

– Bien– , contestó, – si hemos de citarlos y hablar con ellos no hay ningún inconveniente, por nuestra parte.

La decisión estaba tomada, voy a presentarte a los cuidadores, y a los otros compañeros, y te enseñaré la casa. También te daremos habitación. No padez-

cáis saldrá adelante. No hubo más palabras y se sintió como cuando tiempos atrás le dieron ropa de militar, y le pusieron a desfilar bajo una música que nunca le supo despertar como al cantante francés.

Ella se marchó y Octavio se fue con la asistenta que le llevó a conocer el centro, su habitación a los cuidadores, a sus compañeros. Todo fue tan rápido que no tuvo tiempo de despedirse ni de agradecer nada.

De momento le dejaron, por ser la primera noche, en una habitación de una sola cama donde fue acompañado, luego supo que aquella habitación tenía un nombre, contención, y allí encerraban a los que no podían contener los efectos agresivos de su locura, con una amenaza que surtía efectos curativos, sedantes e instantáneos: “¿Quieres que te metamos en contención?”. Luego bajó hacia el comedor donde estaban sus compañeros.

No tuvo mucho tiempo para pensar nada más. Un hombre que era el encargado aquella semana de poner las mesas anunció solemnemente que dentro de media hora en punto se cenaría. Tenía unos cuarenta años, pelo canoso, con unos pantalones que le venían cortos, y al que nunca vio meterse en ningún lío. Octavio se evadió hacia el jardín donde había algunos bancos de madera, una palmera altísima, y otros árboles que no supo identificar. Se había hecho de noche y el jardín estaba solo.

Cuando le avisaron que debía bajar a cenar comió muy poco, antes el enfermero abrió una habitación donde había una camilla, estanterías llenas de medicamentos y una mesa de despacho. Le tomó la presión, la temperatura y las pulsaciones.

– ¿Cómo estás Octavio?– . Allí memorizaban los nombres y las fisonomías enseguida. Un hombre en estado de sitio contestó: – Estoy muy mal, fatal– .

– Bien de momento vas a continuar tomando la medicación que te prescribieron en Menorca y pasado mañana te visitará tu psiquiatra. ¿Sabes en que día estamos?

– Creo que hoy es sábado– , contestó.

– Los médicos no visitan hasta el lunes pero mañana te verá un doctor. En cada planta hay dos cuidadores de guardia. Si te pusieras peor no dudes en llamarnos. Esta noche dormirás sólo en una habitación en la planta de las mujeres.

Volvió al comedor y se le acercaron algunas personas, que se presentaron y le dieron la mano.

La más comunicativa de ellas, era una chica que le dio un abrazo y un beso y le preguntó si le gustaba la música que daban por la tele cuyo volumen estaba a tope. Le contestó que era muy animada y luego se quedó solo otra vez. Le dio la impresión por un momento de estar en la discoteca de Franz en Menorca, pero echó rápidamente a unos pensamientos que le producían aun más decaimiento y desánimo

Un tal Manolo, mientras hacían cola para tomar los medicamentos, se le acercó y le dijo, tenga cuidado esta noche, escóndalo todo muy bien, incluso las gafas, aquí lo roban todo, si fuma, amague bien el tabaco y el lunes se va usted a pelar porque lleva el cabello muy largo. No se olvide nada en la ducha, ni maquinilla de afeitar, ni toallas ni nada, ni jabón, nada porque no lo volverá a ver. ¿Cómo se llama? . Octavio le dio su nombre pero no importaba, cada día de los que pasó allí, para Manolo era el Sr. José. Octavio pensó inquieto: esto debe ser la Modelo.

Luego cenó sin apetito en un comedor repleto.

Volvió al jardín y allí apareció una mujer que no paraba de toser ni de fumar y que le pidió dinero. “Es para las máquinas de bebidas, mañana se lo devuelvo”.

Octavio le dio el dinero aunque no le hizo mucha gracia. No estaba para muchas generosidades y si le dejó las monedas fue para quitarse de encima a aquella mujer proyecto de cadáver mal instalado en un lugar que no le correspondía

Baje ahora al comedor, estarán a punto de dar la medicación para dormir y las infusiones.

Octavio pensó en que aquella mujer no necesitaría medicación para dormir, sino para dejar de toser, sintió algo de sueño y se tomó la medicación de noche

y una infusión de tila. Luego subió acompañado por un cuidador hacia la habitación que se hallaba al lado de que ocupaba la mujer que no dejaba de toser nunca, ni tendida en la cama.

– Desnúdate ahora,– le dijo el cuidador que le acompañó hasta su habitación– y deja tus ropas que están encima de la silla del pasillo. Que duermas bien. –

Después de los consejos recibidos antes por el tal Manolo, hizo todo lo contrario, se llevó la silla y dejó sus ropas sobre ella, pero dentro de la habitación que era minúscula, aunque con un techo muy alto. Detrás de la cama había una ventana con barrotes, y en el suelo un orinal.

Salió un momento al pasillo para coger su bolsa y se encontró a la mujer que tosía, totalmente desnuda y fumando. Ni siquiera reparó en él ni en sus disculpas ni en su saludo de buenas noches. Ella tan solo musitaba desde su ronca voz “las tragaperras, habría que quemar todas las máquinas tragaperras”.

Volvió a la habitación, se desnudó y se metió en una cama totalmente incómoda. No concilió el sueño en todas las horas de la noche y oyó perfectamente como un cuidador, de vez en cuando acudía a vigilarlo, para ver si estaba bien. Luego de madrugada, retumbó una voz que asustaba. Era una mujer que pedía agua, aporreando sin piedad la puerta de los cuidadores. Nadie le respondió, solo el silencio. Octavio se quedó muy impresionado, la puerta fue golpeada y pataleaba, luego la mujer se marchó soltando algunos reniegos.

Cuando estaba a punto de dormirse vio que se había hecho completamente de día y el cuidador entró nuevamente en la habitación, le preguntó que como había pasado la noche y le hizo bajar al comedor para tomar la medicación de la mañana y desayunar.

La amargura se instala dentro de las personas y es un mal inquilino. Es como cuando un árbol cae en el bosque o cuando como se pudren las últimas vigas de las casas viejas. Parece como si hubiera una aflicción adaptable a todas las necesidades de las penas.

Octavio conoció pronto las rutinas del centro pero decidió aislarse del resto de sus compañeros.

En el sanatorio su mejor amiga como siempre era la soledad y su mejor refugio el jardín de arena, sin césped y con rincones llenos de colillas.

Recibía cada día sus atenciones médicas, y aire limpio y aire puro. Le aflúan recuerdos alegres, recuerdos tristes, demasiados recuerdos ganas de huir, ganas de quedarse. Algunos días, recibía la visita de Claudia, y la de su madre. Aunque lo que de verdad quería era estar solo. Después de una de las visitas de la que fue su mujer y que le permitían ausentarse por unas horas del centro, a la vuelta uno de los cuidadores le preguntó sin reparos pero con naturalidad por la identidad de Claudia y él contestó también con naturalidad:

Es la que fue mi mujer y el cuidador recibió con sorpresa y sonriente aprobación la respuesta. No debía ser frecuente que acudieran a visitar a los pacientes alcohólicos las que habían sido sus compañeras o maridos. Tan solo al cabo de unos años valoró como se debía las visitas inesperadas y frecuentes de Claudia, aquella mujer que debería haberle ayudado a tiempo, era la única persona que podía haberlo hecho. La vida con un adicto es difícil y aunque se trate de escapar de él, siempre aparece entrando por la puerta aunque no sea bien recibido. Lo mejor es no dejarle entrar más, pero si comparte su lecho con él, no debe abandonarle. Soportaron demasiados años una situación podrida por Octavio, convivieron junto a una bomba que tarde o temprano estalló y que dejaría heridas a todos los que recibieron su impacto, no le hizo caso. Se quedaron los dos solos, sin solucionar el problema y cuando el artefacto estalló las consecuencias fueron muy dolorosas para todos.

Los primeros días de estancia en el centro recibió los efectos sedantes de los medicamentos que se habían convertido en unos aliados, con los que no se padecía pero tampoco se sentía ni se pensaba.

Se fijó en una chica que de vez en cuando le miraba con atención, podría decirse que profundamente. Cuando iba a las máquinas de pastas o de bebidas, algunas veces andaba por allí, y le pedía o un sorbo de limonada o un trozo de pasta:

Solo tuvo con ella una sola conversión se intercambiaron unas escasas palabras: “¿Eres depresivo o esquizofrénico?”. “Depresivo” contestó, y una mueca de desprecio apareció en su rostro.

Al final cuando la invitó a un trozo de pasta le dijo con una sonrisa seca: “Gracias”, y se marchó. Se sentaba siempre huyendo de la luz o bien, en el semicírculo que formaba la balconada en la fachada principal o donde nadie la pudiera detectar.

Por la tarde después de comer y hasta la hora del paseo, del que no tenía permiso médico se abría otro largo espacio de tiempo que utilizaba para seguir con sus pensamientos, llenos de tristeza y depresión. Se imaginó en el Bar de Climent, con una barra metálica y destrozando todas las bebidas y las máquinas tragaperras. No pudo contenerse y lloró. El bar de Climent era uno de sus locales favoritos y más frecuentados por él y por sus compañeros de adicción. En él comenzaba el día con un largo via crucis de más de catorce estaciones en su camino hacia el calvario de su borrachera, amén.

Luego pensó nuevamente en su compañera de manicomio, creía que tras aquellos ojos negros se refugiaba una gran ansiedad de vida formada, tal vez por una excesiva realidad de la que sé no se había podido salvar a tiempo y que la habían dejado tumbada en medio de una carretera transitada por muchos vehículos que amenazaban con atropellarla. Alguien paró su coche, recogió su maltrecho cuerpo y la dejó en el centro. Se llamaba Alba, y sintió una compasión enorme hacia ella. Sobre todo desde que descubrió que en los walkams que llevaba casi siempre puestos solo oía canciones de un trasnochado cantante que no cantaba nada. Alba llevaba el pelo negro recogido, tenía unos ojos oscuros enormes y unas ganas enormes de no ser molestada.

Octavio, nunca lo hizo, y encendió un cigarrillo, tal vez le serviría para centrarse un poco en esta vida.

También recibía la visita del Sr. Carles, amigo eterno de la familia inseparable y de presencia siempre oportuna. Nunca la reprochó nada y hablaba con alguien de él decía “Le conozco desde que era un niño, y de su rostro salía verdadera sonrisa. Los cuidadores también valoraron posesivamente las frecuentes

presencias de un hombre de edad septuagenaria que nunca abandonó a la familia. Ninguno de sus escasos “amigos” apareció nunca, como suele suceder. Los amores, los amigos, pueden llegar ser relaciones efímeras, a perderse del todo en el tiempo. Y volvió a pensar en sus hijos, esas personas que cuando acudían a su memoria siempre le provocaban lágrimas. Si volvían a su vida sería como un reencuentro después de un largo viaje.

Y partir desde aquel momento, los buenos recuerdos deben permanecer siempre vivos, los malos hay que saber enterrarlos y cubrirlos de varias capas de tierra para que nunca vuelvan a renacer. Los recuerdos buenos sirven para una conversación o para aliviarse de penas. No es malo pensar en futuro lleno de tareas por hacer, que todo se convierta en el camino que se hace al andar, en el camino del poeta, sin volver la vista atrás.

El jardín, gran amigo de Octavio, fue recorrido por él, y de nuevo se fijó en la enorme palmera, los árboles acogedores que daban buena sombra,

y una reciente paz que estrenaba como zapatos nuevos acudieron en su ayuda.

Un día en que Claudia lo vino a rescatar lo encontró bastante mejorado y le dijo: “los antidepresivos hacen milagros”. Se lo llevó andando al pueblo cercano. Iniciaron una conversación desconectada, cada diálogo llevaba su rumbo, y se convirtió en un monólogo compartido que le dejó con ganas de acabar pronto y de volver al centro. Cada uno evolucionaba desde su presente. Cuando terminaron de hablar, volvieron caminando hacia el sanatorio y allí le dejó Claudia.

Poco a poco fue acostumbrándose a las rutinas de la comunidad. A los horarios, a las tareas, al lento paso del tiempo. Con los demás ingresados tuvo una escasa comunicación. Por la mañana se acercaba hacia la capilla, estancia donde no había altares y que utilizaban los cuidadores, los médicos, y que también servía como despacho. Por la capilla pasaba todo el mundo a pedir el dinero y el tabaco que el centro les custodiaba o simplemente a pasar el rato. Allí dejaban

también cada día los periódicos. Por la mañana, Octavio se acercaba hacia allí a buscar la prensa. Después de leerla, daba unos paseos por el jardín que de tantas vueltas como hizo, llegó a aprenderse de memoria, hasta el último de sus rincones. Se negaba a mirar el reloj para no decepcionarse demasiado cuando las horas decidían helarse en su interior y averiguar que las agujas no querían moverse, declaradas en huelga, en una lucha en la que el patrón era el tiempo.

Los demás pacientes buscaban la compañía de los otros, no se aislaban, formaban grupos pero a él nunca le interesaron demasiado aquellas personas. Decidió aislarse para no recibir la decepción de conversaciones que siempre se interrumpían. A pesar de que el psiquiatra del centro, persona adecuadamente informada le aconsejaba que se relacionara más que con otros internos, y que no era bueno que se aislara siempre aunque él le contestaba que en aquellos grupos no encontraba a nadie con quien hablar.

El mismo día de su ingreso le llamó la atención una paciente, que paseaba por el vestíbulo. Tenía un aspecto que captaba el interés de los nuevos ingresados y visitantes. Debería tener no más de veinte años. Se llamaba Sònia y era esbelta, pelo rizado, y bastante delgada. Se adivinaba la hermosura dentro de un rostro donde el sufrimiento había dejado sus huellas, su apariencia era la de estar viviendo una auténtica locura que causaba consternación a todos. Casi siempre andaba protegida por otras enfermas, mayores que ella que la levantaban del suelo cuando decidía caerse o le subían el jersey cuando quería mostrar a todos sus senos menudos como de adolescente. Casi nunca recibía visitas.

Sònia le preguntó enseguida por su nombre y luego cuando se lo encontraba en algún lugar del centro le decía:

– Yo, a usted no le conozco de nada– . Siempre lo hacía en castellano, aunque él le expresara las escasas palabras que se intercambiaron en catalán, lengua en la que solía hablar en las escasas ocasiones que decidía hacerlo.

Una tarde Sònia se le acercó y se sentó junto a él en el jardín. Recostó su cabeza en su hombro y él le pasó el brazo por la espalda. Sintió una enorme ternura hacia aquella mujer que tan joven había recibido ya las primeras heridas en su cuerpo sin años. Ella se recostó todavía más hacía él y se quedó dormida. A

Octavio le entraron ganas de llorar y lloró. Podía ser su hija, y se sintió algo incómodo cuando observó que el psiquiatra les miraba desde la ventana de su pequeño consultorio sin poder evitar que en su mirada se formara un gesto de afecto. Los días iban pasando y su depresión daba evidentes signos de abandonarle. Sentía el mundo exterior y quería dejar aquella casa y sus inquilinos. El otoño se presentaba alegre con un sol resplandeciente y quería unirse a él, su cuerpo ya no era el mismo, aquel cadáver que tuvo que subir las escaleras del centro ayudado por los cuidadores. Ya no le preocupaba tanto estar aislado porque con el señor Juan, un hombre jubilado, que padecía una depresión de aspecto incurable, aunque no la manifestaba ante nadie, comenzaron a compartir horas juntas. Con aquel hombre al menos podía hablar de algo aunque fuera de fútbol, con los demás de nada. Al cabo de unos días, había visto ya demasiadas cosas, como su compañero de habitación, que todas las tardes se iba a emborrachar cuando salía a la hora del paseo y volvía con unos enrojecidos ojos que le delataban ante los cuidadores. A veces, le impedían dejarle salir, o le daban serias advertencias, pero él llevaba ya algún tiempo allí y sabía como evitar los castigos. Otro compañero de habitación, un muchacho de diecinueve años que tocaba en un grupo y le había dado a su cuerpo todo lo que le pedía y más contaba que una vez, en una actuación, exaltado se lanzó hacia el público y su cuerpo tuvo que soportar varias fracturas. Era una persona con alto factor de riesgo.

En su habitación una noche se formó un buen jolgorio, internos de otras habitaciones aparecieron con botellas clandestinas y porros aparentes. Octavio no quiso participar, bastantes juergas llevaba ya padecidas y allí estaba para no sentir de nuevo la presencia del alcohol. Observó con pena como aquella gente no tenía intención alguna de curarse y que estaban allí porque alguien les recogió del suelo, ebrios hasta el culo, y se los llevó al sanatorio.

Se dio cuenta que esa gente tarde o temprano volvería al centro y que sus lazos con la bebida o las drogas se habían hecho indestructibles.

Una noche, después de cenar, junto a su habitación, murió la mujer que siempre tosía, después de unos días que predecían su desaparición. Los platos de la comida comenzaron a caérsele con frecuencia al suelo y junto a la entrada de

su habitación se desplomó para siempre. Los esfuerzos por reanimarla fueron inútiles y al cabo de unos minutos apareció una ambulancia que se hizo cargo de su cuerpo.

Cuando ya estaban a punto de darle el alta, un hombre de estatura elevada y de raza árabe, ingresó en el centro. Sus ropas rasgadas y las heridas acabadas de curar hacían pensar que le habían rescatado de algún accidente. Se hizo amigo enseguida de Sonia y ambos se buscaban y se encontraban, aquella relación fue enseguida cortada por los cuidadores avisados por las pacientes cincuentonas, marujonas en la vida real que no podían soportar el descarado que mostraban la mujer y el árabe que acabaron escondiéndose de las miradas acusadoras. El árabe era un hombre fuerte, y descarado, que no se integró en ningún grupo ni falta que le hacía, y sin ninguna adicción y enfermedad mental aparente. Octavio se preguntó porque iban a parar aquellos seres a una comunidad que no estaba para sanar ni a mujeres terminales de tos, ni a árabes accidentados. Seguramente porque los hospitales debían tener todas las camas ocupadas y en algún sitio había que meterlos.

En esos lugares casi nunca pasa nada pero siempre pasa algo. Una enferma tuvo un día un ataque de locura y se quiso escapar, escalando las alambradas que rodeaban el jardín, mientras pronunciaba un nombre: Xènia, Xènia. Xènia había fallecido en un accidente de moto y nunca supo si era su amiga, o su amante. Lo que sí supo es que otras veces lloraba desconsolada pronunciando siempre el mismo nombre.

Un día el árabe no volvió a aparecer por el centro. Allí los que no querían enterarse de nada lo conseguían a veces. Pero existen evidencias de las que es difícil escapar.

Una tarde se escaparon un esquizofrénico y otra enferma. Aprovecharon que la puerta de salida estaba abierta para dejar salir a los que tenían permiso de paseo y huyeron a todo correr. Los dos aparecieron por la noche a hora de la cena. Nadie salió para impedir la huida, cuando volvieron no levantaron ningún comentario, se sentaron en su mesa de siempre y cenaron en silencio.

Sònia que nunca recibía visitas iba recuperándose poco a poco, las ojeras que afeaban su cara habían ido desapareciendo y de vez en cuando hablaba con Octavio al que ya sí conocía y buscaba su compañía sin diálogos en los bancos del jardín.

Nunca pasaba nada y siempre pasaban cosas. Octavio tenía ganas de abandonar el lugar y en su última visita el psiquiatra le comentó que al día siguiente podía darle de alta. Octavio abandonaría el centro.

En las tres semanas en que estuvo ingresado nunca había podido salir solo de aquel edificio y se dirigió a su habitación a comenzar a hacer su maleta.

Por la noche recibió una inesperada llamada, era Jenny.

Una voz entrecortada sonó desde muy lejos:

– Octavio ¿cómo estás?, ¿qué te ocurrió?. Me ha costado mucho localizarte. Cuando me lo contaron no podía creérmelo, no pensaba que estuvieras tan mal.

– Es muy largo de explicar.– contestó cuando pudo reponerse de la emoción que le causó la inesperada llamada– . Pero ahora estoy bastante bien, mañana me marcho del centro, me van a dar de alta. Jenny recibía aquella voz de un hombre que no se quiso tomar demasiado en serio, y

que cuando desapareció tan subitamente de su vida que tal vez lo necesitara para protegerlo o para amarlo.

– Estuviste a punto de morir. Amancio estuvo buscándote hasta que le dijeron que estabas ingresado en un hospital. Cuando pudo llegar hasta allí te habían trasladado a otro sitio. Me ha costado mucho encontrarte. Creo que deberías pasar unos días aquí conmigo, en Nueva York, quiero que me cuentes todo lo que ha pasado.

Octavio le contestó: Verás no tengo demasiado dinero, además la semana que viene he de reincorporarme al trabajo, sin ninguna esperanza, creo que me despedirán. En la empresa para la que trabajo no querrán tener empleados depresivos que algunas veces intentan suicidarse.

Si te despiden no estés muchos días por ahí y no te preocupes por el dinero, cuando me llames yo lo arreglaré todo.

Había ido recuperando el buen humor a medida que la voz de Jenny penetraba en su alma.

Te aseguro que estoy preocupada. Quiero saber que ha pasado en tu vida, lo demás no me importa demasiado. Si no te hubiera dejado solo aquella noche tal vez no hubiera sucedido nada. Estuviste a punto de morir.

– Jenny quiero que entiendas que tarde o temprano podía suceder, tal vez en Menorca no, pero luego tarde o temprano ocurriría. Nadie podía hacer nada por mí. La diferencia es que estoy aun en el mundo de los vivos, y de momento pienso seguir ahí. No te puedo asegurar cuando nos veremos, estoy muy confuso ahora, no te puedo decir nada y quiero que sepas que todos los días aparecías en mi pensamiento.

Déjame tu número de teléfono y te llamaré, creo que.... tal vez te quiero.

– Por favor no me hagas declaraciones amorosas, lo que necesito que estés ahora conmigo y te aseguro que te sentirás mejor. No te quedes ahí, si puedes.

Por fin se despidieron y un angustiado Octavio salió al jardín para hacer la que sería su última ronda y en su interior dejó penetrar música que explicaba historias de amores y de desamores.

Escondido se puso a bailar solo, en un rincón oscuro para que nadie le viera: “Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones, a conocer un mundo nuevo de ilusiones, aprendí que la semana tiene más de siete días, a hacer mayores mis contadas alegrías, y a ser dichoso yo contigo lo aprendí”. Respiró a fondo y cuando volvió al comedor se guardó sus sentimientos, allí cada uno continuaba con lo suyo.

Se despidió del señor Joan con el que había compartido partidos de fútbol y conversaciones banales. El señor Joan le comentó: “debo estar mal, aquí llegan algunos medio muertos como usted. Y se marchan antes”.

– Ud. está bien, pronto saldrá de aquí.

El día de su salida tuvo que rellenar una encuesta y firmar algunos papeles, cuando por fin le dieron de alta, uno de los cuidadores, le abrió la puerta y le dio la mano deseándole suerte.

La vida había vuelto a circular por sus venas, a la semana siguiente se reincorporaba al trabajo y soñó que tal vez volaría hacia la ciudad del sueño americano, de las quintas avenidas y de los rascacielos, algún día.

Maroat, enero del 2001

Octavio había vivido desde que salió del sanatorio, como siempre de una manera irregular, torpe, dramática, insulsa, patética e incluso a ratos incluso asquerosa y a ratos divertida aunque solo para él.

No le habían despedido de su trabajo en Barcelona pero al finalizar el contrato no hubo renovación.

Claudia se había instalado con sus hijos en un piso cerca del suyo, en el centro de Maroat, que le permitía verlos con cierta asiduidad.

Andaba buscando trabajo y no encontraba nada, continuaba viviendo con sus padres, respetando sus reglas de convivencia, sus imposiciones a un hombre de más de cuarenta años, como si tuviera los mismos que cuando decidió dejar aquel hogar y casarse con Claudia. De todas formas le daba igual, había conseguido vivir sin la dependencia del alcohol, había dejado de acudir a los bares, empezó a preparar unas oposiciones para el Estado que abandonó cuando se dio cuenta de que su memoria no estaba para gravar demasiados datos y dejó, a los pocos meses el curso que había iniciado en una Academia. Las oposiciones al Estado o a las Comunidades autónomas o los Ayuntamientos estaban muy difíciles de superar y él no tenía tampoco la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo.

No sabía si estaba simplemente triste o deprimido, y no quería recuperar el escaso contacto que tenía con el mundo exterior.

Había conseguido dos refugios seguros, su habitación, y la biblioteca donde acudía regularmente cada día para huir de sus padres. Pero había perdido la música, su equipo de música, y tampoco tenía dinero para comprar aquello tan necesario que durante tanto tiempo había tenido. Buena música aunque la reprodujera un tocadiscos que le había regalado su madre en un día de generosidad,

cuando volvió de Mallorca y se reintegró de nuevo a su trabajo de siempre. La música, sus cantautores, y luego una mezcla de rock, con jazz, flamenco y clásica.

También había perdido su guitarra de la que aprendió algunos acordes y arpeggios y que le permitía cantar junto con Claudia que tenía buena voz alguna de las canciones que amaban. Su perro, Esquitx, un excelente cazador, tampoco estaba con él y en su añoranza de lo perdido no podía haber nada más.

No podía escuchar algunas canciones cuando ocasionalmente las oía por la radio, único objeto de reproducción musical que tenía, un pequeño transistor. La melancolía le ahogaba cuando su cantante preferido aparecía en algún programa de televisión o de radio. Demasiados recuerdos, demasiadas frustraciones, demasiado tiempo para estar solo. Los escasos “amigos” que tenía le daban la espalda, y solo mantuvo contacto con uno de ellos con el que se veía de vez en cuando. Y en Navidad y en época de vacaciones, se citaba en un bar con Rut, hermana de Claudia, que volvía desde Andalucía, donde había formado una familia junto a un filósofo autóctono y le lloraba un rato sin derramar lágrimas. Rut también las había pasado moradas, desde que aun siendo una niña decidió abandonar Maroat y casarse con el filósofo de Granada.

Cuando Octavio emprendió, tiempo atrás, su loca escapada, estuvo con su coche yendo de un lado para otro y se acercó a esa ciudad, no para ver a Rut, sino para que no le pasara lo mismo que al poeta que nunca fue a Granada. En su huida no tenía ganas de ver a nadie y menos a su cuñada.

Demasiadas pérdidas sin ninguna recuperación. Una tarde Claudia se lo recordó: “te has quedado sin amigos, sin trabajo, lo has perdido todo”. Le salió de una forma espontánea, sin pretender hacerle daño, pero lo cierto es que aquellas frases lo hundieron todavía más en aquel cenagal que pisaba, donde pretendía huir de recuerdos y sobre todo del jodido alcohol.

En la biblioteca podía leer periódicos, libros, y soñar sin que nadie se diera cuenta. No tenía comunicación con nadie, hasta el punto de que cuando hablaba la voz le fallaba y tenía que carraspear para devolverla a su normalidad. Sus padres, le daban comida y techo, pero nada de afecto, y si muchos reproches y

resentimientos perennes que llevaban guardados en su memoria, sus padres nunca lo supieron querer y repetidas veces, lo obsequiaban con recriminaciones que iba almacenando en su interior. Desde su infancia tuvo que convivir con aquellas censuras hacia su persona que iban desde “no serás nada en la

vida”, o “no vales para nada, serás un inútil, toda tu vida”. Y lo consiguió. Hacer oposiciones a inútil es más fácil. Tan solo debes matricularte en la universidad de las frustraciones y comenzar a sentir fracasos, uno detrás de otro.

No culpaba a nadie de su situación, sólo él debía cargar con las consecuencias de un oscuro y negro pasado y de vez en cuando, escribía cartas a amigos que lo habían sido, y que cuando pudieron tragarse todo el daño e infelicidad que había causado a los suyos, le contestaban.

No había vuelto a beber, pero alguna vez no podía resistir la tentación y se acercaba a algún bar. Lo hacía con premeditación, y alevosía, y algunas veces con nocturnidad. Planificaba dejar de tomar un medicamento protector y volvía a iniciar su idilio con el alcohol, durante unos días. Luego continuaba con el tratamiento y no pasaba nada.

No paraba en su empeño de encontrar trabajo, se había convertido en vital para él, lo necesitaba, sobre todo, para salir de la cárcel de sus padres, para ser libre, para buscar el amor, quería rehacer su vida y al final consiguió algo parecido a trabajar.

Enviaba sus currículos a todas partes, menos a una, no quería ser vendedor, una mala experiencia anterior que le pilló en época de paro fue suficiente para darse cuenta de que no había nacido para mercader que ofrece sus productos llamando puerta a puerta, importunando a la gente que cena, o mira la televisión, o se pelea, pero que no quieren saber nada con los vendedores a domicilio.

Al fin le llamaron de una empresa que le ofreció trabajo. Después de hacer un corto cursillo de la noche a la mañana se convirtió en cobrador de deudores morosos y se vio aporreando a las puertas de los mal pagadores, que se dividen normalmente entre los que no pueden por avatares de la vida, y los que tienen la cara forrada con acero inoxidable.

En aquella empresa no se trataba de dar miedo a nadie sino de informarles de cómo podían relator su deuda, a cambio de una comisión.

No era de los cobradores del frac, ni de aquellos que usan métodos inmediatos para conseguir sus objetivos, métodos mafiosos que se utilizan aunque no corra la sangre.

Recordó una tarde de cuatro años atrás, cuando trabajaba para un Administrador de Fincas en Barcelona. Era un pequeño despacho ubicado en una zona alta de la ciudad, en un barrio donde se construyeron miles de viviendas para albergar a los que procedían de todas partes del país en aquellos años franquistas.

Se le presentaron, en su lugar de trabajo dos individuos con aspecto de ser del F.B.I., rapados como ellos, incluso el más alto tenía cara de llamarse Fra, y además masticaba chicle.

A la hora en que los del F.B.I., entraron en el pequeño despacho no estaba el jefe, solo un compañero que llevaba la contabilidad en las horas libres de su empleo como policía municipal. Octavio se había retrasado en el pago de dos plazos del coche que había comprado recientemente. Frank y su compañero, después de preguntar por él, se sentaron en las dos sillas que estaban delante de su mesa sin pedir permiso, y sin enseñar ninguna placa pusieron en su conocimiento el objeto de su visita. Octavio se defendió como pudo, mientras el contable sin bajar los ojos de sus libros escuchaba la conversación.

– Oiga, dijo Frank– , hemos venido a cobrar y cobraremos. No nos moveremos de aquí hasta que nos pague el dinero que adeuda.

– No tengo aquí ese dinero, mañana me pondré en contactos con ustedes– .

– Da igual, dijo Frank, nosotros no nos vamos de aquí hasta que nos pague–

A pesar de las alegaciones y justificaciones que esgrimió en su defensa y de la vaga promesa que se pondría al día en cuanto le fuera posible, solo recibía la misma respuesta:

– No nos moveremos de aquí hasta que pague.

A Octavio se le estaba poniendo cara de Woodie Allen en cualquiera de sus películas y la negativa a moverse de los cobradores le sonó a canción folk americana que cantaba en su época de boy skaut.

– Entonces el que se moverá seré yo. Me estoy jugando mi trabajo.

Frank sin parar de masticar chicle y con fría mirada de póquer le dijo:

– Da igual, compañero, cuando vuelvas nosotros todavía estaremos aquí– . Lo de compañero le sentó como una patada en el hígado. La conversación no se movía de entre el no puedo de Octavio y el no nos marcharemos de Frank y de su colega.

De repente el municipal contable se cansó de aquella conversación y no se sabe si por solidaridad hacia su compañero o porque aquellos mafiosos del F.B.I. le habían caído mal, se levantó de su asiento y sus casi dos metros de estatura instalada en un cuerpo de luchador canario se pusieron en movimiento. Sin contemplaciones puso su mano sobre el hombro de Frank, y les dijo:

– Será mejor que se marchen ahora. El jefe está a punto de llegar y si se entera, este hombre perderá su empleo y ustedes no cobrarán– .

Frank paró inmediatamente de masticar chicle e impresionado por el poder coercitivo del municipal insistió en quedarse hasta cobrar pero el peso de su mano le estaba agobiando un poco.

– Le voy a decir algo, amigo, (el municipal había visto muchas películas americanas) si mi compañero, que necesita su sueldo como todos para mantener a su familia pierde su empleo, sabré como encontrarlos y con estas manitas – Frank solo vio unos puños enormes– les voy a tocar la cara, aunque necesite ayuda para conseguirlo y les aseguro que no les gustará nada.

Frank empezó a asustarse ante la situación. Aquel despacho era pequeño pero no sabía a que otra actividad, salvo la honesta de administrar fincas se podía dedicar y pensó que lo mejor era batirse en retirada.

– Bien, ahora nos vamos pero volveremos mañana, no lo duden, intentando que la expresión de su rostro no se descompusiera.

– Ustedes no volverán por aquí, él pagará mañana en sus oficinas, ¿verdad Octavio?.

Woodie Allen medio recuperado del susto se atrevió a decir: Mañana solucionaré el problema, pero deben de darme una dirección donde pueda hacerlo.

Frank no estaba acostumbrado a pasar de dominar a ser dominado en unos segundos, y menos de que una mano del tamaño de un gorila en la niebla todavía le apretara su hombro, sacó como pudo una tarjeta y se la dio a Octavio—
Woodie Allen:

– Le esperamos, mañana sin falta.

El municipal con más cara en aquellos momentos de mafioso y menos de contable les dijo:

– Y ahora márchense, amigos y no se les ocurra volver por aquí.

Octavio recordó que episodios como aquél y algunos más desagradables habían pasado por su vida. Llamadas telefónicas con voces y amenazas desagradables, visitas de directores de banco, presencias en su lugar de trabajo de siempre, incluso dueños de vídeo club habían labrado una vida llena de alcohol, deudas de todas las especies que generaban cortes de luz, agua, amenazas de directores de colegios, y academias. Facturas y talones sin pagar, que le fueron creando una mala fama que unida a la de bebedor sin fronteras había delimitado su vida en un coto de caza permanente de la que trataba de escapar con una botella en la mano. En el coto había una casa en ruinas que compartía con Claudia, y sus hijos.

Cuando perdió por primera vez su empleo dejó atrás un pasado de veintitrés años con los mismo compañeros y la misma actividad laboral. Cuando todavía era un niño, sus padres avariciosos lo pusieron a trabajar con un apacible notario mallorquín, la excusa fueron las malas notas que había sacada en el curso infantil. Su lugar de trabajo se convirtió en su vida, la adolescencia la pasó entre aquellas paredes de un edificio antiguo en el centro de Maroat. Allí guiado por Manel un compañero dos años mayor que él, aprendió a fumar y se inició en el consumo del alcohol. En aquel despacho pilló la primera borrachera, se enamoró como un loco de una compañera de trabajo, alguno de sus compañeros eran también sus amigos y fue despedido de él en el glorioso año de las olimpiadas en Barcelona, injustamente acusado de meterle mano a una caja que contenía

dinero, con la ayuda de una mala compañera que influía en las decisiones de un pusilánime jefe. Una mala pero decorativa compañera que daba buena imagen a un despacho al que acudían preferentemente hombres. Su fama de deudor y de bebedor pesaron en contra suya ante el dinero que se había fugado. Su compañera había puesto sin contemplaciones en conocimiento del jefe, como de los juzgados acudían a embargarle en el propio despacho, que no pagaba ni la tarjeta del Corte Inglés, y que aquel dinero ausente había ido a parar a sus bolsillos.

Sintió cerrarse la puerta de muchos años de su vida. Buenos recuerdos, casi todos, estropeados por la injusticia de un despido que lo tuvieron diez años como el judío errante, de contrato en contrato, de Barcelona a Canarias y de Canarias a Menorca.

Cada día se acordaba de aquellos largos años tras su debut en el mundo laboral y cada día maldecía a Esther, una niñata que llevaba cuatro años en la empresa y que con su poder recién estrenado en las decisiones del jefe consiguió que le echaran para siempre de un trabajo que nunca debió perder, y se perdió entre jefes neurasténicos de bronca perenne, cuyos dañinos efectos trataba de curar en el servicio de urgencia de los bares. Fueron tiempos de bronca diaria de su mujer y de sus jefes, de súplicas semanales de sus padres por la ausencia de sus visitas, mientras su aspecto degeneraba cada día más y el consumo de cervezas saciaban su sed de frustraciones y de heridas nunca cicatrizadas.

La empresa de reconvertores de deudas en otras deudas, acabó por cansarle. Allí pululaban malos personajes, empresarios arruinados que se asociaban con ancianos adinerados y avariciosos de tener más dinero que acababan en los juzgados, abogados con fronteras de mal talante, superiores a los que nunca llegó a conocer escondidos tras la madeja de múltiples sociedades anónimas, matones reconvertidos en matones sin armas, sicarios reconvertidos en guarda espaldas. Aprendió a vivir en aquel mundo de subasta pública con aquellos compañeros, aprendió a interpretar el papel que le dieron en la obra y consiguió algo que nunca había poseído, dinero. Las buenas comisiones llenaron por primera vez de saldos positivos sus eternas cuentas en números rojos. Pero esos saldos positivos no le cambiaron su manera de ser ni su carácter, ni sus ideas y cuando se enteró

de la brutal paliza que sufrieron aquellos avariciosos ancianos que les dejó a las puertas de la muerte, dejó la empresa y al día siguiente se acercó a una agencia de viajes, necesitaba huir de nuevo. Con dinero y exento de obligaciones familiares eligió un viaje que le llevaría a Oriente y donde conoció a una persona que puso a prueba la capacidad de su estómago con principios de úlcera.

En la semana anterior a su viaje, murió su padre una persona bondadosa aunque totalmente supeditada a la voluntad de su madre a la que nunca contradijo. Su padre no fue capaz de dialogar nunca con él, ni de expresarle sentimiento alguno, aunque sabía que le quería nunca fue capaz de exteriorizarlo. En su vida fue campesino en tierras andaluzas. Luego se vistió de uniforme color verde en tiempos del dictador, durante veinte años. Cuando le jubilaron de su oficio verde inició su camino como trabajador en una empresa de la que se jubiló para vivir unos años serenos, al principio, y amargos después cuando tuvo que asumir el pago de las deudas constantes de su hijo para acogerle cuando se separó de Claudia. Una embolia fue la causa de la muerte de su padre y Octavio le lloró cuando ya pensaba que no sentía ningún afecto hacia él y le tocó acompañarle, solo, hasta su muerte en una habitación del nuevo hospital de Maroat.

Se despidió de él diciéndole “Gracias papá por haberme dado una vida que no merecía.” Octavio, se quedó solo junto a la agonía de su padre y encontró a faltar el hermano que se había marchado hacía muchos años en busca de caminos nuevos en su vida.

Después de la muerte de su padre acudió una tarde a casa de Claudia. Allí estaban sus hijos y una mujer que iba de un lado para otro. Acababan de comer y algunas botellas vacías de cava estaban sobre la mesa del comedor.

Le preguntó a Claudia:

– ¿Quién es esa mujer?–

Y ella con los ojos brillantes por la reciente ingestión de cava le dijo:

– Es Rita mi compañera, te la voy a presentar– . Y por su tono de voz enseñada supo que no se trataba de una compañera de trabajo sino de su pareja sentimental a la que se había unido. Octavio no se lo esperaba, ella nunca había

manifestado atracción alguna hacia el sexo femenino y le dio por tomárselo a guasa:

– Esto parece una película de Almodóvar– pensó en voz alta y Rita de nombre pero sin apellido Hayword fue presentada ante el rostro pasmado de su exmarido.

Rita no Hayword desapareció del comedor cuando Claudia inició una agria discusión con el hombre que había compartido diecinueve años su vida, la discusión llevaba por título “Vida desastrada” y acababa de esta manera:

– Mira Octavio quien siembra recoge– . Y él intentó defenderse diciendo:

– Hay algunas personas que me han ayudado a sembrar.

Vio que sus hijos le miraban, que Claudia se recreaba sin compasión en la escena y unas lágrimas que amenazaban con afluir a su rostro hicieron que huyera sin despedirse de nadie, impregnado de un llanto que no pudo evitar.

Salió a la calle atolondrado, sin saber por quien lloraba, unas veces por Claudia, otras por sus hijos, otras no sabía por quien, y cuando empezó a calmarse y huyendo de las llamadas asesinas de los bares acudió telefónicamente a Rut hermana de Claudia para contarle sus penas, ella le escuchó y le comprendió. Y la conversación con ella le sentó bien por lo menos dejó que aquella tarde la cerveza no penetrara en su cuerpo lo que hubiera ocasionado, sin duda alguna la peor y más amarga de sus borracheras. Estaba claro, la que había sido su mujer y compañera no había podido superar la soledad que su ausencia había dejado y se agarró al clavo ardiente que le tendía una mujer.

Poco a poco se fue calmando y cuando regresó a su a casa recordó que su perro, Esquitx, no había acudido a hacerle festejos con sus habituales ladridos cuando Octavio hacía acto de presencia en aquella casa. Claudia debió asumir hacerse cargo del animal cuando los padres del que fue su compañero no quisieron aceptarle. Llamó enseguida por teléfono y le dijeron secamente que el perro había muerto recientemente. Colgó el teléfono y una nueva aflicción le invadió. La aflicción que sentía en aquellos momentos por un afectuoso animal hecho para correr su libertad en los bosques, que se había adaptado a la cárcel de un piso pero que nunca mereció morir de tristeza. Esquitx también le encontró a

faltar pero no tuvo a nadie que le llevara alguna vez a corretear por el bosque, y que le sacara a pasear sin prisas, y abandonó este mundo como lo que era un perro.

Llanto sobre llanto, penas sobre penas, capas de llantos y de penas que se iban sucediendo en poco tiempo y se almacenaban en la conciencia de Octavio que aquella noche supo aguantar el temporal sin llenarse el cuerpo de alcohol.

Era el protagonista de una novela sin nombre en la que todos los que se acercaban a él acababan chamuscados.

Sus hijos aceptaron a Rita y Octavio cayó en el olvido, por algún tiempo, de unos seres que había ayudado a nacer. Se había convertido en un muerto con mal recordatorio para ellos.

Pasó unos días en los que volvió a salir de la posesión del alcohol pero no pudo evitar que otra depresión se instalara en su interior y pensó que lo mejor era hacer algún viaje. Entró en una agencia y reservó un viaje hacía tierras orientales. Era lo mejor que podía hacer para salir de nuevo del pozo amargo de las aflicciones.

Llevaba demasiados años viviendo en la misma ciudad y ahora la odiaba demasiado y deseaba cambiar de aires, tal vez para siempre. A pesar de tener la alegría del mar a su lado, del refugio de los bosques también muy cerca, aquella ciudad le parecía triste, gris, de personas que vivían en grupos cerrados, inasequibles. Personas que vivían de espaldas al mediterráneo, como él. De carácter distantes, y herméticos que no abrían sus puertas a desconocidos y él que llegó a Maroat a mediados de los años sesenta nunca había sabido vivir en aquel lugar, había elegido las sombras y el anonimato, había fracasado, nunca había sabido como acercarse a esas personas y ahora necesitaba alejarse de allí.

Damasco, diciembre de 2000

Octavio no había vuelto a pisar el aeropuerto de Barcelona desde su viaje a Menorca y estaba lleno de excitación cuando se dio cuenta que aquel viaje podía llegar a ser muy especial. Aunque lo emprendiera solo, le daba igual no estaba para compartir viajes y si para huir de oscuros regresos.

El viaje comenzaba en Barcelona, pasaba por Madrid y de allí debía de llegar hasta Damasco. Pero cuando llegó al aeropuerto de la capital del reino el vuelo que servía Las Líneas Aéreas Jordanas, no estaba anunciado y cuando ya pasaba bastante rato de la hora ningún empleado del real aeropuerto supo darle explicación por las más de cuatro horas que llevaba de retraso su salida.

A Octavio no le puso de mal humor ni nervioso aquella espera y se dedicó a pulular por el vestíbulo del aeropuerto, comprando tabaco y revistas que leyó en un bar tranquilamente.

Observó el tránsito normal de las personas con sus equipajes, a los que no solían volar demasiado y a los ejecutivos con corbata que bebían wysky a su lado.

La ruta del vuelo era de Madrid a Viena, y de Amman a Damasco. Algunas horas suspendido en el cielo, transportado por aviones a los que no se acaba de acostumbrar y además sin tener ningún apoyo logístico que le apaciguara el miedo. Recordó que el vuelo de Barcelona a Tenerife lo hizo completamente alterado recordando que no pudo evitar tomarse un valium de baja graduación, que llevaba preparado por si le hacía falta

Al final llegó la hora del embarque hacia Viena y la ruta fue cumpliéndose sin problemas hasta llegar a Damasco.

Antes un hombre español, con el que compartía vuelo, se le había presentado.

– Perdón ¿viaja Ud. hacia Damasco?. Y ante la respuesta afirmativa de Octavio, reanudó su interrogatorio.

– Me llamo Onofre, soy juez y nací en Barcelona. ¿Es la primera vez que va a Damasco?

Le cayó bien aquel hombre alto, de unos cincuenta años, calvo, y de barba canosa, aunque bien trajeado.

– Mi nombre es Octavio y mi última actividad era la de cobrador de morosos, pero antes había trabajado en notarías.

– Dos actividades relacionadas con el mundo jurídico, aunque la primera de una manera indirecta, claro. ¿Perdone dónde se aloja Ud.?.

– Creo que en el Cham Palace.

– Entonces seremos compañeros de viaje y de alojamiento. El juez le había caído bien. Era una persona de conversación agradable, culta y alegre.

– Los notarios tienen fama de estar todos locos.

– Octavio respondió, yo he trabajado con algunos bastante normales, al lado de neurasténicos y de niños empollados hasta el culo de derecho, y con unas ansias enormes de ganar dinero cuanto antes. Son las nuevas generaciones de notarios muy diferentes de los de antes, más señores, de familias de alta alcurnia, pero que no gritaban tanto y en cambio por que te regalaban una corbata por Reyes.

Siguieron la conversación de sus respectivos mundos jurídicos y por fin llegaron a Damasco donde les trasladaron, enseguida al Cham Palace.

– Bien, señor Juez, supongo que mañana a la hora del desayuno nos veremos.

– No lo dude. Onofre, aunque era un funcionario, tenía el aspecto de ser un auténtico señor catalán.

A Octavio le gustaban aquellas personas que habían adoptado la personalidad de señores catalanes, gente algo distante, pero cálida, culta y educada de expresión seria al principio pero que se abren luego con facilidad si les

gustan las personas a las que tratan. El señor catalán, era una persona refinada, tanto podía ser empresario, jurista, escritor, músico o periodista, pero en cualquiera de esas actividades eran señores serios, tocados todos por el conocido seny catalán, que los diccionarios traducen como ponderación, o cordura. A pesar de eso gastaban un humor fino e inteligente. A todos les gustaba gozar de la vida sin aparentarlo.

Las señas de identidad de los catalanes en el resto del estado eran también otras relacionadas con el dinero, un célebre equipo de fútbol nacido para hacer sufrir a sus seguidores y donde los sentimientos nacionalistas se expresaban dentro del estadio de fútbol de un club que no debiera ser algo más.

Cuando se despertó corrió las cortinas de su piso, enclavado en la quinta planta y desde él pudo observar una abigarrada muchedumbre que vestía de manera variopinta, los jóvenes con camisetas de seda, las mujeres algunas con vestimentas árabes y otras europeas, pero casi todas bien adornadas y acicaladas con pendientes y collares

Se duchó, y después de vestirse bajó hacia el comedor donde le esperaba el juez.

– ¿Ha dormido Ud. bien Octavio?.

– De maravilla.

– Bien, si le apetece había pensado en salir inmediatamente a la calle después de desayunar, estoy ansioso por ver el espectáculo que seguramente no espera.

– ¿Sr. Onofre ha contratado Ud. alguna excursión?, sería interesante hacerlo puesto que todo esto es desconocido para nosotros.

– Ya lo haremos, pero ahora lo que me pide el cuerpo es salir a la calle y perderme por ellas.

Perderse en Damasco no es difícil según me han explicado, lo difícil es encontrar el camino de vuelta.

El juez le dijo: No se preocupe este hotel es muy conocido y cuando nos cansemos de caminar, cogeremos un taxi y asunto solucionado.

A Octavio le gustó tener aquella inesperada compañía, era un hombre muy correcto y con ganas de gozar como él. Se preguntó si también había acudido a Oriente a curar heridas abiertas, a huir de personas que le agobiaban, a encontrarse consigo mismo, o simplemente para dedicarse el placer de viajar. Pero el juez no tenía el aspecto de huir de nada ni de haberlo hecho en su vida.

La calle en Damasco es un mercado abierto y continuo, donde se puede encontrar de todo, desde fruta, destornilladores, verduras, o antigüedades. Todo lo vendible está en la calle, todos los damascenos son vendedores.

El juez después de detenerse ante una tienda de alquiler de coches le propuso alquilar uno a Octavio y éste que solo tenía en su atención aquel espectáculo de vendedores, le respondió, podemos hacerlo luego.

Las tiendas también eran un espectáculo, en una de ellas acudió Onofre a comprarse un cinturón y después de hacer la compra, los hicieron sentar y les ofrecieron té, mientras le arreglaban el cinturón al jurista, cuya cavidad abdominal prominente, se manifestaba sin tapujos ni complejos.

Bebieron té y los propietarios de la tienda se despidieron con el típico saludo árabe de corazón, boca y frente.

Salieron a la calle donde estaba todo el mundo que caminaba, todos los coches que circulaban, y guardias que no solucionan nada dentro de aquel caos imposible de gobernar.

Octavio había decidido, en parte acudir a Damasco, porque allí estaba prohibido el alcohol y además con la compañía cada vez más agradable del juez hizo que no necesitara su ingestión aunque con los medicamentos que tomaba también se encontraba a salvo. Si hubiera ido a otro lugar y sólo seguramente hubiera vuelto a beber, los disgustos padecidos últimamente estaban demasiado recientes y había sucedido en muy poco espacio de tiempo y aunque veces el cuerpo le pedía marcha, supo contener sus oscuros deseos.

Mientras observaban con sorpresa todo aquel desconocido mundo se les ofreció una persona sin nombre, como guía. Onofre le contrató después de consultárselo a Octavio y fueron tras él recorriendo Damasco hasta la extenuación,

el guía hablaba en inglés y el juez conocía algo del idioma. Todo marchaba sobre ruedas.

Se adentraron en la ciudad antigua llena de zocos y callejuelas estrechas, mientras veían como todo el mundo vestía de árabe puro, mezclado con europeo, o europeo solamente.

Después de pasear por aquella mezcla laberíntica de callejuelas, el guía les dejó en la mezquita y se ausentó diciéndoles que volvería por la tarde y les recomendó un restaurante cercano, donde iría a buscarles

Entraron en la mezquita sin zapatos, como es norma, y se dedicaron a recorrerla guardándose sus comentarios y observando con detalle aquella construcción, caminando por un suelo lleno de alfombras. Las columnas, arabescos y la impresionante cúpula fueron repasados con atención hasta que decidieron volver a la calle en busca del restaurante y reponerse, con una buena comida, del cansancio que les había ocasionado la excursión y de la buena impresión que les había producido tanta magnificencia, tanto esplendor pasado que había conseguido conservarse.

Llegaron al restaurante y comieron comentado animados todo lo que habían visto. Los dos estaban en un estado de ánimo poseído por la alegría y dispuestos a continuar recorriendo Damasco cuando llegara el guía, ya que decidieron que si volvían al hotel no saldrían más, y prefirieron esperarle tranquilamente durante una larga sobremesa, en la que hablaron de todo. De la impresión que les había causado la gran mezquita de los Omeyas.

Onofre que venía documentado dijo que la habían construido los Omeyas entre 705 y 715, y que la Cúpula que tanto les había impresionado se llamaba del Aguila.

Poco a poco iban conociéndose más, parecía que se tratara de dos almas gemelas que se habían encontrado en un viaje hacia Damasco.

Al cabo de un rato y cuando ya se habían despachado dos té se presentó el guía.

– Vamos a ir a la tienda de un amigo que vende joyas. Octavio se intranquilizó un poco y el juez le dijo, no hay problema, compraremos lo que nos apetezca.

En la tienda les ofrecieron la sortija de la suerte y Octavio compró una para su hija y otra que decidió guardarse para él.

Después de hartarse de recorrer Damasco, volvieron exhaustos al hotel. Subieron a las habitaciones y quedaron para cenar juntos dentro de una hora.

Octavio entró en la suya y se preparó un baño a la europea relajante, luego conocería los sirios, mucho más estimulantes y se quedó al borde del sueño.

Se adecentó y se cambió de ropa tranquilamente, tanto que no se dio cuenta que la hora había transcurrido con exceso y salió de la habitación con las prisas puestas, en busca del camino más rápido para llegar hasta el comedor.

Allí le esperaba el juez, sentado ya en una mesa y leyendo una revista española que se había llevado de Barcelona. Después de disculparse, encargó una cena de menú europeo mientras escuchaba la agradable y culta conversación de Onofre que cada vez le caía mejor. No había notado que detrás de esa mirada tan afable se ocultaba algún misterio y después de acabar con la cena, el juez le propuso pasar a un salón de delicadas luces y ambiente totalmente oriental. En el salón solo estaban ocupadas dos mesas, y ellos se sentaron en un rincón para crear la atmósfera que a Onofre le interesaba.

El juez pidió un whisky y Octavio un té.

Cuando se lo sirvieron el juez le preguntó:

– ¿No bebe Ud.?– .

– No, soy abstemio total. No me gusta el alcohol. No estaba para desnudar su pasado ante un hombre del que apenas conocía. Un hombre que cada vez sentía más cercano sin que le provocara rechazo.

– ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

Octavio le contestó: Esto debe ser deformación profesional ¿no cree?.

– Mas bien interés por su vida. No se preocupe, no tengo ninguna intención de adentrarme en su intimidad, si Ud. no quiere.

Y continuó, con el wisky ya en la mano, servido en un vaso largo con dos cubitos de hielo.

– Tiene el aspecto de ser una persona solitaria.

– A veces lo soy, pero prefiero la compañía a la soledad. Aunque la soporto bien, en momentos de mi vida he tenido que quedarme solo y lo he superado e incluso puedo decirle que a ratos me he sentido bien conmigo mismo.

– Esa es muy buena señal, puedo asegurarle que en ese mundo son escasas las personas que aguanten la soledad y menos que se sientan a gusto consigo mismo. Eso significa que usted ha tenido una vida...

– Mejor no continuemos por ese camino, se lo ruego.

Onofre captó enseguida que su recién conocido compañero de viaje no quería adentrarse por derroteros de amargo recuerdo. Pero prosiguió con su interrogatorio.

– Creo que le puedo adivinar su estado civil.

– Hágalo, le contestó Octavio.

– Usted está separado.

– Así es, estoy separado ¿cómo lo ha adivinado?– . Onofre prosiguió:

– Y en estos momentos está libre de parejas y obligaciones digamos entre comillas familiares, continuó el juez.

– Le felicito, ha acertado incluso el entrecomillado.

– Ahora está tranquilo pero me da la impresión de que en su vida no todo ha funcionado bien ¿me equivoco? El juez iba escarbando con habilidad en el pasado de Octavio.

– No se equivoca, contestó.

– Prosigo entonces, ¿qué pasó para que tuviera que separarse?

Sin reparos y ante su propia sorpresa Octavio comenzó a repasar ante el juez su oscuro pasado:

– Muchas cosas ocurrieron, pero básicamente todo está relacionado con una adicción que tuve al alcohol. Esa adicción lo echó todo a perder. Le abrí la puerta y no dejaron de pasar desgracias añadidas a otras que no eran esperadas. Esa adicción lo estropeó todo.

El juez le dijo sin inmutarse: Las adicciones sino se escapa de ellas a tiempo causan muchas calamidades. Desde mi profesión estoy habituado a verlas. ¿Sabe que pasa? No existe ninguna prevención para evitarlas, ningún deseo desde los poderes para combatir las. Hay negocios muy importantes que giran alrededor del alcohol y que obtienen grandes beneficios. Es una droga dura, legalizada, fácil de obtener e incluso barata, los mendigos la obtienen y prefieren beber que alimentarse. Todo es un gran negocio del que obtienen ganancias tanto los empresarios que lo fabrican como la administración a través de los ingresos que obtienen a través de los impuestos. Los desgraciados que caen en esa adicción de manera continuada están perdidos para siempre la mayoría de ellos. Las reincidencias acostumbran a ser normales y la administración solo paga centros especiales para intentar curar una enfermedad que nunca debía haberse producido. No se puede luchar contra algunas enfermedades, pero si se puede acudir a las raíces de las adicciones y extirparlas antes de que el árbol crezca. Ud Octavio fue culpable solo en parte, por no ser capaz de escaparse a tiempo. Dígame ¿duró mucho tiempo su consumo de alcohol?.

– Demasiado tiempo, desde antes de casarme hasta hace poco.

– Demasiados años, por la edad que le supongo, demasiados años.

Aquel hombre le merecía respeto y le daba confianza. Estuvo mucho rato hablando sobre el tema de las adicciones del que poseía importantes conocimientos.

Poco a poco la conversación se volvía cada vez más íntima:

Desde su separación Octavio ¿cómo ha intentado rehacer su vida? Si es que ha intentado rehacerla.

Encontré uno que me dio algo de dinero. Nunca había sido capaz de ahorrar ni un duro, pero no me gustaba y lo dejé. Luego tuve un disgusto importante con mi ex mujer y mis hijos y me escapé huyendo de todo el mundo y del alcohol.

– Ha hecho bien Octavio, pero deberá volver no se olvide.

El juez prosiguió su interrogatorio:

– ¿Ha pensado en volver a casarse?

– Lo he pensado y cuando vuelva a tener trabajo buscaré a una mujer. Quiero tenerlo antes de buscarla no puedo ser, digamos, candidato a una mujer sino tengo ocupación alguna. Será una mujer nueva, desconocida y no me puedo presentar con la carga de estar parado.

– Eso está bien pensado. Incluso si encontrara a una mujer que no le importara demasiado, que no la encontrará, tarde o temprano tendría que volver a trabajar. Es mejor presentarse en activo, no encontrará a ninguna mujer le acoja en esas circunstancias.

– Me sabe mal Octavio que las cosas le hayan ido tan mal, no tiene aspecto de ser mala persona y también le faltó el apoyo de las personas necesarias en esas ocasiones, amigos, familiares, o quien fuera, le faltó la persona adecuada en el momento oportuno. Así es más difícil apearse de ese horrible tren que cuando para en una estación solo lo hace si hay pasajeros esperando.

– ¿Tiene Ud. hijos?

Octavio miró al juez conteniendo el llanto.

Onofre pensó que había ido demasiado lejos y le pidió disculpas. Su investigación de momento había finalizado.

– Es Ud. una buena persona saldrá adelante.

Octavio cesó en su llanto y se hubiera tomado un wisky a gusto pero sabía que no debía hacerlo y no lo hizo.

Pasaron unos momentos en los que no habló nadie. Ambos se quedaron absortos en sus propios pensamientos.

Al cabo de un rato el juez volvió a entablar conversación. Su manera de hablar era pausada, serena que procedía claramente de una persona con calidad humana.

No se si debería decírtelo, – el tuteo repentino del juez no le paso desapercibido – estas cosas no sabes bien ni como ni cuando debes hacerlas pero yo quiero que sepas lo que siento en estos momentos. Suelo ser bastante directo y ahora creo que debo decirte que

me gustas Octavio. Eres una persona sencilla y de buen corazón que aterrizó en un mal país y se quedó en él muchos años con su familia. Que se causó y

causó mucho daño y ahora está lleno de culpas. Debes liberarte de ellas te vendrá muy bien.

– Me gustas, tienes atractivo físico, tus ojos son hermosos y tu mirada volverá a ser alegre.

Octavio no quería demostrar su timidez pero su rostro enrojeció lo que provocó todavía más a Onofre.

– Soy un hombre de cincuenta años y ya ves que no me gusta andar por las ramas. Tú te has abierto a mí y yo lo haré contigo:

– Octavio soy homosexual y he padecido mucho por serlo. Me gustas. Ya se que no eres gay pero te puedo demostrar que la línea divisoria entre ambos sexos es muy estrecha, y que a veces vale la pena atravesarla.

Octavio se quedó sin palabras no sentía rechazo hacia aquel hombre tampoco atracción, pero notaba que algo nuevo crecía en su interior.

Se produjo otro largo silencio.

– ¿Has estado alguna vez con un hombre?, le preguntó el juez que ya sabía la respuesta pero que le sirvió de entrada para continuar.

– No he tenido ninguna experiencia homosexual ni tampoco la he deseado, más bien la rechazaría de entrada, dijo Octavio.

– Viendo alguna película porno, que habrás visto, ¿te ha excitado ver los enormes penes erectos que salen en esas películas?.

– Si, viendo alguna película porno me ha excitado el tamaño de los genitales masculinos, pero la verdad, a mí me gustan las mujeres. Además una cosa es ver una película y otra.

– Y otra es ser el actor de verdad– concluyó el juez.

Comenzó a notar que su voluntad de rechazo hacia aquel hombre se iba diluyendo y poco a poco notó que aquel sentimiento nuevo había crecido algo en su interior.

El juez se levantó y se acercó a él y dejó que le acariciara y que le abrazara.

Notó el enorme deseo de aquel hombre en su interior y no lo rechazó Ven a mi habitación, y si no te gusta lo dejamos.

Octavio, estuvo de acuerdo. El tono suave de la propuesta le sedujo.

– ¿Quieres intentarlo al menos?

– No sé que decirte, le contestó Octavio.

– No sientas asco, sino has estado con ningún hombre para mí es más atractivo.

– Octavio se estaba dejando llevar y comprendió que estaba a punto de iniciar una aventura con otro hombre.

Vamos a mi habitación. Le dijo Onofre de forma contundente.

Una vez dentro el juez besó otra vez intensamente a Octavio y éste dejó que todo continuara.

Al día siguiente Onofre vio como su amante descansaba de espaldas a él y le recorrió la espalda y las nalgas y en ese escaso trayecto despertó a su compañero que lo besó con dulzura mientras le ofrecía su desnudo con la luz del amanecer penetrando entre las cortinas de la habitación

Luego se ducharon, se vistieron y bajaron a desayunar.

No se hicieron ningún comentario sobre lo acontecido la noche anterior pero la serenidad de sus rostros demostraba que la había sido placentera y el despertar también.

El juez le preguntó:

– ¿Te gustaría acudir a unos baños especiales?.

– Donde quieras, le contestó.

El juez desapareció hacia el vestíbulo y Octavio continuó desayunando.

A los pocos minutos volvió y le anunció:

– Vamos a ir hasta Palmira donde están esos baños, he encargado un taxi que vendrá dentro de poco, es mejor subir a la habitación y ponernos ropas más ligeras. Por cierto ¿tienes toallas y traje de baño?

No pensaba bañarme en Damasco. Lo encargaremos todo en recepción.

Se cambiaron de ropa y esperaron el taxi, y con la bolsa llena de toallas y trajes de baño que los empleados del hotel les habían preparado. Eran de varias tallas para que eligieran la que más se les ajustara. La gente de Damasco era muy lista, pensó Octavio.

Le preguntó:

- ¿Está muy lejos Palmira?.
- En este país no hay nada que esté lejos.

Cuando llegaron a Palmira, el taxista aparcó el vehículo, y les indicó que le siguieran. Acudían a los baños sulfurosos y comenzaron el inicio de la pequeña cuesta de una montaña y cuando alcanzaron una construcción diáfana que daba a un vestíbulo y posteriormente ya dentro de la montaña Octavio y Onofre se pusieron los trajes de baño y con las toallas y sus ropas en la bolsa, descendieron por una escalera estrecha de peldaños inacabables. Olieron a humedad y azufre, los peldaños eran resbaladizos y tuvieron que bajar con mucho cuidado. Una vez terminó el descenso aparecieron ante ellos unas aguas tranquilas y oscuras que penetraban en pasadizos y galerías. Los dos hombres se detuvieron en una de ellas. Las aguas eran sulfurosas y estaban a una agradable aunque cálida temperatura. Aguas curativas, medicinales, y se adentraron en ellas con precaución, a pesar de que el taxista reconvertido en guía les indicó que no tuvieran miedo. Su fondo era totalmente irregular, a veces se perdía y otras te rozaba el vientre. El taxista– guía les indicó que se embadurnaran el cuerpo con los lodos que aparecían y él mismo se sumergió en el agua y les llevó por pasadizos y más pasadizos hasta que dijeron basta y se sentaron sobre una roca para descansar. Salieron fuera del agua y no notaron cambio de temperatura alguno. Reposaron derechos junto a una pared y dejaron penetrar la alegría en sus cuerpos. Octavio recordaría para siempre aquel baño en aguas con olor a azufre.

Volvieron al hotel y durante dos días apenas salieron para dar nuevos paseos por Damasco y en los últimos se dedicaron a hacer excursiones programadas por desiertos y oasis desconocidos. Damasco era una auténtica maravilla de flores excavadas en esos desiertos.

Cuando llegó el día de volver a Barcelona tuvo que ser el juez quien iniciara la conversación con Octavio. Habían comido y estaban en el pequeño y discreto salón del hotel, fumando uno y bebiendo el otro.

Cuando llegemos ¿qué piensas hacer.? Inquirió Onofre.

– No lo sé, ahora me siento muy a gusto, pero no sé lo que voy a hacer. El gesto de Octavio se ensombreció de repente.

– Tengo muchos problemas por resolver, el peor de todos es el que tengo pendiente conmigo mismo. Octavio tenía la mirada calmada y el gesto en estado de reflexión. Tengo un mal pasado.

– Prescinde de él de una vez, ¿para qué lo guardas?. No me importa tu pasado, he absuelto y condenado a gente que tal vez no se merecía la absolución o la condena, pero he hecho lo que consideraba justo. Algunas veces he estado acertado y otras no. A través de mi profesión he conocido a auténticas ratas de cloaca al lado de infelices invadidos siempre por la desgracia. Las ratas las he dejado en sus cloacas y los infelices con posibilidades de reinserción los he sacado a la calle. Me he llevado algunas desagradables sorpresas, pero en general, no me ha ido mal. Además yo soy un simple juez, por encima de mí hay otros jueces con más poder que yo. Tengo compañeros que tal vez prevariquen y que también son juzgados, no creo que las personas con las que trato habitualmente en el juzgado sean peores que tú. Por mal pasado que hayas tenido no llevas reflejado en tu rostro la maldad. Nunca has pretendido hacer daño y si lo has conseguido no creo que fuera esa tu intención. No obstante así como la maldad no se ha gravado en tu rostro, a veces observo que los sufrimientos y culpabilidades que todavía guardas dentro afloran a la superficie. La expresión de tu rostro cambia al instante, es cuando tu mirada se enturbia, cuando se oscurece tu cara, todo cambia de repente. Creo que te mereces estar por algún tiempo libre de preocupaciones, en este juicio en el que eres juez y parte, en el que eres el acusado sin abogado defensor voy a dictar una sentencia de absolución.

– Puedo ayudarte en todos tus problemas. En todos. Y lo haré porque te quiero, porque soy una persona muy agradecida y estos días me has hecho sentir lo que no sentimos casi nunca los gay, y menos procedentes de un hetero como tú. Haré lo que sea y además puedo hacerlo.

– Pero yo no sé si esto debe durar. Me gusta tu manera de ser, tu afabilidad, inteligencia y cultura. Pero ahora, no me planteo nada más que resolver mis problemas.

– Se resolverán tarde o temprano pero ahora la sentencia la acabo de firmar y en ella se dice que la ejecución debe ser inmediata. Pero cuéntame ¿cuáles son tus problemas? Empieza a contármelos, todos tienen solución.

– ¿Porqué estás tan seguro?, preguntó Octavio.

No pronunció una frase que hacía referencia a bienes materiales que satisfacían hinchadas cuentas corrientes y paraísos fiscales que tenía en su mente. Se había dado cuenta del escaso valor que para Octavio tenía el dinero, le había oído hablar no mucho pero suficiente, y aun no sabía que es lo que valoraba más en esta vida aquel hombre del que se enamoró casi al instante, de aquel hombre de ojos azules o tal vez verdes, según la intensidad de la luz que recibían, y de expresión serena y profunda.

Empieza Octavio, estoy ansioso por escucharte.

– Son problemas heredados en mi reciente pasado, deudas no finiquitadas, no tengo trabajo, en fin, Onofre, no sé que coño he venido a hacer a Damasco.

– Has venido a encontrar la paz bajo mi tutela.

Todos tus problemas tienen solución, todos. Elegí la carrera judicial por hacer algo y ahora tengo que confesar que me gusta, me he convertido en la excepción del sistema, he descubierto que puedo ser muy útil.

– Vengo de familia acaudalada y poseo bastante, tanto dinero como fincas heredadas pero lo que más necesito es que me quiera alguien, algún día, sin limitación de tiempo. Tener instalado en mi vida a otro hombre que no se muera del SIDA como mi pareja anterior, y con el que nos saciamos sin hartarnos de amor.

Total, Onofre, que darte el culo igual me sirve de algo.

– Que chabacano eres, acabas de deshacer de un plumazo el hechizo de estos instantes.

– Perdona pero es que yo soy plebeyo y a veces me salen expresiones del mundo de donde procedo. Octavio había recuperado totalmente su buen humor.

– Primero solucionaré tus problemas de dinero. Si quieres puedes instalarte en el piso que dejó mi anterior compañero, allí no falta absolutamente de nada. No puedes trabajar de nuevo ahora, estás demasiado agobiado. Descansa y haz

lo que te dé la gana, en cuanto a los hijos volverán, tarde o temprano siempre vuelven, ahora los tienes asustados con tus digamos inestabilidades, ellos también necesitan confiar en ti, para estar seguros de que no les vas a hacer otra vez daño. Te diré algo, cuando preparaba las oposiciones me sentí muy angustiado por tantas horas de estudios y me metí en el mundo de la droga, menos mal que alguien se dio cuenta a tiempo y me desenganchó a tiempo. No me puedo quejar de los amigos que he tenido en esta vida.

– Además mi sentencia dice que es de ejecución inmediata, ahora mismo– .

– ¿Cuál es el precio?

– No cometes la vulgaridad de llamarle precio, dile simplemente gratitud. A los dos nos gustará más esa palabra. Pero dejemos las cosas claras. Una tarde a la semana te visitaré, no te pido más.

– No es una gratitud elevada para lo que ofreces. Ya te he dicho que no me desagradas, así es que intentaré no tomármelo como un precio a pagar.

– Te diré cual es mi situación, soy casado, con dos hijos, por supuesto que no me gustan las mujeres. Me casé para que a mis padres no se les ocurriera dejarme sin herencia, tengo otro hermano y aunque lo he llevado todo con mucha discreción, puede llegar el momento en que todo se sepa. No me interesaba que se supiera cuando aún no había heredado. Utilicé a una mujer exquisita y guapa que conocí en la universidad y le propuse un pacto que ella a él costó un poco aceptar, y como poderoso caballero es don dinero claudicó, aunque le pedí absoluta discreción cuando necesitara amantes y tan discreta ha sido que nadie se ha enterado.

– ¿Cómo puedes estar tan seguro?, preguntó Octavio.

– Puedo estarlo, no me cabe la menor duda, tengo recursos y dinero.

Continuó Onofre: Fueron épocas de disturbios en la calle y en la universidad, lo tenía mal, las damas de la riqueza eran casi todas puritanas, y aceptar encima por marido a un homosexual era mucho aceptar, además la mayoría no sabían ni que era eso. Las guapas y desinhibidas progres no me convenían, estaban en estado revolucionario, o eran hippys, aunque muchas tenían sangre azul

en sus venas que se dejaron tentar por la seducción de las revueltas. Me las imagino masturbándose mirando a un póster del Che Guevara.

Algún empresario podía haber fabricado consoladores con la cara del Che en la punta del capullo. Octavio se ríe de su propia gracia, pero el juez tan solo sonrió y prosiguió su discurso:

La dictadura se estaba acabando y esa mujer procedía de alta cuna y al final aceptó el matrimonio, pero a pesar del asco que me producía tocar su cuerpo fui capaz de ser padre. Era muy importante para mí ser el padre de mis hijos.

– Pues como les hayas inoculado tus genes de sarasa están perdidos.

– Desde luego, plebeyo absoluto eres. Creo que voy a cambiar la sentencia.

– No puedes hacerlo.

– No entremos en técnicas jurídicas, no tienes nada que hacer en ese terreno, te supero con diferencia.

Cerraron el trato y comenzó a cumplirse la sentencia.

– Cuando llegemos a Barcelona, te instalaré en el apartamento y a vivir que ya te hace falta. Ah, cuando nos veamos te entregaré un cheque para que vivas bien.

– Y me comprarás un coche. El mío yace en el cementerio municipal de vehículos abandonados.

– Te compraré un coche, pero nada más. Si no fuera por mi herencia con mi sueldo no te pagaba ni el alquiler del piso.

Maroat, enero de 2001

Cuando volvió a Maroat, Octavio le dijo a su madre que había conseguido un empleo en Barcelona capital y le anunció su marcha. Su madre se hallaba en el inicio de una demencia mental y le rogó que la llevara a una residencia porque le daba miedo quedarse sola. Aquella mujer había ido perdiendo poco a poco, casi todas sus energías y le costaba aceptar que su físico, iniciaba ya el camino de la decrepitud.

Arreglaron las maletas y Octavio la acompañó hacia una residencia que había elegido y allí la dejó ingresada.

Luego volvió a su casa y preparó sus maletas, el ordenador, algunos CD algunos libros y se instaló en el piso de Onofre, sin ninguna preocupación, a vivir la vida con escaso coste y con algún dinero.

Una tarde de miércoles cuando se encontraban los dos hombres en el apartamento, Onofre le hizo una pregunta:

Por cierto ¿qué haces?.

– A que dedico el tiempo libre. Y se rieron recordando la conocida canción, me gusta leer, escribir a ratos, asistir a espectáculos, mirar la televisión, conectarme a Internet y hasta es posible que asista a un cursillo de cocina. Pero lo que más me gusta es no hacer nada. Por cierto, recuerda que tenemos que elegir el coche que me prometiste.

Se había convertido en el mantenido de un homosexual rico, y como todo acaba sabiéndose en esta vida, cuando sus hijos volvieron a él antes de lo esperado, en el piso les confesó que de momento no trabajaba y que se había unido a un juez homosexual que lo trataba muy bien.

Cuando sus hijos salieron del piso no sabían si echarse a llorar o a reír.

Ariadna le dijo a Arnau, oye los que nos trajeron a este mundo no son normales ¿verdad? Mamá tiene de pareja a una mujer y papá a un hombre. Pues sabes que te digo, viva la libertad. Además ¿no decían siempre que eran ácratas los dos?

Arnau, mucho más práctico, le contestó: Mira, mientras aflojen el dinero y no nos rallen me da igual. Antes estábamos mucho peor, nunca había dinero, papá con sus malos rollos con el alcohol y las discusiones con mamá. ¿Sabes que les he sacado que me paguen un curso carísimo en aquella escuela de música que te dije?. Arnau tocaba la guitarra a ritmo de rock duro.

– Que cara más dura ¿cómo lo has conseguido?. Ha sido “bufar i fer ampolles” en castellano de traducción libre: “ha resultado muy fácil”.

Y tú espabila.

Ariadna se quedó pensativa. Se había iniciado en el mundo de la música y del teatro y tan impaciente se puso que sacó su teléfono móvil de su bolso y habló con su padre, era la matriculación en una reconocida y cara academia de Barcelona, la respuesta fue clara: “y lo que necesites”.

Octavio era feliz, su juez le había solucionado la vida de momento y lo pensaba aprovechar hasta que pudiera.

Nunca le preguntaba por sus relaciones ni por sus amigos que había empezado a tener. Sólo le imponía que el piso estuviera libre los miércoles por la tarde y nada más. Octavio fue acostumbrándose sin demasiado rechazo a la nueva situación y si alguna tarde no podía, se imaginaba que lo estaba haciendo con una de sus recién adquiridas amistades femeninas. Amistades algunas veces peligrosas sin alma de blues.

Una tarde, mientras escuchaba música, pensó en Jenny y le entraron muchas ganas de verla. En ir a Nueva York, en verla aunque fuera unos días.

Pudo poderse en contacto con ella y hablaron un buen rato por teléfono. Jenny continuaba trabajando en la Agencia de Modelos y él no le contó su relación con Onofre. Le dijo que andada buscando trabajo y que tenía muchas ganas de verla. Le prometió que se las arreglaría para ir a Nueva York y que no hacía falta que le pagara nada, de momento tenía algún dinero.

Un miércoles por la tarde y después de esmerarse en dejar satisfecho a Onofre le pidió una semana de vacaciones, necesitaba cambiar algunos días de aires.

– Será tan solo una semana.

– ¿Adónde vas? Preguntó Onofre.

– Voy a Nueva York. Me gustaría ver a mi hermano, hace muchos años que no le veo y él trabaja allí como fotógrafo.

Está bien, pero que solo sea una semana. Te encontraré a faltar. Abrió una vía para la sospecha de que era falso lo que le contaba Octavio, pero le dejó marchar, con la esperanza de que volvería. No quería perderlo pero tampoco creyó conveniente dejarlo encerrado en el piso. Su espíritu era libre y no sabía cuanto duraría aquella historia. El estaba enamorado y Octavio le demostraba su aprecio y gratitud.

Nueva York, agosto de 2001

Octavio encargó su vuelo a la ciudad de los rascacielos por medio de una buena oferta que apareció en Internet.

Pudo conseguir un vuelo para el día siguiente y llamó a Jenny.

Te estaré esperando, le contestó Jenny, no te muevas del aeropuerto si me retraso. ¿tienes un teléfono móvil? Y le facilitó el número. Hasta mañana ¿estás bien?. Cuanto me alegro que hayas decidido venir, no te arrepentirás. I love you, Octavio.

El avión salió a la hora esperada y el vuelo fue más plácido de lo que esperaba, ya iba haciéndose poco a poco al hábito de volar y no sentía tanto pánico como al principio. De momento no llevaba ya ningún valium y mucho menos una petaca con wysky.

El vuelo llegó sin demora y cuando aterrizó en Nueva York Jenny le estaba esperando.

Sin decirse apenas nada se abrazaron un buen rato y se besaron. Se dirigieron hacia el aparcamiento y en el coche Jenny le dijo:

– Creo que tendríamos que hablar largo y tendido.

Desde la ventanilla del coche Onofre se dedicó a observar la ciudad de los rascacielos. El apartamento de Jenny estaba, como no, en un rascacielos de muchos pisos de altura y el suyo casi en la cúspide. A Onofre le resultaba familiar todo cuanto veía, y se le comentó a Jenny.

Eso le pasa a muchas personas que vienen por primera vez a esta ciudad. Se han rodado tantas películas que en la memoria de las personas van quedando almacenadas calles, plazas, y edificios que produce que no se sientan extraños.

Las calles con rascacielos enormes, con edificios sin fin, y a pesar de su altura le llamaba la atención que los accesos fueran tan sencillos comparándolos con sus enormes alturas. Las plazas y las fuentes se sucedían constantemente y la gente paseaba desahogada, no había acumulación de personas ni excesivas prisas.

Los puestos ambulantes de hamburguesas, y de fruta se sucedían constantemente.

Estaban pasando por la zona de la Quinta Avenida y Jenny se desvió a la derecha hasta alcanzar la entrada de su edificio. Dejó el coche en el aparcamiento, y le dijo:

– A estas horas lo mejor que podemos hacer es irnos a comer. Conozco un restaurante italiano que está cerca de aquí y en el que cocinan hacen la pasta muy bien.

Octavio le preguntó:

– ¿Existe todavía Tyfani's.

Por supuesto que sí, ¿quieres hacer un Desayuno con Diamantes?.

– Sería hermoso, hemos de ir allí.

– Audrye Hepburn miró a Fred con cariño, bien lo haremos luego, ahora vamos a comer.

A Octavio todo le resultaba muy familiar y cuando llegaron al Restaurante le preguntó a Jenny:

En este sitio podrían haberse rodado algunas escenas del Padrino. Era un local remodelado pero que guardaba la atmósfera de los años veinte y en cualquier momento y le dio la impresión que podían aparecer por la puerta Marlon Brando y Al Pacino.

– Por la tarde iremos a Central Park y por la noche te llevaré a ver algún espectáculo en Broadway, dijo Jenny.

Después de comer le fue relatando todo lo que había ido pasado en Menorca y a la vuelta de la isla, y su estancia en Damasco omitiéndole claro está su relación actual con el juez.

– ¿Y ahora que haces?.

– Buscar trabajo, lo de la agencia de morosos se acabó, intentaré volver a mi trabajo de siempre.

– Trabajo te puedo encontrar aquí. Aunque comprendo perfectamente que desees quedarte en tu país.

– No necesito quedarme en mi país, iré a donde haga falta. Octavio notaba como de su interior manaban unos sentimientos frescos, unas corrientes apacibles hacia la neoyorquina. Se estaba dando cuenta de que su amor hacia ella iba creciendo. Y la besó.

Jenny había perdido un poco el bronceado que tenía en Menorca pero la encontró más hermosa. Se había vestido con un provocativo suéter blanco que le tapaba justo hasta el estómago dejando el resto de la piel desnuda algunos centímetros hasta llegar a unos pantalones también blancos con senefas caladas con dibujos de Damasco, ondulantes que dejaban al descubierto el moreno de sus piernas largas. Se dio cuenta que aquel conjunto era muy elegante y ella lo lucía con sencillez, cuando se puso de pie pudo observar la perfección de su cuerpo, sus espaldas anchas y sus brazos largos.

– No sé que hacer para que estemos juntos donde sea. – Dijo Jenny.

– Estás preciosa esta tarde.

Tu tampoco estás mal, tienes mucho mejor aspecto que en Menorca, tus ojos son ahora de color verde y hablas muchos más tranquilo y reposado.

– Creo que se lo debo a haber dejado de beber.

Jenny se le acercó y le besó profundamente.

– Antes de que te vayas intentaré si puedo trasladarme yo a Barcelona, la empresa en la que trabajo tiene muchas delegaciones en el mundo entero y tu vives en una ciudad importante.

Salieron a pasear un rato, por las calles de Nueva York. Luego cogieron un taxi y les dejó en Central Park. Allí se distrajerón un buen rato mirando a la gente que hacía footing, a los que se estiraron sobre la hierba como ellos y abrazados comenzaron a besarse.

– No te dejaré solo esta vez, ni ninguna otra. Hemos de saber arreglarlo.

Por la noche fueron a Broadway y vieron un espectáculo excelente. A la salida se comportaron como auténticos neoyorquinos y compraron hamburguesas en una parada ambulante.

– Te llevaré a un local donde tocan música de jazz, dijo Jenny dando por supuesto que a Octavio le gustaba el jazz y allí estuvieron hasta altas horas de la noche, hasta que se acabó la actuación. Los músicos eran todos negros y el mejor de ellos un saxofonista. Los camareros y algunos clientes eran conocidos de Jenny y se saludaron. Uno de los camareros con pinta de ser el hermano gemelo de Mohamed Alí le dijo al otro: “¿cómo puede ser que Jenny vaya con ese enano ?.

– No tengo ni idea.

– Además ni siquiera es guapo ni joven.

– ¿Dé dónde debe ser?.

Parecen salidos del cuento de La Bella y la Bestia, él sería el enano y ella la bella". Y se rieron.

Empezaron a llegar varias personas, dos chicos enormes con dos mujeres con aspecto de modelos que saludaron a Jenny y también se extrañaron cuando vieron a Octavio.

– El saxofonista es muy conocido en todo el mundo y la mujer le dio un nombre que Octavio trató de recordar. Aunque le gustaba la música de jazz, había asistido en escasas ocasiones a actuaciones. Jenny le pidió permiso para beber alcohol y ella se tomó un combinado de ginebra mientras él se tuvo que conformar con beber coca– cola.

Luego volvieron al apartamento y se amaron hasta que se hizo de día. Luego estuvieron toda la mañana durmiendo y se pasaron el resto de la jornada en el apartamento, sin salir a la calle, dejando que el tiempo pasara a ritmo lento.

– Mañana, tengo que ir a trabajar. Me enteraré si puedo pedir un traslado a Barcelona y cuando nos veamos te informaré de la situación. Si quieres te envío a Freddie, un amigo que nunca tiene nada que hacer que te enseñará muy a gusto la ciudad, sería una buena idea.

Octavio le dijo: No le molestes. Lo que más me gusta cuando llego a un lugar nuevo para mí es perderme por él. Si no sé volver que será lo más probable, llamaré un taxi.

– Bien, yo estaré aquí, sobre las seis de la tarde.

– Me encontrarás, no te preocupes.

Cuando Jenny se marchó, Octavio se adcentó un poco y abandonó el apartamento.

Le puso de buen humor estar paseando por aquellas desconocidas pero familiares calles y en ellas se perdió, como había previsto. Luego entró en un restaurante, con estatuas hindúes instaladas en los huecos de las paredes de obra vista e pidió una comida europea.

Más tarde salió a la calle, cogió un taxi y se marchó al apartamento, en busca de una siesta que fue encontrada.

A las seis llegó Jenny puntualmente, Octavio ya estaba despierto.

Traigo malas noticias en mi empresa no abren una delegación hasta dentro de dos años. No sé si será demasiado tiempo.

Octavio le contestó, es demasiado tiempo, pero aprenderé a esperarte. Hemos de continuar viéndonos. No sabemos que puede pasar en nuestras vidas. De momento este verano iré a Menorca.

– A Binivell. Y si trabajo acudiré el fin de semana.

Demasiado tiempo, te añoraré mucho. Y se abrazó a Octavio.

¿Vendrás con Vanessa?

– Claro. Pero tú debes portarte bien. No soportaría enterarme otra vez de que estás ingresado en un hospital o en un centro.

A Octavio se le removieron los recuerdos y le dijo a Jenny:

– Eso ni lo vuelvas a mencionar.

Octavio al cabo de dos días hizo las maletas para volver a Barcelona. El vuelo salía por la tarde y a pesar de que Jenny le acompañaría hasta el aeropuerto no soportó tener que despedirse de ella y le dejó una nota que decía simplemente: “Hasta que nos veamos en Menorca. I love you. Octavio. Y se mar-

chó. Cuando salió a la calle cogió un taxi y se despidió de la ciudad de los rascacielos, dejando para otra ocasión la visita de “Tyfanni’s”.

Barcelona, septiembre de 2001

Al llegar a Barcelona Octavio tenía claro que debía romper su relación con el juez cuanto antes, ahora le era imposible seguir relacionándose con él, sus sentimientos hacia Jenny se volvían a ser intensos y no podía ni debía continuar con aquel hombre.

Una tarde de miércoles y antes de pasar a la acción Octavio le dijo:

Tengo que hablar contigo.

Onofre se temió lo peor y acertó.

Empezó: Me has ayudado mucho, me has sacado de un gran apuro, no siento más que agradecimiento hacia ti, pero creo que ha llegado el momento de poner fin a nuestra relación. Cada vez me va a costar más continuar, hasta el punto que se me hará insostenible. Creo lo mejor es que lo dejemos correr, lo más honesto.

– Esperaba que esto pudiera ocurrir tarde o temprano. Pero desde luego no pensaba que fuera tan pronto. ¿A quien fuiste a ver a Nueva York?. Octavio le contestó: A Jenny, una mujer muy hermosa que conocí en Menorca y con la que tuvimos una relación, antes de mi primer suicidio. Ella había desaparecido de mi vida y no había vuelto a pensar demasiado en ella. La localicé y me dijo que volara inmediatamente a Nueva York, por eso me marché. Aquellos sentimientos perdidos volvieron a encontrarse con más fuerza y tarde o temprano reanudaremos nuestra historia, donde sea, sin más separaciones. Estos días han sido muy hermosos para los dos.

Onofre escuchaba a su compañero mientras un nudo empezaba ahogarlo.

Con enorme frialdad le dijo:

– Cometí un gran error al enamorarme de una persona que no fuera homosexual como yo. Lo de la línea divisoria tal vez sirva para una noche o para unos meses. Para una relación digamos íntima, no ha valido, ni tan siquiera para una tarde a la semana. Estoy muy dolido, esa es la verdad, porque no me lo esperaba ahora de una manera tan inmediata. Márchate Octavio, intenta ser feliz, y piensa en que yo también te estoy agradecido. Pero ahora saldré a la calle y espero no volverte a ver nunca más. Ahora estoy demasiado disgustado para decir algo coherente. Lo mejor es que me vaya.

El juez se levantó y se marchó sin mirarle, sin despedirse. Una vez en la calle se metió en un bar desconocido, tenía que olvidar enseguida, como fuera a aquel hombre que siempre acababa haciendo daño, y después de tomarse algunos wiskys consiguió de momento serenarse. Luego se sentó en el banco de una plaza y consiguió no llorar.

Octavio sintió como se quitaba un gran peso de encima pero al mismo tiempo no pudo contener un gran sentimiento de pena hacia el juez.

En un momento de su vida en que notaba que volvía a caer en depresiones que le llevarían otra vez al alcohol, Onofre había aparecido había sido un bálsamo aliviador enorme. Siempre le estaría agradecido. Las ganas de vivir habían vuelto hacia él y a él se lo debía, pero lo más honesto era acabar con aquella relación que el juez comenzó en Damasco y él terminó en Barcelona.

Maroat, octubre del 2001

Octavio tuvo suerte y volvió a su trabajo habitual en una notaría, aunque se encontraba a unos 90 kilómetros de su residencia, unos meses en el paro, después de un período de tiempo regalado le hacían presagiar lo peor, tuvo que adaptarse con rapidez a su vuelta al mundo laboral, y aunque a principio le costó algo, no tardó en cogerle el ritmo y recuperar algo que había perdido, cuando ya no lo esperaba y con la maligna satisfacción que le entraba pensando en los que le habían vaticinado su muerte y funeral.

Su jefe era una buena persona y el miedo que tenía por encontrarse otra vez con notarios neurasténicos se le pasó en cuanto empezó a trabajar con él.

Era un notario como los de antes, de ideas fijas, y conservadoras y enemigo mortal del terrorismo, y el escaso tiempo que estuvo trabajando, se dio cuenta que por encima de las ideas políticas están las personas cuando deciden aparcarse sus ideologías y darle prioridad al trato humano.

Su jefe se marchó al cabo de escasos meses a la capital del reino y un sin fin de malos presagios comenzaron a invadirle.

Desde su partida las cosas volvieron a irle mal.

Su madre empeoraba en su enfermedad y quería abandonar la residencia para volver a su casa y allí no podía quedarse sola, en su estado depresivo, debía continuar, nadie podía cuidar de ella en su piso.

Cuando podía se acercaba a verla pero su enfermedad empeoraba cada vez más. Cayó en una depresión profunda y cuando se acercaba a verla solo hablaba del pasado y se llenaba de reproches hacia su hijo.

Para que todo se acabara de empeorar Jenny le llamó un día y le dijo que el asunto de la delegación de Barcelona se demoraría por más tiempo, pero que

esperaba con impaciencia la llegada del verano o del otoño, según fuera su trabajo para volver a verle.

Octavio acusó los dos golpes. No le gustaba nada tener que estar tanto tiempo esperando a una mujer. Ella tenía sus relaciones y sus amigos. Se encontraba bastante solo en aquellos momentos. El recuerdo de Jenny, la necesidad de Jenny, la soledad otra vez oscurecía su vida.

Pensaba que ya no le importaba a nadie, a nadie cercano, sus hijos tenían sus ocupaciones y no podía hacer más que limitarse a verlos de vez en cuando, a verlos cambiar, porque a su edad ya no crecen, cambian de aspecto, y a necesitarlos, esa necesidad era lo único que le producía llanto en esos momentos.

El trabajo y los desplazamientos le absorbían de lunes a viernes y los fines de semana los pasaba leyendo, acudiendo al cine o alquilando vídeos.

Su amigo el alcohol se había olvidado de él, pero de vez en cuando le recordaba las heridas de guerra que le había producido: memoria tocada, hígado tocado, sexo tocado pero no hundido, pero aún estaba vivo y si tenía que confiar en sus médicos, no tenía porque temer nada inmediato. El hígado, le dijeron es un órgano muy agradecido.

Una tarde se acercó a un bar para entretenerse mirando un partido de fútbol, de esos que no aburren, de esos de mucha rivalidad. No conocía a nadie más que al camarero y éste le preguntó si quería tomar lo de siempre, hacía tiempo que no iba por allí pero el dueño tenía gravado en su memoria que lo de siempre era una cerveza. Le dijo que no y le pidió una bebida sin alcohol. El dueño no se lo podía creer pero no manifestó nada, en la calle donde vivía le conocía todo el mundo y él solo a algunas personas. Pero como es natural hablaban de él y no siempre bien. Aquello le causaba rabia pero hacía mucho tiempo que los comentarios de esas personas no le afectaban demasiado. Miraba el partido pero sus pensamientos estaban a mucha distancia de allí. Jenny estaba en esos pensamientos y comenzó a inquietarse pensando que dos años era demasiado tiempo de espera, demasiado y comenzó a pensar en otra mujer para rehacer su vida sin tanta demora. Al encontrar trabajo de nuevo poseía una buena tarjeta de presentación para esa nueva mujer y ya no se sentiría tan solo. Otra vez un dilema

que resolver, o Jenny u otra mujer. Hubiera volado a Nueva York de inmediato. Pero aquí todavía tenía retenciones y tal vez alguien le necesitara de nuevo.

Mientras resolvía el dilema volvió a la realidad cuando se marcó gol y la gente del bar y su dueño se pusieron a vociferar como locos, gritando y luego insultando gravemente al árbitro que dirigía la contienda y a celebrar otro gol del equipo de los amores de la mayoría de los presentes que había conseguido marcar de nuevo.

Octavio continuaba con su atención puesta otra vez lejos de aquel lugar, y miraba sin ver el partido. Comenzó a recordar sus juergas en el bar de Climent. Tardes enteras de cerveza, y largas conversaciones con cualquiera que se le pusiera a tiro. El alcohol hacía que se desinhibiera, superara su habitual timidez y entablara conversación con quien fuera.

Tardes enteras en el bar de Climent en las que cuando no entraba nadie, se escondía dentro de sí mismo y soñaba situaciones que nunca se harían realidad.

– Ponme otra, Climent.

Y éste que atendía la petición de su cliente.

– Marchando.

Climent le servía cervezas con limitación de consumo y cuando veía que Octavio se estaba pasando le decía:

– Por hoy ya está bien, es mejor que te vayas a tu casa– . Estaba a punto de cerrar el bar y Octavio se marchaba entonces, si le quedaba dinero, a visitar más bares sabiendo que mientras pagara, no tendría problema y sobre todo esperando que se hiciera de noche.

Pero aquellos eran tiempos pasados y ahora estaba en gloriosa época de abstinencia total. En una cuaresma sin pascua de resurrección.

Después de despedirse de Climent empezó a pensar en como encontrar pareja, puesto que por los bares no acudían mujeres sueltas y si lo hacían no acostumbraban a estar más de cinco minutos, el tiempo justo de tomarse la consumición.

Cuando llegó a su casa, y aunque lo encontró ridículo, cogió una revista de contactos, y añadió el suyo, con un texto que tuvo éxito.

Pasadas las Navidades la llamó María y ya por teléfono tuvieron una larga y agradable conversación. Quedaron citados en el centro, en una plaza muy conocida, a la puerta de unos almacenes a las cinco de la tarde, hora terrible para los toros y para los toreros y esperó, que por lo menos María no fuera una vaca.

Mientras la esperaba sonó su teléfono móvil y se presentó Montse, como otra candidata a llenar el espacio que necesitaba.

La mujer con la que hablaba le cayó bien, le pareció simpática y decidida, desenvuelta, tenía una voz agradable, y cuando pasaron al capítulo de describirse físicamente acordaron una cita para el día siguiente en un bar de Maroat, ciudad donde ambos vivían.

Cerró el móvil y volvió a sonar, era María que iba a retrasarse unos instantes. Tardó media hora en llegar. Cuando estaba a punto de marcharse, volvió a llamar el móvil y se produjo entonces una situación de adolescentes, o de novatos, o de idiotas bastante patética. María le llamaba desde el suyo a escasos metros de él, casi le podía rozar.

María, no era físicamente como suele suceder, la que se había imaginado por teléfono. Era una mujer de la estatura de Octavio, peinada de peluquería que llevaba un abrigo marrón claro sin pretensiones y que no era guapa. Toñi no era ni delgada ni gorda, pero se le adivinaban unos buenos pectorales que hicieron que el apagado lívido de Octavio comenzara a encenderse.

Dieron un paseo por las paradas de regalos de Reyes y luego se sentaron en la terraza de un bar. Era invierno pero no hacía demasiado fríos.

María le contó su vida, con naturalidad, un matrimonio fracasado con un hombre gandul, del que tenía dos hijas una muy buena y trabajadora y la otra celosa hasta límites exagerados.

– Tu hija, se merece un buen psiquiatra, le dijo Octavio.

Toñi le comentó que tenía una pequeña empresa, de la que estaba orgullosa porque la había montado ella y que le funcionaba muy bien, y el único problema en su vida era su hija celosa y el ex marido que alguna vez se le presentaba para pedirle dinero.

– Te ha pegado, seguro.

– No ha llegado a eso. El no es agresivo, trabaja cuando le da la gana, y su gran defecto es que es un gandul. A Octavio empezó a cargarle la conversación pero la aguantó, como pudo, una empresaria era una empresaria, y tenía futuro.

– Octavio le dijo: En esta vida hay donde elegir en cuando a las adicciones, alcohol, drogas, sexo, tabaco, y la adicción a la gandulería es una de ellas. María se puso muy seria entonces y le dijo:

– Oye ¿tienes algún vicio?.

Para tranquilizarla le mintió: Tengo una enorme adicción al trabajo. Ella se lo creyó y comenzó a elaborar unos peligrosos planes de futuro.

Mira si nos avenimos, a lo mejor me interesa que trabajes para mí. A Octavio le causó horror esa proposición, una porque trabajar en una fábrica no era lo suyo y otra tener que aguantar a aquella mujer vulgar que no le atraía demasiado

Octavio le contestó: Es mejor que no avancemos acontecimientos, no nos conocemos todavía. Aunque la respuesta era razonable él sintió que mentía como un bellaco.

Sonó el móvil de María, era su hija.

Sonó el móvil de Octavio, era su hijo.

Era la tarde de los móviles, jamás el de Octavio se escuchó con tanta frecuencia.

El término de bellaco que debe ser el de una persona mala, mezquina, que posee entre sus enormes cualidades también la de mentir. A veces mentir no es malo cuando lo que se trata de alcanzar a través de la mentira es bueno. Los bellacos son astutos aunque no lo suficiente para cambiar el mundo.

La conversación entre María y Octavio continuaba sin mayores consideraciones remarcables cuando volvió a vibrar un móvil, era el de Octavio. Volvía llamar Montse, con la que había acordado una cita al día siguiente.

– Verás a la hora (las once) a la que habíamos quedado va a ser imposible vernos, tendrá que ser a las diez, es que mañana, he recordado que tengo compromisos culinarios a esa hora. ¿Quedamos a las diez?.

– De acuerdo.

Mientras la mujer continuaba hablando Octavio se puso a pensar en Montse, le gustaba su sencillez.

Cuando se despidió de María estaba tan contento que el cuerpo le pedía actividad delictiva. Pero mandó a la mierda a su amigo alcohol, y mientras bajaba hacia su casa, eran cerca de las diez de la noche su mente degenerada y la necesidad de sexo que le había entrado de repente, hicieron que sus pasos se dirigieran hacia una avenida donde existían unos lugares que podían aliviarle el deseo.

Entró sin reparos en un bar de relaciones sexuales. No era la primera vez que frecuentaba un lugar de esos pero la última vez que lo hizo entró acompañado de su gran amigo el alcohol y ahora lo hacía solo, y con algo de miedo.

Los bares de alterne son tal como se imaginan, unos tíos en la barra que dan miedo. Un ambiente cargado por el humo y detrás o delante de la barra, unas mujeres con exceso de maquillaje, y perfume barato, entre las que siempre se encontraba a alguna que pudiera satisfacer necesidades inaplazables.

Una mujer alta, de pelo ensortijado, se llevó a Octavio a un apartado. El bebió coca-cola y ella el peor de los cavas que habitan en envases pequeños.

Octavio de ademanes serios se vio acorralado por una mujer de nacionalidad portuguesa que tenía todo lo que debía de tener una buena hembra y en abundancia.

– Cariño, ¿por qué estás tan serio? ¿Estás asustado, mi amor?. Si aquí no nos comemos a nadie.

Octavio le respondió que no estaba asustado que él siempre estaba serio. Que su seriedad solo era un disfraz. La portuguesa no estaba para demasiadas historias y se acercó a Octavio.

Sintió encima de sus piernas todo el peso de la monumental hembra mientras ella le cogía su mano para que tocara sus senos.

– Tenemos una habitación muy limpia y caliente, mi amor, si quieres podemos pasar a ella– .

– Si no hay ratas ni cucarachas podemos pasar, estoy algo encendido.

– Y pasaron. La portuguesa se quedó pronto en cueros y comenzó a realizar su trabajo como una auténtica profesional. Octavio le pagó y salió del local ali-

viado, miró el reloj y creyó que lo más oportuno era irse a dormir, porque si no lo hacía en esos momentos al día siguiente tendría serios problemas para levantarse y tenía una cita que cumplir y aunque el cuerpo le seguía pidiendo marcha, sobre todo su gran amigo del alma, se dirigió a su casa y cuando llegó después de cenar puso, por treintava vez, o más, la película que lleva por título “Que bello es vivir”.

A pesar de los pesares, pensó Octavio. Cuando acabó de verla, se metió en su habitación y puso el despertador para no quedarse dormido y llegar tarde a la cita que al día siguiente, o unas horas más tarde, le esperaba. Que bello es vivir. Aquella voz que sonó en su móvil le pareció agradable, simpática y sencilla. Cuando se describió físicamente también le gustó, pero no pensó en nada más, solo en no dormirse para llegar puntual a su cita.

Al día siguiente se levantó de la cama como un rayo. No quería llegar tarde. Mientras se afeitaba se notó algo excitado pero su estado de ánimo no tenía nada que ver con aquellos nervios que pasaba en la adolescencia época de la que guardaba muy malos recuerdos, y algunas rémoras, difíciles de extraer del carácter de las personas. La timidez, con el paso de los años se padece menos y a veces si hace falta se echa mano de las muletas que uno mismo se ha fabricado, para no andar cojo por la vida.

Octavio salió de su casa intrigado, el bar donde habían quedado no estaba lejos de su domicilio, y fue puntual incluso lo había hecho antes de la hora. Enseguida distinguió de espaldas a una mujer de pelo largo que fumaba, debía ser ella.

– Hola, soy Octavio, tus debes ser...

– Montse, le dijo ella, no le había dejado ni acabar. Se sentó y ante él apareció una mujer morena a pesar de que el invierno no había hecho más que empezar y de pelo largo y de facciones hermosas que le sonreía.

– Octavio se quedó tan impactado que no guardó escaso recuerdo de aquel primer encuentro, pero la impresión que le produjo aquella mujer pasaría a la historia de sus recuerdos agradables. Sus largos cabellos, de castaño oscuro, su voz aplomada, su mirada suave, le causaron una buena impresión, pero no re-

cordaba casi nada del contenido exacto de la conversación. Supone que le diría que estaba separado, de su trabajo y que tenía dos hijos.

Esa suponía Octavio que habría sido su conversación. Pero él sólo tenía ojos para ver la maravilla de mujer que tenía ante sí. Recordando aquel primer encuentro Montse le dijo que comenzó a temblarle la voz, que se le veía muy tímido. Y que le gustó, al menos físicamente. No podía gustarle de otra manera, en una conversación trivial de presentación el físico es muy importante, y Octavio solo veía aquellas facciones morenas de cabellos largos y de ojos oscuros, de una mujer, ya madura, pero bella. Ella no ocultó su edad porque no necesitaba hacerlo se podía quitar años de encima. Él si tenía que hacerlo por eso en el anuncio se quitó algunos.

Octavio se había enamorado al instante, como cuando era una adolescente época nefasta de su vida, en la que no habitaba el alcohol, pero sí una timidez enfermiza.

Cuando salieron del bar, y mientras bajaban en dirección al mar, los dos vivían muy cerca en la misma Avenida, le sorprendió la pregunta que le hizo Montse:

– Tu estás separado de verdad ¿no? No vaya a ser que se presente tu ex mujer y cause problemas.

Octavio, le contestó que no habría ningún problema con Claudia que llevaban ya tres años separados y que la relación era inexistente. Luego se pusieron a hablar de sus hijos, Octavio podía y debía presumir de ellos, de las pocas cosas que le habían salido bien en esta vida. Aunque para hacer un hijo solo hace falta tener apetito sexual, luego vienen ellos y tú solo debes observarlos y entrar en acción cuando sea necesario. La libertad de tener un hijo hay que trascenderla luego en ellos. No nacieron para hacerte feliz, ni para cuidarte cuando la vejez se va acercando. La vida te da un escaso margen de libertad y hay que aprovecharlo, para ti y para ellos.

Octavio le dijo: si me preguntaran como hemos educado a nuestros hijos no sabría que decir, son como los árboles que crecen bien, solo necesitan que llueva de vez en cuando y esa lluvia se la damos los padres.

Montse no le llevó la contraria, mejor que se callara, hubiera deseado un hechizo que acababa de nacer. Octavio estaba completamente tocado, impregnado por el encanto.

Cuando se despidieron quedaron para ir al cine a la siguiente semana. Ella tranquila y suavemente, desapareció de su vista dejando ante sus ojos un hálito de misterio. Luego Octavio iría conociendo muchos misterios de Montse, pero en aquellos momentos se había convertido en un adolescente feliz, sin que se diera cuenta la vida le había devuelto, aunque muy tarde la deuda que tenía con él.

La euforia había penetrado dentro de él y si no fuera porque estaba en fase de abstinencia, hubiera ido al bar de Climent y lo hubiera dejado sin voll-damms.

Jenny había pasado automáticamente a segundo término, a Octavio la espera de dos años, se le había hecho insoportable de aguantar y además no esperaba volver a enamorarse tan pronto.

Miró el reloj y aún era temprano para comer, sus pasos se dirigieron hacia el paseo Marítimo, era una mañana clara de invierno, y en la que no había sonado ningún maldito móvil. En aquellos momentos Montse se convirtió en su sueño inalcanzable.

Iba a sentarse en un bar del paseo cuando distinguió a un amigo al que no veía, desde hacía veinte años, por lo menos. Se saludaron y él se sentó en una silla junto a él. Reconocieron los muchos años que habían pasado sin verse y recordaron tiempos pasados, cargados de recuerdos agradables. Conoció a Santiago recién estrenada la democracia, había formado un grupo de poetas que solo buscaban aprender a escribir, en aquellos tiempos estaba de moda la poesía, y divertirse con todo lo que encontraban a su paso, bajo un denominador común, las mujeres. Algo de bohemia llevaban en sus almas aunque no la Toulouse Lautrec, claro. Su ciudad no era París ni tenía ningún barrio parecido a Montmartre.— Pero algo de espíritu bohemio si tenían. Por aquella época Octavio trabajaba, estudiaba derecho en la universidad de Pedralbes, turno de noche, comenzaba a beber pero no en exceso, se había afiliado junto con Claudia a un

sindicato ácrata en el que no se limitaba a pagar su cuota, quería mucho a Claudia y tenía tiempo para todo. Toda aquella actividad se derrumbó de golpe cuando se casaron, y no tuvo la culpa el matrimonio, que comenzó muy bien sino que en sus vidas, mediante Octavio había hecho acto de presencia el alcohol. Además los amigos se fueron perdiendo, el grupo de poetas se disolvió, el sindicato fue asesinado por Martín Villa, un exministro franquista, Octavio abandonó sus clases en la universidad, demasiado esfuerzo para su enorme vagancia, solo les quedó el trabajo de Octavio, unos amigos vascos que conocieron en un café- teatro de Maroat y cuya amistad regaba de vez en cuando la rutina del matrimonio, de vez en cuando, porque los vascos se marcharon a su tierra y solo pudieron gozar de su amistad en época de veraniegas vacaciones, cuando se veían en el país vasco o en Cataluña.

Claudia a la que le gustaba el mundo infantil quiso ser madre y al cabo de unos meses nació Ariadna. Una niña parlanchina y divertida que no causó ningún problema, ni entonces ni ahora que ha cumplido veintiún años. Ariadna desde los catorce quiere ser actriz y cantante, y no le faltaba talento, estudió en una Academia de Barcelona y luego se lanzó al mundo del espectáculo y comenzó muy bien. Octavio recordó a su otra vez lejana hija, y algunos recuerdos en fase de demolición absoluta acudieron a su mente: cada noche se acercaba a su lecho y le cantaba su canción, Octavio que no tenía la lágrima fácil lloró aquel recuerdo en su interior. Ariadna necesitaba a alguien que le acompañara en ese camino que emprendió y ese alguien hubiera podido ser Octavio.

Al cabo de tres años tuvieron otro hijo, al que llamaron Arnau, un chaval de buena pasta, guapo, de ojos azules. Un chaval todavía no contaminado, sano, y poseído también por el talento de la música. Arnau ya es mayor de edad, ha abandonado los estudios, toca la guitarra en un grupo y vende seguros.

Octavio en un acto de cobardía inimaginable una mañana desapareció de casa y destrozó a muchas personas.

Pero aquellos solo eran recuerdos y Octavio era tan feliz que no permitió que ninguno de ellos afluyeran a su mente.

El amor vive oculto los espíritus que lo necesitan. Penetra en ellos. Y espera tranquilo que se encuentren.

El amor es romántico y por eso a veces, se preocupa cuando hace daño, es generoso, altruista, y juguetón como un niño, o tal vez es que sea un niño.

El amor hace daño a veces, a los egoístas, a los celosos que son su peor enemigo, porque le quieren para él solo, sin saber que tarde o temprano se diluirá cuando lleguen los vientos oscuros que no le dejan vivir

Los poseídos por el amor que se encierran para sentirlo intensamente corren el peligro de que acabe extinguiéndose, la vida admite y facilita otros caminos que deben andarse, el amor es un sentimiento profundo que puede llegar a ser efímero.

El amor busca la libertad como la libertad busca al amor, y eso persiste intensamente en las vidas de los poseídos.

La felicidad siempre lo persigue porque es la esencia del amor, y tiene miedo de que algún día la deje abandonada y si el amor no produce felicidad no merece la pena vivirlo.

Todo se llena de libertad que lo es todo en esta vida, Epicuro y Octavio lo sabían.

Tal vez algún día nos hartaremos de matar y viviremos tranquilos en este planeta juntos, sin odio, el peor enemigo del amor. Tal vez algún día no nos llegarán noticias de niños asesinados, y los diarios desaparezcan por falta de noticias que acostumbra a ser malas.

Montse y Octavio volvieron a verse y lentamente fue creciendo su amor.

Poco a poco Octavio fue penetrando en el espíritu de Montse tan suave como imprevisible.

A pesar de ser una mujer cálida a veces se comportaba con una frialdad incomprensible y otras su cuerpo no se desprendía del suyo en horas, a veces se guardaba sus besos y los abrazos, como si sufriera de avaricia y temiera perderlos, había que pedirselos y los temores se desvanecían al instante.

Poseía un refugio como Jenny y cuando ella decidía abandonarlo todo lo mejor que una mujer podía entregar a un hombre lo regalaba Montse.

Al principio de su relación le llamó mucho la atención que ella le alabara tanto su físico, las manos y los ojos sobre todo. De Claudia no recordaba haber recibido tantas alabanzas, además cuando las cosas comenzaron a funcionar mal se quedó sin físico para las mujeres y decidió un día dejar de mirarse al espejo. Desde que conoció a Montse decidió a volver a su espejo para comprender que había visto aquella mujer en él, si su persona había realizado un cambio de imagen súbito, pero él continuaba igual, mirándose sin gustarle lo que veía reflejando.

A muchos kilómetros de distancia, en Nueva York dos mujeres, Jenny y Vannesa hablaban en el apartamento de una de ellas.

Jenny aun no se había quitado de la cabeza a Octavio, para ella todo continuaba igual. No sabía nada de él, no le gustaba utilizar el teléfono salvo en casos de necesidad inmediata.

– ¿Sabes algo de Octavio?, preguntó Vanessa.

– No se nada de él, ni nos escribimos, ni nos llamamos. Tenemos una cita para el verano en Menorca, en Binivell, pero yo no se si ese encuentro llegará a producirse. Un día pienso en coger el primer avión que salga a Barcelona e ir a verlo. Pero me da miedo, no se como lo encontraré. Tal vez haya comenzado a pensar en que dos años son demasiado tiempo, y yo creo que es mucho tiempo, para él y para mí. Estamos solos, él más que yo, y aun así no me dice nada, aunque sea por carta.

Vanessa que era más simple le dijo:

– Si no te dice nada no vayas detrás de él. Muchos hombres harían cola solo por estar contigo unos momentos, hombres mucho más atractivos que Octavio.

– No me importa su físico, aunque si me importa, aquellos ojos cada vez que los miraba parecía ver a otra persona. Tú no le conociste, me parecía ver a mi primer marido pero de una manera muy diferente. Nos habíamos separado porque era una persona demasiado impetuosa para mí, con demasiada vida. Octavio era mucho más tranquilo y reposado. Luego perdí a nuestra hija y todavía ando convaleciente de aquella desgracia, su muerte por sorpresa, nos afectó a

los dos. Se volvió loco, se desquició completamente pero lo fue superando. Yo a ratos pienso que todo está pasado ya, pero las secuelas de aquella muerte siguen vivas en mí, continuarán vivas toda la vida.

– Ya sabía lo de tu hija pero nunca he querido hablar de ello contigo, nos vemos casi siempre en épocas de vacaciones o cuando salimos a divertirnos. No es un buen momento para hablar de historias desgraciadas.

Vanessa lo veía todo desde su punto de vista acentuadamente femenino:

– Creo que lo mejor es que empieces a olivarte de que existe si no se pone pronto en contacto contigo– .

– No digas eso, no es tan fácil. Además no ha ocurrido nada.

– Y qué esperas ¿qué pase otra vez lo de Menorca? ¿Que haya vuelto a beber e intente suicidarse de nuevo?

– No me lo recuerdes, aquella noche no debí abandonarle, debí quedarme con él. Tal vez si no hubiera ido contigo y con tus amigos no hubiera pasado nada. Debí quedarme con él a pesar de que ya nos había echado. Es verdad que no sabía que le estaba ocurriendo, era una persona a la que acababa de conocer, pero no debí dejarle solo. Cuando volví al apartamento de madrugada le llamé y me contestó de una forma muy rara, y pensé que estaba borracho.

Vanessa le dijo:

– Jenny no mereces estar tan preocupada por él. Empieza a olvidarlo si no te llama o no te escribe pronto.

Vanessa no era como su amiga. Ella siempre estaba en el exterior, no necesitaba de ningún refugio. Trabajaba como secretaria en una empresa que tenía sus oficinas en uno de aquellos interminables rascacielos de Nueva York y para ella la vida era muy sencilla. Mujer también hermosa, de cabellos algo rizados no muy largos. Sus facciones eran algo duras como las de Jenny, pero no había contraste entre su interior y su exterior. Era tal como parecía. No sorprendía a nadie.

– Tengo ganas de que llegue ya el verano, dijo Jenny.

– Yo también tengo ganas, iremos las dos a Menorca, tu para estar con Octavio, si se presenta y yo...

Para estar con los hombres que te apetezca, por cierto ¿cuántos te llevaste a la cama?.

– Algunos.

– ¿Sólo algunos?

– No dio tiempo para más. Sólo fue una semana, además no los conté.

– Eres una ninfómana Vanessa.

Y tal vez también una drogadicta, y una alcohólica. No se que me pasa pero aquí no tengo tantas necesidades, procuro llevar una vida ordenada, pero en Menorca mi cuerpo se transforma y no para de pedirme placeres.

– Debe ser el clima.

– Si será el clima.

Vanessa apuró su copa de ginebra y se levantó. Debo irme Jenny, cuídate y piensa en lo que te he dicho.

Can Cigai, febrero de 2002

De nuevo Octavio acudía a Can Cigai. El sanatorio donde nunca pensaba que había de volver le abrió las puertas en una fría noche de invierno.

Uno de los cuidadores le ayudó a bajar de la ambulancia, y se reprodujeron situaciones parecidas en su vida, como en el Hospital de Menorca carecía de ropas, y gafas que no recuperó hasta que el señor Carles, el amigo eterno de lo que quedaba de familia las rescató y se las entregó en el centro.

Un psiquiatra optimista le visitó enseguida, le hizo algunas preguntas y lo dejó en manos de los cuidadores. Como años atrás durmió la primera noche en la habitación de contención ahora vigilada por una cámara de televisión, la habitación junto a la cual había fallecido, años atrás, la mujer de tos eterna. Llevaba una depresión superior a la que padecía en el anterior ingreso y su estado físico fue decreciendo, su hígado se puso muy enfermo, según le comentó su médico habitual algunos meses más tarde.

Montse acudía a visitarlo al centro, en cuanto podía, la fidelidad de aquella mujer era digna de elogio. Ahora sabía que nunca la perdería a no ser que persistiera en sus intentos de abandonar la vida. La otra vez que lo tuvieron encerrado en el sanatorio lo dejaron sin salir por la tarde, justo cuando sus deseos de abandonar el centro, aunque fuera de manera clandestina se hacían más evidente.

Montse lo visitaba cuando quedaba libre de obligaciones familiares y laborales, y aunque ninguno de los dos se atrevió a encarar el tema, el objeto principal de porque en menos de un año había querido suicidarse, los pensamientos de cada uno no podían dejar de afluir hacia la misma cuestión.

Octavio ni siquiera se atrevió a pronunciar una de sus frases favoritas: “nunca más volverá a ocurrir, te lo prometo”, por encontrarla vacía y hueca totalmente desprovista de credibilidad y para sus adentros se guardaba los miedos y las culpabilidades que tendría que afrontar una vez estuviera recuperado camino de ser reintegrado nuevamente a la vida.

Cuando volvieron de un paseo, uno de los cuidadores le preguntó por aquella mujer de largos cabellos.

– Es mi pareja.– contestó Octavio.

Los cuidadores de aquel centro tenían muy buena memoria y seguro que se acordaban aunque vagamente de Claudia, aquella mujer que le visitaba, cuando ya no eran matrimonio, cuando la relación se había extinguido definitivamente.

En el centro habían hecho nuevas construcciones, se hacían más actividades y el servicio médico había mejorado. El jardín seguía prácticamente igual aunque con un árbol segado, la palmera alta era sin duda el centro de atracción y Octavio como la primera vez volvió a recorrerlo varias veces al día.

Los enfermos eran de otra manera. No habían tantos alcohólicos ni drogadictos. Encontró a gente más asequible esta vez. Pero no le llamaron tanto la atención como entonces. Desde el primer día le dejaron salir y el tiempo no se le hizo tan pesado. Poder acudir hasta el cercano pueblo aunque fueran solo unas horas le devolvían nuevamente a la vida. Muchos días llamaba a Montse cuando salía desde la cabina telefónica de la plaza, a la misma hora, con el mismo miedo de que ella le dijera que lo mejor sería dejar su relación, pero no sucedió nunca, aunque ese miedo le persiguió hasta bastante tiempo después de salir del sanatorio.

Volvió a experimentar los mismos pánicos que en la otra ocasión. De nuevo le daba miedo participar en actividades, no saber hacer las cosas bien. Tenía la sensibilidad a flor de piel, tenía miedo que le llamaran la atención en un lugar donde nunca se hacía, por lo menos en forma de bronca.

Se encontraba muy debilitado y se cayó al suelo en varias ocasiones, una la del día anterior a irse. Tuvo que comentárselo al psiquiatra y le dijo que iba sobremedicado que le bajarían las dosis.

Pasaron algunos días de lluvia y las temperaturas bajaron sensiblemente. Pidió más mantas y por las mañanas cuando bajaba al comedor a desayunar iba lleno de ropa, sabía que el frío le había penetrado y no tenía más solución que acercarse todo lo que podía a los radiadores que calentaban muy poco por las mañanas.

Descubrió que en la biblioteca había un ordenador y le informaron que podía utilizarlo, allí le escribió una carta a Montse, a pesar de que se veían con frecuencia y que la llamaba muchos días, para expresarle a través de la palabra escrita lo que a veces no se sabe expresar con la palabra hablada. Le escribió una carta muy sincera:

“Can Cigall, un día cualquiera del invierno de 2002.

Te escribo en un estado de ánimo que tal vez no sea el mejor de mi vida, pero no obstante, quiero manifestarte todo o parte de los pensamientos que me invaden ahora.

Como sabes desde el principio de nuestra relación quise dejar las cosas claras. Creo que antes de continuar estuvo bien dejar las cosas claras, exponerte la cara oscura de mi vida. Quería decírtelo yo mismo, cara a cara, para saber como reaccionarías, no casi no te conocía y no sabía como te lo ibas a tomar.

Poco a poco has ido sabiendo cosas que sólo tu las sabes y que solo tú sabrás. Quiero que sepas, por si no te lo había dicho ya, que tu eres la persona que más he querido en este mundo y a la que más querré, porque mi capacidad de amor empieza y acaba en ti. Yo creía que la mierda del alcohol se había acabado para siempre, pero no, tuvo que volver a aparecer de nuevo en el momento más feliz de mi vida, y llenar de porquería una relación que hubiera podido ser fantástica. En el momento adecuado, en un momento de nuestras vidas que como la de otras personas han podido sentir y padecer la crueldad, la mala suerte, la amargura y todas las palabras que pueda expresar que la vida es una moneda con muchas caras.

Quiero que quede muy claro que tu no has fallado absolutamente en nada, y que si tu no puedes soportar lo que estamos padeciendo ahora, lo mejor será cerrar nuestra historia...”

Cuando fue dado de alta por el psiquiatra optimista no estaba curado. Se cansaba enseguida y a veces caminaba haciendo eses como un borracho. Le volvieron a rebajar la medicación y los devaneos desaparecieron.

Cuando salió, no se atrevió a comprometerse ante nadie de nada. Solo no abandonar ni un solo día la medicación, era su salvavidas. Así lo dijo a todos y a sus hijos. Ellos no quisieron romper su relación con él, pero no se comprometieron a ninguna fecha para reanudarla.

Se vieron cuando se citó con ellos una semana después de salir del centro. Estaban tan impresionados que necesitaron que Claudia les acompañara para hablar con su padre. Una Claudia desconocida, que ya no emitía reproches asistió a la reunión casi sin intervenir, no hubieron desquites ni resentimientos, no hubieron broncas ni censuras. Sus hijos se negaron a romper la relación con su padre pero no acordaron ninguna fecha concreta, pero se dejó una puerta abierta. Octavio les recibiría de nuevo como si nada hubierapasado.

Maroat, abril del 2002

Octavio se puso en contacto con Jenny a través de internet, había tomado una decisión, y como en sus mejores tiempos volvió a resucitar la cobardía que siempre llevaba dentro.

Jenny necesitaba más explicaciones que los correos electrónicos que recibía, decidió llamarle por teléfono y a través del cable le dijo:

– Deberás de darme tiempo para asimilar todo esto. Me está causando un gran dolor toda tu vida, te continúo queriendo y lo que menos comprendo es como te buscaste a otra mujer tan rápidamente.

– Tuve miedo y no pude soportar la idea de pensar que después de dos años tal vez la espera no sirviera de nada, le dijo Octavio.

– En esas circunstancias, deberías haberme llamado, habría encontrado la manera de solucionarlo. Yo estaba tranquila esperando que el poco tiempo que faltaba hasta nuestro encuentro en Menorca pasara rápido y ahora me encuentro que mi lugar está ocupado. No sé que decirte. Estoy muy apenada.

– Jenny, tu lugar nunca será ocupado por nadie. Un amor nunca suple a otro amor.

Jenny estaba muy confusa: Pero lo cierto es que no habrá Menorca que dejaremos de vernos y que nuestra relación se ha roto. Me cuesta mucho asimilarlo. Cada día pensaba en ti, en los buenos momentos que tuvo Menorca y tú mientras tanto ya le habías abierto el corazón a otra mujer. Octavio no quiero saber nada más de ti. Me has hecho mucho daño. Y colgó el teléfono, luego llamó a Vanessa y a continuación a un taxi que la dejó en el aeropuerto.

Octavio tenía un hermano que vivía en Nueva York. Trabajaba de fotógrafo en una revista ecológica y su nombre era Ángel. Le costó mucho llegar hasta donde estaba pero lo consiguió, después de andar de trabajo en trabajo y de oficio en oficio. Ahora vivía sólo con su gata Laia en un apartamento, después de tres matrimonios fracasados y muchas promiscuidades en su camino. Ángel poseía todo lo que Octavio tenía a pequeña escala, inteligente, humano, ingenioso y encima guapo. Desde que Ángel se marchó de la vida de Octavio nada fue igual para él, su hermano había sido su padre, su madre, y su amigo mezclados en un hermoso cocktail. Para la vida de Octavio hubo un antes y un después de su partida, aunque él nunca le culpabilizó sabía que si Ángel no se hubiera marchado nada sería igual. No podía culpabilizarlo pero si alguien tenía poder para arreglar la vida de Octavio era él. Ni Claudia, ni sus hijos, ni sus padres solo él. Ahora Ángel volaba desde Nueva York y estaba a punto de llegar verle a él y a su madre y merecía un buen recibimiento. Ángel si había sabido vivir la vida y continuaba haciéndolo, por eso le esperaba junto a una botella de cava Brut Nature Reserva que tanto le gustaba.

Sonó el timbre del interfono y no se molestó siquiera en preguntar quien era. Su hermano mayor aparecería ante sus ojos dentro de poco.

Un hombre maduro alto, delgado, de ojos azules como los de Octavio, pelo largo recogido en una cola, y de facciones algo agitanadas se abrazaba con él.

Cualquiera hubiera dicho que no eran hermanos engendrados del mismo padre porque Octavio era de piel blanca que sólo se bronceaba tímidamente, alguna vez, en verano. Pero ese misterio nunca se averiguará, lo único que era cierto es que salieron de un único vientre. Los dos hermanos se habían hecho muchas bromas ante la diferencia de sus físicos y Octavio siempre acaba diciendo: no sé, no sé, pero aquí hay algún misterio genético.

Un director de cine oriundo de Maroat había dirigido una película en la que una pareja de raza blanca tenía un niño de piel negra. Aquellos misterios genéticos podían existir pero originaban comentarios maliciosos que ponían en duda

la paternidad del recién nacido. A todo el mundo menos al padre le divertía aquella situación insólita.

Se abrazaron lenta y cariñosamente y se besaron.

– Pasa te tengo reservada una sorpresa– , le dijo Octavio.

– Una mujer y una botella de cava– , deseo en estos momentos, dijo Ángel.

– Una botella de cava si, lo de la mujer es cosa tuya– .

– ¿Y porqué?, preguntó Ángel. Yo ya no soy el de antes.

– Júramelo, no me lo creo.

– Te lo juro.

Ángel dejó su maleta en el recibidor y mientras Octavio abría la botella de cava recorrió la que durante muchos años fue su casa, había mejorado en confortabilidad. Se había instalado la calefacción, se habían cambiado las puertas, pero la casa ya no estaba tan limpia, tan excesivamente limpia como años atrás y cuando salió a una galería que estaba en la parte del fondo del piso por poco le da un pasmo, casi todas las plantas estaban en estado terminal. No quiso ver más y se instaló en la habitación que hacía las funciones de sala de estar. Allí salvo la calefacción y el marco de la puerta todo seguía más o menos igual.

Ambos hermanos se sentaron en las butacas que tantas horas habían sido de sus padres.

Octavio levantó su copa repleta de sucedáneo de sidra y Ángel la suya.

– ¿Porqué brindamos?– .

– No lo sé– . Contestó Octavio.

– Quizás por el vino y las mujeres.

– No hagas bromas sobre el alcohol. Si continuas por ese camino me largaré y no me volverás a ver. El tono de voz de Ángel sonó agrio y violento en la estancia.

– Es que no he perdido el sentido del humor Ángel, y no te pongas gitano.

Ángel observó a Octavio y le dijo sin contemplaciones.

– Has envejecido hermano, más que yo, aunque ahora estás más delgado, y te has librado de aquel ridículo barrigón, y ya no llevas el pelo tan largo. También te has afeitado la barba que tanto os gustaba a Claudia y a ti, aunque sospecho que más a ella. Cuéntame como ha sido lo de la barba, pareces un jodido ejecutivo, pero te veo mejor que diez años atrás, tienes mejor aspecto, en las fotografías que me enviabas tenías siempre de borrachín.

– La barba que se había transformado en perilla, fue a petición correcta y femenina, de Montse a la que no le gusta los hombres con barba, aunque a mí me dijo, al principio de conocerla, que era porque no podía besar bien y que los pelos le molestaban.

– Tengo ganas de conocerla. Solamente hemos hablado por teléfono en circunstancias para olvidar– , dijo Ángel en un tono muy serio y se bebía muy lentamente el contenido de la copa de cava.

Sin inmutarse Octavio le contestó:

– Si unas circunstancias para olvidar.

– Y te quedas tan fresco, a veces pareces de hielo tío. Tienes una sangre más fría que los políticos.

Montse vendrá alrededor de las diez, así es que tenemos tiempo, un ratito para hablar.

– Un ratito no, El que haga falta con o sin Montse, pero esta botella de cava me la quedo yo no te vayan a venir tentaciones, aunque si te molesta que beba guardo la botella y asunto terminado.

– No me importa ni sintiera ningún deseo, si no ya te lo hubiera dicho.

– Octavio he venido a veros a ti y a mamá. De repente me entero que ella está en una residencia y tu que acabas de salir del manicomio ese otra vez. Yo, con mamá no tengo cuentas y tú si, pero no entiendo que coño pasó en tu vida Octavio, no entiendo lo que ha pasado en veinte años de tu vida, aunque lo comprendo no lo entiendo. Ya sé que has pasado por muchas calamidades, pero tranquilo, no te lo diré, tienes lo que te mereces o tu te lo has buscado, porque eso no se le dice a nadie y menos a un hermano. Ya se que el alcohol penetró en tu vida, que tuvisteis un maravilloso idilio. Lo que no entiendo y quiero que tu

me expliques es como no tuviste cojones de echarlo de tu vida, de decirle, ha sido un placer pero lo nuestro acabó. Como empezó y terminó todo, si es que ha terminado claro.

Octavio se había bebido el sucedáneo de sidra, sin alcohol, y Ángel media copa de cava. Octavio ya no bebía nada solo infusiones de tila y agua.

– Como empezó y terminó todo. Haces bien en hablar en pasado, ahora sí se ha marchado definitivamente, ahora sí porque lo siento y lo deseo.

– Espero que sea verdad, Octavio, porque si me vuelve a llamar Montse dándome la buena noticia de que no has conseguido suicidarte te mataré yo, o lo mejor aun te enseñaré a suicidarte, que ni para eso has valido en esta vida.

– Que duro viene el muchacho, le dijo a su hermano

– No he cambiado Octavio y si no te gusta lo que digo me largo y ya está.

Octavio se defendió: cuando hablas así me recuerdas a nuestra común madre.

– Y que quieres que te diga, pobrecito Octavio, mira que desgraciado ha sido, aunque la culpa no la tiene él, no, la tiene su mujer que siempre fue una guarra y una gandula.

– Cada vez vas peor Ángel, eres como mamá.

Al Pacino agitanado vestido de mamá se alzó ante los asustados ojos de Octavio y le soltó:

– Que cachaza que tienes. Nunca te has parado a pensar en la parte, sólo digo parte, de culpa que tienes para que esté mamá como está. Nunca has pensado en tu parte de culpa.

– Las culpas están pasadas y enterradas, ya caducaron, contestó Octavio.

– Además creo que si no te hubieras marchado mi vida habría sido de otra manera. Creo que me dejastes solo ante el peligro.

Al Pacino gitano vestido de Ángel no estaba para contemplaciones. Si yo tuviera la menor sospecha de que soy solo un poco, un poco culpable, me volvía loco. Y tú ahí sentado, frío como el hielo. Ángel se sentó y fue a buscar otra botella a la nevera.

Su hermano encendió un cigarrillo y le dijo mientras descorchaba la botella de cava brut reserva nature, hay más cosas.

– ¿Todavía más?

– Sospecho que papá se fue al otro barrio por tu culpa.

– No me jodas con eso, no añadamos más lodo al lodo, se murió porque tenía ochenta y seis años y una embolia acabó con su vida. No me quieras meter también tú ese marrón, además yo vi morir a papá y tu no.

Al Pacino hizo otra vez acto de presencia, no me expliques como murió porque esto puede acabar muy mal, Octavio, me estás poniendo muy nervioso.

Octavio obvió la muerte de su padre pero dijo: Cuando estaba muerto yo estaba solo Ángel, y tú en Nueva York, sin pensar en él. Le cogí la mano y le di las gracias por haberme ayudado a nacer, pero que yo no me merecía esta vida. Luego llamé a Claudia por teléfono y aunque llevábamos ya dos años separados me desahugué con ella, no se me ocurrió hacerlo contigo porque estuviste todo el día inlocalizable. Ángel fue muy duro.

Ángel se calló el reproche que le iba a hacer a su hermano, encendió un cigarrillo y bebió otra copa de cava. Le dijo, luego miramos fotos ¿de acuerdo? Llevo tantos años sin verlas. Si debería haber cogido el primer avión y si tal vez si me hubiera visto, hubiera muerto mejor. Pero ya sabes que no me gustan los entierros, no los soporto, además me causan pavor.

A Octavio le encendió por unos momentos la ira, y a mi no me gustan tampoco los entierros. Se levantó: Me cago en la leche, me encantan los funerales cada día voy a uno de ellos, cada día voy a un funeral y luego al entierro y luego al cementerio y como me encienden tanto el líbido me hago una paja sobre el cadáver.

Ángel se levantó de nuevo y se acercó a su hermano con cara de Al Pacino relajado, lo siento, lo siento mucho hermano, debí estar aquí lo reconozco.

– Oye y como tu novia, por decir algo, o tu nueva mujer ha aguantado tanto y ¿si te vuelve a suceder?

Montse no volverá jamás a llamar, ni en caso de recaída. Antes ya la habré dejado yo si estamos juntos. No volverá a sufrir por eso.

– De pequeño eras un niño formal, buen estudiante, popular, guapote, algo payaso y algo travieso, fuiste monaguillo, contabas cuentos en la emisora local y encima tenías novia. Ángel recordaba con cariño aquellos tiempos.

– En cambio tu eras un huracán. Nadie podía contigo, siempre andabas medido en líos y peleas, el rey de la calle, amigo de tus amigos y cruel enemigo de tus enemigos. Nadie podía contigo, de vez en cuando volvías al buen camino gracias a las hostias de papá, hasta que te dio por inútil y te volviste bueno de repente las hostias de papa te sentaron bien.

Afortunadamente hoy existen otros métodos digamos menos directos, el diálogo y todo eso, que dan buenos resultados y que son los que yo habría practicado si hubiera tenido un hijo, pero las hostias de papá, hicieron su efecto, debo reconocerlo. Octavio no me volví bueno de repente, y esto nunca te le había contado, no se porqué, pero papá un día cuando yo volvía de una pelea, me estaba esperando con la cara muy seria, y ya sabes el acojono que daba.

Yo sí lo sé, contestó Octavio, pero a ti no te hacían afecto y a mí sí.

– A mí me hacían el mismo efecto que a ti pero a la cabra le tira el monte y a mí me tiraba la calle y las peleas– .

A la memoria de Ángel afluyeron unos recuerdos que hacía ya mucho tiempo que reposaban en el más profundo de los olvidos.

– Un día papá me esperaba tranquilo, serio y reposado en el comedor. Me miraba como nunca me había mirado, no sabía lo que quería decir esa mirada pero me acojonó. Ya sabes que papá era de pocas palabras pero las que decía no necesitaban más retórica, fueron unas palabras muy directas, fueron como la anarquía desde la boca de un guardia civil con el cerebro lavado por Franco, fueron sencillas pero no tiernas como la canción de Serrat. Papá me soltó:

– No he podido contigo hijo mío, me has ganado, pero te lo juro y se sacó la pistola de la funda si de ahora en adelante no apruebas los cursos te mato con esta– . Ya sé que suena a película mala de los tiempos del cine barato pero a mí me sirvió de mucho.

Ángel y Octavio aunque hablaban desde pequeños catalán entre ellos lo hacían en la lengua materna.

– ¿Cómo no me habías contado nunca eso?. Tú no me lo preguntaste y yo creo que no te lo conté por vergüenza o algo parecido.

– Es decir Ángel, si no llega a ser por papá ahora serías un pringado.

– Seguro que sí, nunca le guardé rencor por eso, por las palizas un poco, pero ahora después de tantos años y con perspectiva histórica te he de decir que aquella gente no conocía otros métodos educativos, muchos eran analfabetos, las palizas pasaban de generación en generación. En los años sesenta no lo entendíamos y yo creo que hasta disfrutábamos contándonos las palizas que nos daban nuestros padres y nuestros maestros.

Las de nuestros maestros no las recuerdo con tanto cariño Ángel.

– Porque un padre es siempre un padre, ¿verdad Octavio?.

– Seguro además de la forma que era papá no creo que se lo pasara muy bien pegando.

A papá no le gustaba pegar, estoy seguro de ello. Además era una gran persona, coño.

– Lástima que fuera tan callado.

– Sí pero eso fue obra de mamá lo tenía acojonado.

– Oye Ángel tu sabes muchas cosas que yo no sé.

– Pues pasaban bajo el mismo techo, pero tu no te enterabas de la película y yo siempre estaba al loro. Siempre estaba en la calle pero siempre estaba al loro. Pero cambiemos de conversación Octavio, he venido a averiguar como empezó y acabó todo que pasó en tu vida, ¿por qué el niño que de pequeño era bueno, se convierte en malo?. Mamá un día me llamó y me dijo llorando que bebías, entre otras cosas, y me suplicó que viniera a hablar contigo. Yo le contesté que con una conversación no se arreglaba nada, que me dolía en el alma, pero yo tenía mi vida hecha en Nueva York, y me dolía en lo más profundo de mi alma que un ser querido, se hubiera convertido en una piltrafa. Otra cagada hermano, debiste venir.

Ángel optó de nuevo por callarse y bajó la cabeza

Octavio intentó defenderse. Bueno tampoco una piltrafa, digamos que andaba a veces por malos caminos.

Ángel apuró la copa de un solo sorbo y se levantó, su mirada daba miedo.

– Maldito cabrón, te imagino en los bares bebiendo con tus amiguetes, gastando en alcohol el sueldo que hacía falta en tu casa, mientras tus hijos y tu mujer sufrían las consecuencias.

Octavio como un boxeador contra las cuerdas intentó decir algo para escaparse de acontecimientos pasados. Bueno, digamos que algo justos si íbamos.

– Me cago en la leche Octavio, algo justos, no teníais ni un puto duro, una noche me llamó llorando también Claudia contándome una historia de embargos muy desagradable, otra de despidos que causaban los embargos también muy desagradables y que si al menos no podía venir.

– De eso hace mucho tiempo.

– Perdona Octavio, en hacértelo revivir, pero me hizo mucho daño la historia y entonces fue cuando te llamé.

– Cuando me llamaste y me dijiste que te habían despedido injustamente, que habías solicitado préstamos para salvar a un amigo que el amigo no había respondido que se te había juntado todo. Por una vez en la vida deseé ser rico, me diste tanta lástima tu y tus hijos. Toda mentira ¿verdad?.

Octavio sin perder la compostura, lo del embargo era cierto, lo del despido también. Pero todo tenía un mismo origen.

– El alcohol. Nadie me habló de eso, nadie quería dejarme en mal lugar ante mí, porque sabían que nos queríamos mucho, hasta que no pudieron ocultarlo más. Si yo llego a saber por aquel entonces que bebías, que tu conducta iba a causar tanto daño, a los tuyos principalmente, me presento aquí busco la pistola de papá y te mato, cabrón. Muerto el perro se acabó la rabia.

Se produjo un largo silencio. Octavio no sabía que decir, Ángel apuró su copa de cava y se bebió otra. Cuando se cabreaba tenía la misma expresión que Al Pacino en muchas de sus películas, todavía peor, un Al Pacino agitanado.

Octavio miró a su hermano y todas las culpabilidades que deseaba enterrar le volvieron de golpe.

– Por cierto, dijo Ángel, mañana me acercaré a conocer a tus hijos y a ver a Claudia. Los dos me habéis hablado muy bien de ellos, tengo ganas de verlos de una puñetera vez.

Están bien ahora, pero han pasado mucho por mi culpa.

– Ángel, tu te estás quedando muy bien en esta función pero la verdad, veo que bebes mucho, ten cuidado no vaya a ser que...

Al Pacino agitanado se levanto de nuevo hacia la butaca de Octavio que se llegó a acojonarse.

– Mira ni te atrevas a darme consejos a mí sobre el alcohol. Yo ya sé desde hace muchos años que el alcohol es un amigo interesado, que lo que te da por lado te lo quita con creces, por otro. Yo se utilizar al alcohol, como si fuera una puta, la pagas, te la follas y después de vas.

– Me sorprende que hables así Ángel, a mí personalmente las putas me merecen todo el respeto del mundo. No creo que se metan en ese negocio por gusto. Están desesperadas necesitan dinero para vivir como todo el mundo, necesitan vivir, además están en los burdeles a los que muchos les acojona entrar, el alcohol está por todas partes, en todas las casas, en todos los bares, hay muchos bares en este país, demasiados, y demasiados alcoholes circulando.

– La comparación ha sido desafortunada, es verdad la he cagado, porque he metido por medio a unas mujeres que merecen su respeto, pero ahora no se me ocurre otra mejor.

– Octavio, nos hemos emborrachado juntos, no hemos ido de juerga juntos y todo empezó por ahí. Lo que penetra en ti da placer, lo sé, ahora estoy sintiendo un gran placer pero mañana me habré olvidado de él, porque tengo otros placeres a los que acudir.

Octavio, continuó justificándose, es que, cuando me casé la vida se me hizo muy vacía, poco a poco nos quedamos sin amigos. Te embarcas en la vida del matrimonio y no se te hace todo rutinario, vacío. Y es entonces cuando el alcohol se convierte en tu mejor enemigo y al cabo de los años te das cuenta de que el precio que has tenido que pagar, por su enemistad y por el placer que te daba, era demasiado elevado. Es que yo quería ser escritor y ya sabes, el trabajo y

escribir son incompatibles, luego cuando llegan los niños necesitan su atención, y los fines de semana tienes que descansar. Yo no fui tan mal padre, estuve trabajando veintitrés años en la misma empresa, luego he ido entrando y saliendo del mundo del jodido alcohol, pero he continuado trabajando, hasta hace muy poco yo tenía trabajo.

Había oscurecido y refrescado Octavio se levantó para subir la calefacción y observó a su hermano, estaba más tranquilo y reposado, Al Pacino agitanado se había marchado y quedaba un Ángel meditativo con una copa de cava en la mano. Montse no tardaría en llegar y no quería hablar delante de ella del tema así es que se esforzó en resumir cuando volvió.

Yo creo que fue por eso, por la frustración de no haber alcanzado en la vida algo que creo me hubiera por lo menos llenado.

– Mira Octavio, te acuerdas de Manuel verdad. Su historia es para contarla, padre alcohólico que pegaba a su mujer y la llenaba de barrigas constantemente, siete u ocho hermanos, levantó la casa, estudió una carrera, se casó, tuvo hijos como tu, y también bebía algo, ahora recuerdo una juerga. Fue haciéndose escritor y lo consiguió, hizo tantas cosas buenas y en tan poco tiempo que no me lo puedo creer. No se nada de él pero no creo que haya acabado tan mal como tú.

– Es que Ángel, coño, no me lo pongas por ejemplo Manuel era como Cruyff en el fútbol, un crack.

Ángel había cambiado el tono de su voz pero no sus reproches:

– Octavio no te das cuenta de que no hace falta ser un crack de los cojones, solo necesitabas tomarte la literatura como una distracción, un hobby, seguro que como en todo te has quedado en la superficie, tampoco necesitas tener su talento, solo escribir aunque sea mal, si sentías vacíos no supiste como llenarlos, porque lo que te pasó es que te convertiste en un gandul, en una persona rota por la vida que ya sabemos que es dura, muy dura. Pero te faltó coraje para la lucha. ¿Qué pasó con toda tu rabia? ¿Qué pasó con tus ansias revolucionarias?. Joder, me contagiaste a mí, que me importaban un huevo. Te quedaste solo hermanito, conmigo a tu lado esto no hubiera pasado, seguro. Pero ni así tienes escape.

¿Dónde andan las letras de las canciones que tantas veces escuchamos juntos? Solo sirvieron para hacerte un revolucionario de pacotilla y para pasar el rato. Incluso si me apuras hubiera entendido que hubieras caído una vez, eso le puede pasar a cualquiera. Pero tanta reincidencia es lo que yo no entiendo, me lo puedes explicar.

– Podemos hablar más largo y profundo del tema hermano, a lo mejor te escribo una carta, pero ahora llegará Montes y no tengo ganas de seguir hablando del tema, me está cansando, mis reincidencias con intentos de suicidios, han sido porque me había despedido del alcohol y le abrí la puerta de nuevo, me llenaron las culpas y pensé en que no merecía seguir viviendo. Además no he tenido demasiada suerte en la vida.

– Eres la hostia tío, no me hables nunca más de tu mala suerte.

¿dónde está? En que no te toca la lotería, eso le pasa a la mayoría de los que juegan. Estás vivo de milagro y tu duro. Papá te hubiera matado seguro, o a lo mejor el que se suicidaba era él para no ver a un hijo suyo convertido en un monigote. No hables de mala suerte, conseguiste rehacer tu vida, te ligas a una mujer, que te quiere mucho y además es guapa. Por cierto Octavio, ¿sabes que da mucho morbo tener una cuñada guapa?. Pero tranquilo sabes que sería incapaz, de intentar nada. Por cierto Octavio, no te creas que yo sea ningún santo. Mañana me desnudaré ante ti, como tú lo has hecho ante mí, nos pegamos un polvo incestual y luego te cuento la vida. Echarle un polvo a un hermano además de incestual es una mariconada.

Octavio encendió un cigarrillo y se metió, donde a veces le apetecía estar: dentro de si mismo.

Luego le preguntó: ¿has estado casado?.

– Si tres veces, y ahora vivo solo que es como se está mejor.

– ¿Tan mal te fue?, le preguntó.

– Digamos que hubo incompatibilidad de caracteres, sobre todo con la primera. Esa frase le sonó a algo ya escuchado, pronunciado por la mujer más hermosa que había conocido.

– ¿Cómo era la primera?

– Preciosa. La más guapa de todas, era modelo.

A Octavio comenzó a helársele el corazón.

– ¿Cómo era?.

– Era alta, morena, de cabellos negros largos y ojos oscuros. La conocía en la Agencia de modelos para la que trabajaba entonces. Ella era muy apacible, y nos separamos porque yo le resulté un hombre excesivo. Era muy atractiva, mucho. La quise con locura, durante el tiempo que estuvimos juntos, no sabía que hacer para que estuviera feliz conmigo, para que se lo pasara bien. Le enseñé a hablar castellano y le recomendé que viniera a España y conociera una isla, Menorca. Me equivoqué, ahora que controlo más mis emociones y que tengo más experiencia, no la hubiera dejado perder. Me equivoqué.

Ángel emocionado continuó, además ella fue...

Octavio se ahogaba de emoción y de sorpresa. No podía ser la misma, pero se aventuró y cortó en seco a su hermano.

– Se llama Jenny.

Ángel pegó un brinco de la butaca y acercándose a la de su hermano preguntó:

– La conociste ¿dónde?.

– En Menorca, en septiembre de dos años atrás, cuando intenté suicidarme por primera vez.

No puede ser la misma, sería demasiada casualidad.

– Me dijo que era americana– , que trabajaba de modelo, que había vivido con un hombre español con el mismo color de ojos que los nuestros, que la enseñó a hablar en castellano y que le había recomendado Menorca.

Ángel se encontraba apoyado en los dos brazos de la butaca que ocupaba su hermano acorralándole.

– No puede ser, no puede ser. Jenny.

Octavio entró en más detalles: los días soleados se ponía unas lentillas de color azul.

– Definitivamente es Jenny. Se sentó en su butaca y procuró contener su emoción.

– Si sabes lo de las lentillas es que la conociste profundamente.

– Nos enamoramos, Ángel, a través de tu recuerdo. Fue un amor auténtico, contenido y libre al mismo tiempo. La noche de mi primer intento de suicidio ella no estaba conmigo, nunca supe donde estaba, mientras me tragaba las pastillas, tenía su imagen en mi cerebro. La llamaba y no acudía. Tu nunca estuviste ausente de ese amor. Intentó recuperarlo a través mío y lo hubiera conseguido, pero el alcohol ya me tenía poseído de lleno, otra vez, y Jenny no acudió. Compartimos características parecidas tu eres ardiente y algo más frío. Además, en cuanto al físico no hay color, yo no tengo demasiado atractivo para las mujeres, tú lo tienes todo. Incluso ella era más alta que yo, las modelos son mujeres muy altas.

Ángel encendió un cigarrillo y le ofreció otro a su hermano.

Hermosa de verdad, la llegué a querer tanto, tanto. No puedo hablar más de ella, mi corazón está en fase de infarto. El corazón de Ángel latía acelerado.

– Sólo te contaré algo más, me localizó en Can Cigai y me invitó a ir a Nueva York, incluso con los gastos pagados.

– Y fuiste, estuviste con ella, allí.– Su rostro tenía la mirada perdida.

Ángel suspiró profundamente, luego te contaré una historia, luego cuando me haya calmado. Los dos hermanos se quedaron pensativos con la misma imagen en su interior, la imagen de Jenny.

– Te voy a contar algo. En Nueva York acordamos que dentro de dos años ella vendría a vivir a Barcelona, a mí se me hizo un tiempo insoportable así es que decidí romper con ella cuando apareció Montse.

Siempre lo acabas jodiendo todo, seguro que le diste un buen disgusto.

– Compréndelo me entró miedo y comencé a probar con otras mujeres, nunca pensé que en mi vida una mujer surgiría una mujer como Montse, dijo Octavio.

– Debe ser una gran persona Montse, cada vez tengo más ganas de conocerla.

– Ángel, creo que lo tuyo con Jenny puede solucionarse.

– No veo porqué. Es una relación muerta.

– Yo no lo veo así. Creo que puede volver a nacer, dijo Octavio. Piensa en que tú, con la edad ya no eres el huracán con el que se unió Jenny, eres más maduro, el carácter no lo tienes tan fuerte, los años te han convertido en un hombre más atractivo. Tal vez ahora, para Jenny no seas el hombre excesivo que no pudo soportar y del que se tuvo que separar. Ángel, vuelve a ella, seguro que se alegrará. Llama a la puerta de su casa, sin avisar, creo que serás bien recibido. En sus planes de futuro ya no entro yo, pero podrías entrar tú.

– No lo veo tan claro. Tú no sabes muchas cosas. Tú no sabes nada. Tu no has vivido con ella tan solo unos días en Nueva York, yo estuve casado tres años. No lo veo claro.

Los dos hermanos entraron en un silencio particular.

Sonó el timbre del interfono. Octavio se levantó y sin preguntar quien era apretó el interruptor que abría la puerta del vestíbulo comunitario, y volvió al comedor.

– ¿Quién era?, preguntó Ángel.

A estas horas sólo puede ser una persona. Montse viene todos los días después de trabajar.

El timbre de la puerta sonó. Angel se levantó y dijo:

– Tranquilo, no te levantes, le abriré la puerta, me presentaré yo mismo, y de paso le haré alguna broma. Pero no se me ocurre ninguna.

– El timbre de la puerta volvió a sonar.

– Mientras lo piensas ve a abrir. Y el timbre volvió a sonar.

– Caray, que poca paciencia tiene. Oye ¿le puedo hacer la broma de Jack el Destripador?.

– No se la hagas o te odiará para siempre. Es muy asustadiza. Creo que deberías hacerle la de....

El timbre volvió a sonar de una forma insistente.

– Será mejor que vaya a abrir. Angel pasó un instante por la cocina y cogió un cuchillo jamonero, luego rápidamente abrió la puerta, y en la entrada apareció Jenny.

Ninguno de los dos esperaba encontrar al otro allí, en aquellos momentos. Octavio se levantó como un relámpago de su asiento cuando oyo pronunciar a su hermano la palabra: “Jenny”.

– Pero se puede saber ¿qué coño haces tú aquí, con un cuchillo en la mano?.

– Todo tiene su explicación. Verás me acabo de enterar de que tu y mi hermano....En el escaso trayecto que se tardaba en llegar desde el comedor hasta el recibidor, Octavio tuvo tiempo de pensar en muchas cosas, la rapidez de su mente se aceleró como un bólido de carreras y cuando llegó a la altura de Jenny no supo que hacer ni que decirle. En realidad ninguno de los dos hermanos, no sabía como comportarse, se habían quedado mirando a Jenny como si se tratara de una aparición, y es que en realidad, eso es lo que era, una bendita o maldita aparición.

– Puedo entrar al menos, dijo Jenny y se abrió paso entre los dos hermanos. En la mano sólo llevaba una pequeña bolsa y su paso era decidido e implacable.

Los dos hermanos se miraron y su mirada decía: “es ella”, y ella les esperaba aposentada ya en un sillón.

– No entiendo nada.

– Todo tiene su explicación, Jenny– Dijo Angel y le contó brevemente una historia que nadie le había contado.

– Es increíble, dijo Jenny. Sigo sin entender nada ¿qué hacemos los tres aquí?. Ahora resulta que sois hermanos que estais juntos, que estamos juntos y luego....

– Angel, sírreme un whyski con hielo, por favor. Y éste desapareció hacia la cocina.

Jenny se encaró con la única persona que quedó en la estancia que deseaba no estar allí.

– Es increíble esto ¿verdad?. Vengo a tu casa y aparece Angel y tu ¿dónde estás?. No pensarías que con unos cuantos e:mails y una llamada se había solucionado todo, te has comportado como un niño, como un niño mezquino y despreciable. No podía pensar que esto acabaría de esta manera. A ti lo del amor te dura poco, pero fíjate, a mí no me pasa lo mismo.

Angel volvió con el whisky y se le ofreció a Jenny, ésta se lo bebió de un trago y cogió la botella.

– Ya ves, dijo Octavio, somos hermanos y nos hemos enamorado de la misma mujer.

La belleza de aquella mujer había inundado la estancia, se había convertido, sin quererlo en el centro de atención de todo. Continuaba igual de morena, los cabellos algo más largos, pero sus ojos no habían cambiado de color. Iba vestida de una manera muy elegante, con una pequeña cazadora de piel negra, y unos pantalones y un suéter del mismo color. En el cuello llevaba anudado un foulard de tonos liláceos, su presencia lo llenaba todo.

– Cuando me escribiste la primera vez, dejando ver la posibilidad de que nuestra relación podía acabarse, no me lo podía creer. Fue como si de repente me hubieran arrancado de dentro algo que tenía ya muy enraizado, y después de la última conversación telefónica no me pudo contener, quería verte, no se para que, en realidad, no se que hago aquí, además, estas tú. – Se dirigió a Angel– Y dentro de mí se han puesto en marcha como una serie de mecanismos psíquicos, que me han dejado muy desorientada.

Jenny, – dijo Octavio– , si hubiera tenido posibilidades económicas me habría despedido de otra manera, habría viajado a Nueva York, para hablar contigo, pero ahora me encuentro en una situación en la que todo resulta provisional, no tengo trabajo, no tengo ganas de encontrarlo, no puedo hacer nada inmediato. No tengo nada claro.

Angel salió en defensa de su hermano:

– Jenny, ¿te ha contado que hace poco intentó suicidarse varias veces?. Se encontraba muy solo, perdido completamente, por eso buscó refugio ense-

guida en lo que tenía más cerca. Existe una mujer que lo quiere mucho y por eso él tuvo que elegir de esa manera.

– ¿Has vuelto a estar ingresado?, preguntó Jenny.

– Si en varias ocasiones, hace escasamente dos meses que me dieron el alta en aquel sanatorio donde pudiste localizarme cuando pasó lo de Menorca. El alcohol volvió a meterse en mi vida, pero ya ves, no sirvo ni para suicidarme.

– No lo entiendo. Por lo que veo no existe nada más importante para ti que la bebida. No tienes solución, tarde o temprano volverás a caer y entonces se habrá acabado todo. He conocido a hombres como tú pero lo habían perdido todo. Por lo menos tú todavía tenías la capacidad de amar.

– Y no la he perdido, – dijo Octavio– ni quiero perderla, por eso tuve que elegir. Hay veces que para salir del pozo en el que te has metido es necesario ser egoísta, y yo me vi obligado a serlo, opté por el camino más fácil, tenía que sobrevivir y decidí hacer borrón y cuenta nueva.

– A mí ningún hombre me había dejado de esta manera. Nunca me había sentido tan rechazada, tan engañada, me has tratado como si fuera una mierda, dijo Jenny.

– Verás a mí tampoco me resultó nada fácil, debes entender que...

– No, no debo entender nada. Jenny se levantó y se fue a un rincón de la estancia para intentar disimular el llanto que de no podía contener– Angel se acercó a ella y la abrazó sintiendo un escalofrío. No podía soportar verla en aquella situación, durante los años que duró su matrimonio nunca la había visto llorar y su aplomo estaba cayendo por los suelos.

– Mira Jenny, creo que deberías irte y alojarte en el mismo Hotel donde estaré yo, unos días, te daré la targeta. Dentro de un rato me reuniré contigo, tengo que cenar con Octavio y Montse, luego te llamaré. Yo también estoy hecho un lío, ya sabes que soy de reacciones rápidas pero esta vez me he quedado sin saber que hacer. Deberíamos hablar largo y tendido y lo que ahora no ves nada claro tal vez dentro de unas horas lo verás de otra manera.– Jenny se separó de Angel y se dirigió a su hermano.

– Octavio, solo te deseo que tengas suerte– sus ojos todavía lloraban– y que no te vuelvas a hacer daño ni hagas sufrir a nadie más.

– Jenny, no quiero añadir a nadie más a mi lista de resentidos. Creo que debería pedirte perdón.

– Déjalo, olvidate de todo, vive, pero hazlo sin alcohol. Yo tardaré tiempo en asimilar todo esto, pero no creo que debas tenerme en tu lista, yo solo deseo lo mejor para ti. Ven, abrázame. Se ciñeron en un largo abrazo lleno de ternura y de lágrimas.

– Ven algún día a verme. Angel acompañó a Jenny hacia la puerta, y ésta se marchó. Luego volvió con Octavio, y se sentó a su lado. En la estancia se había producido un gran vacío.

– Hay un jodido refrán que dice: “no hay mal que por bien no venga”, dijo Angel, y los refranes son muy sabios.

– Creo que nos hemos hecho un lío con todo esto, dijo Octavio.

Angel se guardó para sus adentros el comentario que le iba a hacer a su hermano. Cuando se marchara una mujer le esperaba en su hotel, y deseaba verla, y hablar con ella, y llorar con ella.

Cuando apareció Montse encontró a los dos hombres muy serios, pero Ángel en cuanto fue presentado recuperó su presente.

Montse se quedó admirada por la belleza de Ángel pero no manifestó más que su cordialidad habitual.

– Bien Montse me alegro de conocerte. Me han hablado muy bien de ti. Ángel continuaba siendo un descarado con las mujeres y el tiempo no lo había mejorado. Ángel fue la única persona capaz de sonrojar a Montse. Le soltó: me habían dicho que estabas muy buena pero en directo ganas más.

Montse no entendió lo de "en directo", si mujer mi querido hermano para presumir de novia guapa ante mí, me mandó al poco de conoceros una foto tuya, pero al natural estás mejor.

Es que yo no soy muy fotogénica siempre salgo mal en las fotos. Montse estaba algo turbada.

– Mira, como ya sabes yo soy fotógrafo y te lo demostraré, verás que fotos te haré. No es que no seas fotogénica es que nadie te ha sabido retratar, y te lo demostraré. Se abalanzó hacia su bolso donde siempre llevaba una cámara, te lo demostraré ahora mismo. Y comenzó a hacerle fotos en indicarle posturas, recogimientos de cabello, expresiones del rostro, todo ello sin parar, con el flash encendiéndose sin parar.

Cuando terminó la sesión, Montse le dijo, Si vienes de Nueva York seguro que te gustarán las hamburguesas.

Octavio aclaró: bueno son unas hamburguesas a la catalana.

– Yo voy a preparar la cena y se dirigió hacia la cocina. Todavía turbada por la presencia de Ángel, por la sesión de fotos o por todo a la vez.

Ángel gitano se guardó para sí “esta tía tiene un polvo”, no fuera a herir la sensibilidad siempre herida de su hermano.

Cuando estuvo puesta la mesa comenzaron a cenar. Montse de vez en cuando hacía algún comentario, pero los dos hermanos no pararon.

Ángel todavía gitano le dijo a Montse: oye no eres muy habladora.

Octavio le respondió: sobre todo a la hora de comer.

– Pues a mí es cuando más ganas me entran– . Pensaron los dos hermanos pero lo dijo Octavio.

– Montse tiene una extraña teoría que si comes y hablas la comida no sienta bien en el estómago– .

Ángel gitano le dijo: tranquila te aseguro que al mío por lo menos no le ha pasado nunca nada.

– Creo que papá también tenía esa teoría. Nunca hablaba a la hora de comer.

Ángel soltó: papá ni a la hora de comer ni nunca. Yo no recuerdo haber tenido nunca una conversación larga con él.

Montse dijo: a veces adivino los signos del zodiaco. A ver si esta vez tengo suerte, por lo que me habéis contado la personalidad de vuestro padre encaja con la de un acuario.

Ángel que era el único de los dos que recordaba la fecha de nacimiento de su padre, justo papá era acuario.

Ángel gitano le dijo a Montse: ¿a ver si eres capaz de adivinar el mío?.

Montse contestó el tuyo es Leo, seguro.

– Casi, casi, soy Virgo y le entró una larga pero amena verborrea, sobre su vida en Nueva York, a parte de unos vulgares pero esperados chistes acerca de su virginidad.

Entre los tres se había creado una buena atmósfera. Ángel hablando por los codos, comentando anécdotas acerca de su alocada pero controlada vida.

En un momento en que Ángel se calló para volver a llenar su copa de cava, Montse aprovechó el inciso para preguntarle:

– ¿Cuántas veces has estado casado?.

Ángel le respondió: tres veces y hasta escasos momentos había jurado ante Dios que jamás me volvería a casar.

Montse se sorprendió: ¿Qué ha pasado?.

Octavio te contará.

– ¿Tienes hijos?

Una hija que murió de mi primer matrimonio. Mi mujer se llamaba Jenny y miró con complicidad a su hermano aunque no hizo ningún comentario que pudiera involucrarle. No sabía si Octavio le había hablado de ella.

– Perdona no sabíamos nada, – dijo Octavio– . Y era verdad, él no sabía que su hermano había perdido a su hija.

– Ahora recordar a mi hija ya no me produce tanto daño, incluso esta noche creo que necesito hablar de ella. Mi hija como todos los humanos estaba llena de cualidades y también tenía sus defectos. Pero sus cualidades eran tan grandes que oscurecían sus defectos. Fue fruto del primer matrimonio y creció como ella

quiso crecer, vivió como ella quiso vivir y murió como no debía de haber muerto.

Montse le preguntó: ¿de que murió?

Ángel triste respondió: De una sobredosis de droga. Tu sabes lo que es para un padre y por supuesto para la madre perder a tu hija de esa manera. Cuando nos lo dijeron no nos podíamos creer. Murió a los dieciocho años, y nosotros, nunca notamos nada. Ya estábamos separados, y ella cuando le daba la gana estaba en casa de uno o de otro. Hubiera sido lo que hubiera querido en esta vida, pero se sintió atraída por la música y a los quince años ya era una buena pianista, poseía un verdadero talento. Pero a pesar de que había entrado en el mundo de la música clásica, no le hacía ascos a ningún tipo de música. Decía la música buena es como todo, la oyes y siempre vuelves a ella, hay música buena para bailar como la salsa, hay música buena para escuchar relajado y luego está la música de las músicas, la clásica. Una noche estábamos en el comedor de mi casa, eran más de las doce de la noche, y ella con los auriculares puestos para no molestar a los vecinos estaba tocando. Yo la observé y noté en su rostro una gran satisfacción. No pude por menos de dejar el libro que estaba leyendo, acercarme a ella y compartir su música. Era uno de los preludios de Chopin. Cuando acabó, noté tuve la sensación de que Chopin todavía estaba tocando.

Se produjo un silencio que nadie sabía como romper.

Ángel triste continuó: fue muy hermoso. Por eso cuando sabes que tienes una hija con talento como padre te sientes orgulloso de ella, de saber que valió la pena que naciera que la vida jamás tuvo que serle tan breve. Lo de las drogas no sabemos como pasó porque ella no andaba con gente de ese ambiente, hacía poco que salía con un chico del que no me acuerdo de su nombre, era un chaval muy sano, yo no sé de que genes le salió aquel carácter tan mediterráneo, hacían pareja los dos. A Marta le convenía su compañía. Era tan responsable, sus estudios, su música y cuando el cuerpo le pedía marcha pues a se iba a la disco que para eso están. Sabemos que murió de un exceso de pastillas de esas de diseño, sabemos que eso la mató, pero ¿cómo coño no quiso impedirlo?. Las discotecas están para la diversión, para que la gente disfrute y no para que se conviertan en

cámaras de gas de jóvenes. Me desquicié completamente. La quería tanto, y es que además merecía que se la quisiera tanto. Yo me desquicié me convertí en una persona a la que el cuerpo sólo le pedía venganza. Una noche me vi borracho en mi coche con una lata de gasolina y cuando iba a provocar un incendio me di cuenta que la discoteca estaba llena de gente, que no podía hacerlo, guardé rápidamente la lata y me marché. Pero todavía lo guardo dentro, no se como me vengaré pero lo haré algún día seguro.

El rostro de Ángel expresaba un profundo odio, y dolor—. Me desquicié completamente.

Montse quedó entre confusa y aterrorizada intentó desviar el tema, como si aquella conversación fuera un programa de televisión y pudiera echarle mano al mando a distancia y hacer zapping.

Ángel triste dijo: En fin, yo comprendo puesto que sois padres que esta conversación pueda afectaros, ahora mismo os estáis poniendo en mi lugar, y si queréis hablamos de fútbol

Montse bastante impresionada se batió en retirada hacia la cocina. Sentía en su interior el dolor tan profundo de Ángel y no lo pudo resistir, les abandonó con la excusa de ir a comprar tabaco.

Octavio dijo: continúa Ángel.

Ángel triste reemprendió su monólogo: quien podía esperar que sucediera. Y encendió otro cigarrillo.

– Y eso Octavio, ese dolor te persigue hasta que te vas al otro barrio, no hay día que en un momento u otro te aparezca su imagen. Es como los alcohólicos o los drogadictos, hasta que no palman no dejan de serlo y si no fuera por el respeto que me causa hasta había pensado en ponerme en contacto con ella a través de videntes, espiritistas o gente así. Pero luego decidí que no, pienso que esté donde esté estará padeciendo como nosotros.

– Yo también le tengo mucho respeto a esas cosas, yo estoy convencido de que nuestro cuerpo se nos muere pero el espíritu queda intacto, ¿por dónde anda? Eso es lo que no sabemos o no queremos saber. Yo conocí, a un tío que decía él que tenía poderes y los tenía, era vidente. Lo puse a prueba una vez, le

pregunté, si sabía dónde estaba en estos momentos un amigo que teníamos, un inglés que de vez en cuando aparecía por la pandilla, creo que se llamaba Harry, se concentró y nos dijo: Lo veo en su casa, con su mujer entregado al placer sexual. Y lo pudimos comprobar le llamamos y el teléfono daba señal de desconectado. Harry siempre desconectaba el teléfono cuando estaba con su mujer en la cama. No se porque cuento esto, estoy hecho un lío, y ahora con Jenny tan cerca...

– Ve con ella, creo que os podeis necesitar de nuevo, dijo Octavio.

Una vez restablecida Montse volvió y notó como no la habían echado a faltar. Se dirigió a la cocina y comenzó a preparar la cena. Una vez la tuvo preparada se sentaron todos a la mesa.

Montse dijo, Ángel en eso que has dicho de los alcohólicos no estoy de acuerdo, Octavio, ya no bebe, entonces ya no es un alcohólico.

– Verás esto no funciona así, le respondió Ángel, el alcohólico no deja de ser alcohólico porque deje de beber sino cuando deja de vivir.

Continuó Octavio, porque el alcohol, se ha convertido en un veneno para él, porque lo lleva metido como un virus dentro de la sangre que en cualquier momento se puede activar, porque no puedes probarlo ni el día de Navidad, porque el riesgo de recaída sigue presente toda la vida. Porque pruebas por todos los medios de controlarlo pero siempre acabas siendo controlado por él. Porque no puedes hacer zapping con él, solo tiene una cadena y el mismo programa, porque intentas ser el de antes, y no puedes serlo. Por todos los medios lo intentas pero su fuerza es tan poderosa que te aplasta como si fueras una cucaracha. Puedes estar dos, tres o cuatro años abstemio total, y crees que ya lo tienes superado, y entras en un bar y lo ves allí, parece que te esté diciendo sabía que volverías. Y una vez lo sientes dentro el placer es enorme, a partir de aquel momento solo piensas en beber, desde que te levantas hasta que te acuestas. Si tienes familia te inventas excusas para salir a buscarlo, y la familia ya sabe lo que andas buscando, todos los hábitos los buenos y los malos acaban sabiéndose. Los buena no son noticia, los malos sí. Y acabas perdiéndolo todo, el trabajo, la familia, el dinero. Si eres conocido en un bar te prestan hasta que se acaba el

crédito, pero aun así vas buscando y lo encuentras, hasta que te pillan robando una lata en un supermercado y el camarero de un bar siempre muy frecuentado acaba por darse cuenta de que siempre te largas sin pagar y te pone colorado delante de todo el mundo, y es en ese momento cuando ya ves claro que no hay nada que hacer le metes mano a las pastillas para desaparecer cuanto antes. En mi caso, afortunadamente, ni eso he sabido hacer suicidarme. En cuatro ocasiones lo probé y algún ángel de la guarda, o lo que sea, estaba a mi lado, y me ayudó y yo estoy muy contento de que el alcohol y yo, dejemos ya, definitivamente, de ser compañeros de viaje en esta vida. Octavio no paraba de pensar en que Montse tendría una de sus descontroladas reacciones, pero no podía parar de hablar, hasta que ella le cortó en seco.

– ¿Piensas estar así toda la noche dándole vueltas al mismo asunto?. Le cortó Montse. Porque parece que te guste hacerlo, parece que te encante hacerlo. Estoy segura de que tú eres de esas personas que cuando no tiene problema se los busca. Que pretendes dar lástima, pues no a mí no me das ninguna

Ángel acudió en defensa de su hermano y le dijo: Montse ¿cuánto tiempo hace que os conocéis?. Un año, creo. Octavio es mi hermano y le conozco mejor que tú. Octavio nunca ha pretendido eso, ni le gusta hablar del tema ni quiere dar lástima ni acaparar la atención de nadie utilizando lo desgraciado que ha sido, solamente hablará de ello, a sus más íntimos, y nunca haciéndose un mártir. Montse lo que quiere Octavio, es que escuchemos, le comprendamos y sobre todo desahogarse. Octavio nunca ha sido así y lo que necesita es que le digamos, ahora mismo, creemos en ti y sabemos que dentro del tiempo la adicción que tuvo y los daños que se causó y los que se causó se habrán quedado como un oscuro recuerdo. Y los pasados oscuros nadie los desea recordar, Sabemos que será así, y será así.

– De momento yo solo me puedo comprometer a tomar los medicamentos que me suministra Montse cada mañana. A eso sí, a dejarlo no sé, ya he pronunciado demasiadas veces: perdona no volverá a ocurrir. Montse no pudo evitar levantarse, y poner la mano sobre la boca de Octavio.

– Calla un rato, cariño. Ángel, que hermano más parlanchín que tienes.

Ángel guasón dejó escapar: Este, parlanchín, pero si yo hablo el doble.

Montse se calló: "a estos dos juntos no los soportaré, a uno todavía pero a los dos, no podré". No le gustaban las conversaciones demasiado largas, la cansaban y si estaban llenas de tragos amargos y de malas experiencias, menos aun.

Observó con placer que la comida había desaparecido de los platos y huyó hacia la cocina en busca de postres.

Octavio susurró, no le gustan nada las conversaciones largas.

Ángel guasón, susurró también: pues lo lleva claro, clarísimo. A ver si esto va a ser causa de separación.

Octavio, se puso serio y dijo: eso no lo digas ni en broma.

Cuando Montse volvió con los postres observó despavorida que continuaría siendo el centro de atención por la expresión guasona de los dos hermanos.

Octavio dijo: Montse es una mujer llena de misterios. Su signo zodiacal es cáncer y a veces necesita meterse dentro de su caparazón. Yo todavía no he averiguado cuando quiere estar dentro y cuando fuera. A veces te esperas que reaccione de una manera y lo hace de otra. A veces esperas que se ría y no lo hace, a veces es fría y a veces caliente.

Montse volvió a cortar en seco el diálogo.

– ¿También explicarás como nos lo montamos en la cama?.

– Octavio, no eso no, aunque ya sabes que no me importa.

Ángel mentiroso con la mayor falsedad afirmó: Esos temas tan íntimos es mejor guardarlos dentro de la pareja. Y volviendo al tema queridos espectadores, y para cerrar el debate, creo en que todos estaremos de acuerdo en que Montse es una mujer misteriosa.

– Totalmente de acuerdo, Octavio fingió ser uno de los ponentes del debate.

– Ángel presentador de televisión, dijo. Y no me negarán el encanto y morbo, que poseen las mujeres misteriosas.

Montse agobiada deseó con toda su alma que se callaran de una vez.

Ángel se dio cuenta enseguida y más rápido de reflejos que su hermano preguntó: ¿tenéis más whisky? Se han agotado las existencias.

Montse dijo encantada, nosotros no tenemos pero los de arriba seguro que sí. Voy a pedirles una botella. Mientras abandonaba el salón no pudo evitar pensar: “Este tío, alcohólico no será pero bebe como un cosaco”.

Cuando cerró la puerta a Ángel le faltó tiempo para decir: Oye, has acertado de lleno con esta mujer, su mayor encanto es el misterio, sin duda, a ver si no la echas a perder como a Claudia.

Montse se entretuvo algo hablando con la vecina y cuando volvió los pilló hablando de un tema encantador que hacía referencia a la estatura de sus respectivos penes. La conversación fue contada en seco, el tamaño de determinadas partes, a veces, no se cuentan ni a los amigos más íntimos.

El coloquio se fue extinguiendo y Ángel con tres copas de whisky en su cuerpo, se levantó y prometió volver.

Te podrías quedar a dormir aquí esta noche, propuso Montse.

No gracias, no me gusta estar en casa ajena. Además he alquilado una habitación maravillosa en el único hotel decente que existe en esta ciudad.

– Hasta pronto. Cuando vengais a Nueva York, os presentaré a una gata que vive conmigo desde hace años.

Cuando se cerró la puerta Ángel continuó en la estancia un buen rato hasta que decidieron ir a descansar. Los ecos de su presencia no habían desaparecido, cada uno continuaba pensando en él.

Me ha gustado tu hermano, dijo Montse.

– Claro llevamos la misma sangre, contestó Octavio.

– La suya y la mía son ahora de color rojo, antes la mía andaba un poco desteñida.

Angel se fue caminando al hotel, no quedaba lejos del piso de su hermano. En recepción preguntó por Jenny y le dieron el número de habitación donde se alojaba. Angel llamó a la puerta:

– Estoy contento de que estés aquí. Bien creo que deberíamos hablar un rato, dijo Angel.

– Pasa, siéntate. Y cerró la puerta.

– Verás Angel, no tengo en absoluto ganas de hablar. Y sus labios se fundieron en un beso que pareció no tener fin.

– Ya tendremos tiempo para seguir hablando.

Al día siguiente Montse y Octavio paseaban por el puerto de Maroat, era el primer día primaveral después de algunas semanas de lluvia.

No hablaron del pasado como a veces sucedía. Estuvieron pensando en el verano que se acercaba, un verano en el que por primera vez saldrían juntos de vacaciones.

De repente sonó el móvil de Octavio.

Era Onofre.

– Octavio, cariño. Me he separado, por fin he encontrado al hombre de mi vida. Estoy muy enamorado, vamos a casarnos. Te llamo para invitaros a mi boda. No acepto respuestas negativas, te dejo he de hacer unas llamadas más. Adiós.

¿Quién era?–

– Un juez amigo mío, Onofre, contestó Octavio.

– Nunca me habías hablado de él.

– Ya te contaré.

El pasado poco a poco se iba diluyendo y el que lo resucitara realizaría un esfuerzo baldío, ninguno de los dos quería sufrir más. Después de la tempestad viene la calma, pero no necesitaban más tempestades para tener luego la calma. Se amaban definitivamente.



Francisco Gómez Rodríguez

Soy Oficial de Notaría y "ADICTOS" es mi primera novela. He hecho colaboraciones en revistas literarias y de poesía y fui miembro del grupo "AUTORES-LECTORES", disuelto hace algunos años

Adictos es una obra cuyo tema principal es el alcoholismo. Narrado en clave de

Octavio, el protagonista, es un hombre que ha entrado en el mundo terrible y destructivo de la adicción al alcohol.

En Menorca, donde acude a buscar trabajo, conoce a Jenny una modelo estadounidense con la que mantiene un idilio. Vuelve a recaer en el consumo excesivo y pasando de un estado eufórico a otro depresivo

La novela es la historia de una persona que sufre entradas y salidas de su dependencia etílica, y describe detalladamente las horrosas experiencias del protagonista.

Al mismo tiempo intenta por medio del amor volver a la vida de los que habitan sin adicciones. La acción transcurre en Menorca, Barcelona, Damasco y Nueva York. Es la historia de una persona que huye hacia adelante constante de Octavio para desprenderse totalmente de su adicción.



DIPUTACIÓN DE ALBACETE

www.dipualba.es/publicaciones